

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO VII.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA ANTIGUA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO VII.

MADRID: Noviembre, 1830.

Oficina de D. J. Palacios,

calle del Factor, núm. 4.

HISTORIA ROMANA.

CAPITULO XVI.

Marco Aurelio y Lucio Vero. Cómmodo. Pertinaz.

Marco Aurelio y Lucio Vero, emperador. Victorias contra los partos. Guerra de los marcomanos y cuados, y batalla de Aquileya. Muerte de Lucio Vero. Victorias nuevas contra los cuados. Cómmodo, emperador. Cleandro, ministro de Cómmodo. Muerte de Cleandro. Pertinaz, emperador.

Marco *Aurelio y Lucio Vero, emperador.* (161.) Antonino habia adoptado á Lucio Vero, para complacer á Adriano; mas no designó por sucesor sino á

Marco Aurelio. Este, en vez de aprovecharse de esta disposicion, quiso repartir el trono con su hermano adoptivo: el senado accedió á su deseo, y por la primera vez fue gobernada Roma por dos emperadores. El poder de ambos era igual, pero los caractéres opuestos. Marco Aurelio era justo, activo, constante, firme, enemigo de la molicie: no buscaba su felicidad sino en sus deberes, y solo se acompañaba de hombres virtuosos. Lucio Vero era disoluto, entregado á las delicias, amigo de libertos y prostitutas: tenia todos los vicios, menos la ingratitud y la crueldad. Aunque perezoso, no carecia de talentos, manifestaba mucho respeto á Marco Aurelio, y procuraba imitar en público su gravedad filosófica. El uno se encargó de todas las dificultades y trabajos del poder supremo; el otro de gozar todos sus placeres. Grandes tempestades y desgracias amenazaban entonces al imperio por todas partes; y parecia que el cielo, atento á la conserva-

cion de Roma, proporcionó el vigor de Marco Aurelio á las calamidades que sobrevinieron en su reinado. El arte favoreció á la naturaleza para darle fuerza con que triunfase de tantos males. En su juventud tenia el estómago muy débil: Demetrio y Galeno le hicieron tomar diariamente un remedio compuesto por ellos, el cual fortificó en gran manera su complecsion. Este medicamento, cuya primera composicion se atribuye á Mitridates, se ha conservado siempre en el uso de la medicina, con el nombre de *triaca*.

Al fin del primer año de este reinado nació, para desgracia del mundo, Cómmodo, hijo de Marco Aurelio y de Faustina. Terremotos horrendos, una avenida del Tiber que sumergió parte de Roma, el incendio de muchas ciudades, la hambre en Italia y la peste en oriente, fueron los fenómenos que acompañaron el nacimiento de este mónstruo. Los sacerdotes paganos atribuyeron las cala-

midades públicas á los progresos del cristianismo. Los emperadores hubieron de ceder al torrente del odio que inspiraban los predicadores de la caridad. En todas partes fueron perseguidos: Justino en Roma, y Policarpo en Esmirna, cuyo obispo era, recibieron la corona del martirio. Si Marco Aurelio no pudo impedir esta injusticia, moderó su violencia, y escribió á los gobernadores de las provincias prohibiéndoles perseguir á los cristianos que no predicasen públicamente su culto.

Victorias contra los partos. (165.) Los pueblos estrangeros, viendo el imperio debilitado por la hambre y la peste, creyeron favorable la ocasion para vengarse, y añadieron á aquellos azotes el de la guerra. Vologeso, rey de los partos, entró en Armenia, destrozó las legiones que habia en ella, y arrojó de Siria al gobernador romano Atilio Cornelio. Al mismo tiempo los catos hicieron una invasion en Recia y se rebela-

ron los britannos. Calpurnio Agrícola, digno de su nombre, sometió á estos bárbaros con refuerzos que hizo pasar de la Galia á la isla. Aurelio Victorino rechazó á los catos. Los partos eran mas difíciles de vencer. Estos temibles enemigos daban mas cuidado á Roma, y el senado creyó que su guerra merecia la presencia de uno de los emperadores. Vero solicitó el honor de dirigirla: los placeres del viage, la suavidad del clima, los deleites del Asia le llamaban al oriente mas que la gloria; y con el título de césar queria vivir como Antonio. Marco Aurelio, que conocia su molicie, le rodeó de hombres capaces de gobernar por él, y se quedó en Roma aplicado enteramente á la administracion y á la reforma de los abusos. Abrevió los procesos, encargó á los notarios que tuviesen archivos del estado civil, creó pretores, llamados *tutelares*, á los cuales confió los intereses de los menores, y abolió la ley que mandaba ecsaminar, cuando moria un ciudada-

no, la naturaleza, orígen y legitimidad de sus bienes: ley tiránica, motivo de despojos y maldades. Como hacia el bien por equidad, y no por orgullo, consultaba á los senadores, y decia que «no podia entender cómo un hombre solo estimaba en mas su parecer que el de muchos sabios.» Aumentó la dignidad del senado, le entregó la decision de todos los negocios, y aun de aquellos que antes de él se reservaban al consejo privado. Asistia el primero de todos á las sesiones de la curia, aun cuando no tenia que hacer ninguna proposicion, y no salia sino cuando el cónsul disolvia la junta. Confiaba á los senadores mas distinguidos los grandes empleos y principales gobiernos, persuadido que el buen écsito de la administracion depende mas de las buenas elecciones del príncipe que de sus decretos. Sus leyes eran iguales para todos: el favor no pesaba nunca en la balanza de la justicia. Hizo los tributos mas ligeros suprimiendo las esenciones,

reformando el lujo, y empleando los fondos del erario en solos los gastos públicos. Ninguna intriga tenia crédito, ningun servicio quedaba sin recompensa; ningun momento era perdido; fiel á las reglas que se habia impuesto, ni descuidaba ni precipitaba los negocios, y prestaba su atencion aun á los menores. Para completar su elogio bastará añadir los defectos que sus detractores hallaban en él: decian que era demasiado grave y económico, *demasiado bueno*. El mismo Marco Aurelio pintó su retrato cuando dijo: «un buen emperador es la imágen de un dios, cuyo templo es el mundo, y cuyos sacerdotes son los hombres virtuosos.» Rehusó todos los títulos que prodiga la adulacion y desea la vanidad; pero mereció todos los que da el agradecimiento.

El oriente presentaba á los ojos de los romanos un espectáculo muy diverso. Vero, descuidando los asuntos del gobierno, olvidando la guerra, y temien-

do mas el fastidio que á los partos, habia fijado su domicilio en los jardines deliciosos de Dafne, cerca de Antioquía. Desde este lugar, consagrado á Venus, escribia cartas ingeniosas y filosóficas á Marco Aurelio, enviaba órdenes á sus generales, y dejando reinar á su colega y pelear á sus lugartenientes, se adormecia con molicie en el seno de los placeres. La fortuna era que Marco Aurelio, habiéndolo previsto todo, le habia dado lugartenientes hábiles, que hicieron la guerra con felicidad. Estacio Prisco derrotó un cuerpo enemigo y tomó á Artaxata: Casio y Marcio Vero, despues de vencer á Vologeso en batalla campal, se apoderaron de Seleucia, quemaron á Babilonia y á Ctesifonte, y demolieron el soberbio palacio del rey de los partos. Esta guerra duró cuatro años, y aunque la historia no haya contado sus circunstancias, el resultado prueba que los romanos se mostraron dignos de su antigua fama; pues dictaron al enemigo las con-

diciones de la paz, y le quitaron todas las conquistas que habia hecho. Pero la gloria de esta espedicion fue mas costosa que útil. Los romanos, despues de derrotar ejércitos de 400.000 hombres, y llevar sus armas al oriente del Tigris, habiendo cogido un cofre de oro en los subterráneos del templo de Apolo, que habia en Babilonia, trajeron en aquel funesto trofeo al occidente el germen de una peste horrible, cuyos estragos fueron tales, que primero el ejército y despues el imperio perdieron una gran parte de sus fuerzas.

Guerra de los marcomanos y cuados, y batalla de Aquileya. (169.) Los sármatas, cuados y marcomanos, pueblos que habitaban lo que hoy es Polonia, Moravia y Bohemia, incitaron á las armas á los germanos. Todos se reunen creyendo que era llegada la hora de libertar el mundo y derribar el imperio de Roma. «No ha triunfado, decian, sino por nuestras divisiones: unámonos y

caerá.» Las fronteras estaban desguarnecidas: las salvan, llevando por todas partes la muerte y el terror; y su vanguardia penetra en Italia. A la noticia de su llegada, Marco Aurelio sale prontamente de la capital con Pompeyano y Pertinaz, sus generales, marcha contra el enemigo y lo rechaza; pero los bárbaros, habiendo recibido refuerzos, no tardaron en presentarse mas formidables. Roma consternada, afligida por la peste y el hambre, creia ver renacer los tiempos de la invasion de cimbros y teutones. Mientras que Marco Aurelio oponia á tantas calamidades los recursos de la prudencia y del valor, el senado mandó hacer sacrificios espiatorios y lustraciones: solemnidades acostumbradas en los peligros públicos, y que se llamaban *lectisternios*, porque los pontífices paseaban por las calles las imágenes de los dioses, acostadas en lechos de oro. Vero habia vuelto entonces á Roma: recibió del senado el título de *Pártico* por

las victorias de sus generales, y la hija de Marco Aurelio en casamiento. Sus costumbres le hacian tan indigno de este matrimonio, como sus trabajos de aquel sobrenombre.

Los dos emperadores, habiendo reunido todas sus fuerzas, atacaron á los marcomanos y cuados cerca de Aquileya. El número se resistió largo tiempo contra la táctica y el valor. Marco Aurelio perdió la flor de su ejército en esta batalla, siendo uno de los muertos Furio Victorino, capitan de su guardia; pero en fin, despues de una accion larga y disputada, el emperador, que habia mostrado en sus disposiciones la habilidad de Escipion, y en el combate el valor de Mario, derrotó completamente á los enemigos, y los arrojó de su campamento. Los marcomanos pidieron una tregua: Vero queria que se les concediese, porque tenia prisa de dejar el aparato militar y de volver á los placeres de Roma. Marco Aurelio no lo consintió: persi-

guió al enemigo hasta los Alpes sin dejarlos descansar, los batió en reencuentros diarios, y los obligó á volver á pasar sus fronteras.

Muerte de Lucio Vero. (170.) Despues de esta campaña gloriosa, los dos emperadores formaron el designio de pasar el invierno en Aquileya; pero el temor de la peste los hizo volverse á Roma. Vero falleció en el camino de una apoplegía, á los cuarenta y dos años de edad y nueve de reinado. Hasta entonces habia sido inútil; mas ya empezaba á ser peligroso, porque animado por la escesiva bondad de Marco Aurelio, iba sacudiendo su yugo, y daba á instigacion de sus libertos y sin consultar á su colega, decretos dignos de un tirano. El senado y el pueblo se negaban á divinizar á Vero: Marco Aurelio venció su repugnancia. Su respeto piadoso á la memoria y al nombre de Antonino no disculpa esta debilidad; pero el imperio era feliz en que su príncipe no pecase sino por un

esceso de bondad y gratitud. Marco Aurelio dió en matrimonio su hija Lucila, viuda de Vero, á su lugarteniente Pompeyano, en el cual se estimaban mucho el talento, la esperiencia y un vigor digno de los tiempos florecientes de la república. El emperador creia que nunca premiaba con demasía á los generales capaces de mantener el órden en el ejército; y repetia á menudo estas palabras de Ennio: «La antigua disciplina y los hombres severos que la mantienen, son el fundamento y el apoyo de la república.» Mas aplicado al gobierno del imperio que á su persona y familia, corrigió las costumbres del pueblo; mas no pudo remediar los desórdenes de su casa. Ignoraba la conducta de su muger Faustina, que envilecia el palacio: Lucila no fue mas virtuosa; y á pesar de los sabios maestros que rodeaban á Cómmodo, los vicios de su infancia anunciaban sus crímines futuros.

Los germanos habian sido vencidos,

mas no desalentados. La idea de su reunion, nueva para ellos, habia aumentado su valor, sus fuerzas y sus esperanzas. Desde el Boristenes hasta el Rin, y desde el mar Báltico hasta el Danubio, todos los pueblos tomaron las armas. Un ejército innumerable de suevos, queruscos, catos, vándalos, sármatas, cuados y marcomanos amenazó el imperio. Marco Aurelio con pocas fuerzas se opuso á este torrente y lo atacó cerca del Danubio; pero á pesar de su habilidad y vigilancia perdió la batalla. Veinte mil romanos perecieron en ella: los demas huyeron y fueron perseguidos hasta Aquileya. El terror era general, y se creía perdido el imperio; pero el príncipe, conservando la esperanza y el valor, lo reparó todo. Reunió á los valientes, animó á los tímidos, defendió intrépidamente la plaza, costeó al enemigo sin comprometerse, le dejó consumir sin fruto sus víveres, su tiempo y sus fuerzas, recibió nuevas tropas, tomó la ofensiva y derro-

tó á los bárbaros. Valiéndose de la division que esta victoria habia producido entre los aliados, los obligó á todos á hacer la paz, y volvió á Roma á gozar de un triunfo merecido. En la misma época los mauritanos habian invadido la España: los aldeanos de Egipto se habian rebelado; pero los gobernadores de la península arrojaron á los africanos, y Casio restableció en Egipto la tranquilidad. Marco Aurelio gozó poco tiempo de la paz, que no era un descanso para él, porque trabajaba contínuamente en reparar las pérdidas ocasionadas por los desastres naturales ó por la guerra, en reformar los abusos, en aliviar á los pueblos y en perfeccionar la legislacion. Su ejemplo era todavía mas eficaz que sus leyes, porque el pueblo, que le profesaba mucho amor y respeto, se complacia en imitarle; pero si la filosofia formó hombres virtuosos, formó tambien hipócritas; y muchos cortesanos tomaron la capa del estoicismo, con la esperanza de elevarse

bajo este disfraz. Marco Aurelio, superior á todos los hombres por sus luces y las cualidades de su alma, parecia igual á ellos en la manera de vivir. Modesto como la virtud, y sencillo como la verdad, inspiraba con su poder confianza y no temor; porque no era mas que el custodio de la libertad pública.

Los bárbaros no le dejaron mucho tiempo en Roma, y esta vez no fueron ejércitos, sino pueblos enteros los que se precipitaron sobre el imperio romano. La última guerra y el azote de la peste habian casi destruido las legiones: el tesoro estaba agotado: las pocas fuerzas que restaban, guarnecian, divididas, inmensas fronteras: no podian sin peligro traerse tropas de Britannia, España, Africa y Asia. Desde la segunda guerra púnica no habia estado Roma espuesta á un peligro mayor. La misma crisis ecsigió los mismos remedios: se alistaron los gladiadores, los esclavos y aun los desterrados que ha-

bia en Dalmacia, Dardania y Mesia.

Victorias nuevas contra los cuados.

(174.) Para suplir la penuria del tesoro, el emperador vendió sus muebles y los de su muger. Tal era el egoismo de los romanos de aquella época, que todos decian carecer de dinero para contribuir á los gastos de la guerra, y todos lo tuvieron en abundancia para comprar los cuadros, vasos, vajilla, estátuas y diamantes del príncipe y de Faustina; y asi Marco Aurelio costeó casi solo el armamento que ecsigia la defensa de Roma. Reunidas sus fuerzas, marchó rápidamente contra los marcomanos y cuados, pasó el Danubio por un puente de barcas, y taló el pais de los enemigos. Los aliados de estos viéndolos vencidos, los abandonaron; pero aunque solos, pasaron otra vez el rio y obligaron á las legiones á replegarse. El emperador, que se esponia siempre en la primer fila, fue por un momento el blanco de los dardos contrarios. Este peligro le hizo conocer el

amor que sus soldados le tenian, porque acudieron en gran multitud á servirle de escudo con sus cuerpos. Los bárbaros, para cubrir su retirada, habian dejado un cuerpo de infantería, sostenido por caballería. El emperador lo atacó y persiguió con sobrado ardimiento. La fuga de los enemigos era una estratagema: mientras que los romanos avanzaban imprudentemente, los bárbaros atraviesan los bosques y los rodearon. De repente aparecen en todas las alturas, guardan todas las avenidas, y embisten á las legiones por todas partes: en vano intentan los romanos abrirse paso por medio de aquella muchedumbre: la aridez del lugar, el cansancio, las heridas, el ardor del sol que reflejaba de las montañas, y la sed agotan las fuerzas de los romanos, y no les queda mas recurso que la muerte ó el cautiverio. En vano procura el emperador despertar su valor y alentarlos con la esperanza: ni pueden seguirle, ni aun levantarse para escucharle. Pero de im-

proviso se cubre el cielo de nubes, cae una lluvia abundante, el soldado recibe con ansia en su boca el agua saludable, la recoge en su yelmo, y recobra ánimo, valor y vida. Al mismo tiempo descargaba sobre los bárbaros una tempestad muy diferente, toda de fuegos y granizos. El terror se apodera de ellos: los romanos los atacan y ahuyentan, y hacen en ellos una horrible matanza. Dion, Suidas y Porfirio atribuyen este fenómeno portentoso á los magos que seguian á Marco Aurelio en el ejército; pero de los escritos de este príncipe consta el desprecio con que miraba el charlatanismo de la mágia. Temistio y Claudio Capitolino creen que la piedad del emperador fue premiada con este prodigio, por el cual se dieron solemnes gracias á los dioses, y se grabó en la columna de los Antoninos esta inscripcion: «A Júpiter fulminante y lluvioso.» Los autores eclesiásticos aseguran que fue debido el milagro á las oraciones de la legion

melitina, compuesta toda de fieles, segun consta de una carta, citada por Eusebio, del obispo Apolinar, contemporáneo de Marco Aurelio. Añade que por este suceso tomó aquella legion el nombre de fulminante, bien que parece por algunas inscripciones que lo tuvo desde el tiempo de Trajano. Tertuliano sostiene que Marco Aurelio informó al senado del socorro milagroso que los cristianos le habian dado: lo que se comprueba con un hecho confesado por todos; y es, que desde esta época el emperador mandó cesar toda persecucion contra el cristianismo. Despues de esta victoria inesperada no dejó Marco Aurelio al enemigo tiempo para reparar sus pérdidas, y lo persiguió sin intermision. Trató á los prisioneros con tanta humanidad, que los bárbaros cediendo no tanto á sus armas como á sus sentimientos generosos, le pidieron la paz. El rey de los sármatas, movido de su clemencia, le restituyó 10.000 cautivos y 800 soldados prisioneros. El em-

perador concluyó un tratado con cada pueblo: el ejército le dió el título de *emperador*, y á Faustina el de *madre de los campamentos*.

Una rebelion peligrosa en el oriente obligó al príncipe á terminar con prontitud la guerra del norte. En el momento que estaba rodeado por los bárbaros, se esparció por todo el imperio la noticia de su muerte y de la ruina de su ejército. La malicia propagó esta voz, el miedo la creyó, y la ambicion se aprovechó de ella. Avidio Casio mandaba el ejército de Asia: era natural de Siria é hijo de Heliodoro, secretario de Adriano: valiente, firme, sagaz, activo, de espíritu penetrante, estimado de los buenos ciudadanos por su vigor en el mando y mácsimas republicanas, y amado de los malos por su indulgencia para con los viciosos y su amor desenfrenado á los placeres. Era comparable á Caton en sus opiniones y discursos, y á Catilina en sus costumbres. Vero, á pesar de su in-

dolencia, conoció la ambicion de este gefe, le acusó de que aspiraba al imperio, é instó á su colega á que le mandase matar. Marco Aurelio escribió entonces á Vero: «Casio es un general esperimentado, útil y necesario á la república: es indigno de un emperador condenar sin pruebas á un ciudadano; y ¿de qué nos serviria esta iniquidad? No olvides el dicho de Adriano: *ningun príncipe ha podido matar á su sucesor*. Nuestra fuerza es la justicia; y si el cielo ha dado á Casio prendas dignas del trono, es mejor que reine, que asegurar el imperio á nuestros hijos por una maldad.» Hay quién diga que el ambicioso Casio habia seducido á Faustina, y que esta princesa, viendo anciano ya á su marido, y previendo su muerte prócsima, formó el proyecto de reinar segunda vez, recibiendo á Casio en su lecho y en su trono. Sea de esto lo que fuese, apenas se estendió la falsa noticia de la derrota y muerte de Marco Aurelio, Casio, ó

creyéndola, ó fingiendo creerla, hizo que el ejército de Siria le proclamase emperador. Todas las provincias del oriente vieron con placer á un sirio en el trono, porque esperaban de él favor y proteccion singular. La Judea, el Egipto, los partos y la Armenia reconocieron al usurpador, cuyo talento y valor tenian esperimentado; y en Italia tuvo por partidarios á todos los que fiándose en sus palabras, se lisonjeaban de que restableceria la república, y al gran número de los que esperaban con mas fundamento que volviesen á reinar las costumbres corrompidas de los Otones, Vitelios y Calígulas. Marco Aurelio, pacificada la Germania, marchó contra el rebelde Casio, que ya habia ocupado todos los paises comprendidos entre el Eufrates y el monte Tauro. El nuevo césar intentó apoderarse del Asia menor y de la Grecia; mas Herodes Atico, resistiendo á sus súplicas y amenazas, persuadió á las ciudades griegas que se conservasen fie-

les, á ejemplo de Atenas. La rebelion, que habia crecido con los sucesos favorables, pereció con este reves. Los soldados de Casio le asesinaron, creyendo reparar su crímen con esta traicion. La usurpacion habia durado tres meses. La cabeza de Avidio fue llevada á Marco Aurelio, que en lugar de recibirla con alegría, se quejó de que le hubiesen quitado la ocasion de perdonar. Decia que «si el ser juez de un enemigo puede tenerse por felicidad, es solo porque hay entonces una fuerte pasion que domar, y una grande accion que hacer.» Faustina para mostrarle su ternura, ú ocultarle su complicidad, pedia con ardor que se castigase á los hijos y partidarios del rebelde; y el senado se mostraba dispuesto al rigor, segun su costumbre. El emperador le escribió que no cometiese tal injusticia contra los hijos, inocentes del delito de su padre, ni le privase de la gloria de la clemencia, castigando las reliquias de una faccion vencida. Repre-

sentáronle que su mansedumbre daria atrevimiento á los malévolos para conspirar contra su vida: «La tiranía, respondió, y no la bondad, es el riesgo de los príncipes. Neron, Calígula y Domiciano perecieron por disolutos: Galba por mezquino: Oton y Vitelio por indignos de reinar; cuando los dias de Trajano, Nerva, Adriano y Antonino han sido amables y respetados.» La respuesta de este escelente príncipe era tan noble como cierta, y digna de que todos los monarcas la tengan presente. Marco Aurelio pasó á Siria, disipó los restos de la sedicion, aseguró con una amnistía á los partidarios de Casio, apaciguó con su prudencia los alborotos de Egipto, colmó de beneficios á la ciudad de Alejandría, contuvo por su firmeza las irrupciones de los partos, quemó en Antioquía todos los papeles del usurpador sin leerlos, y recibió en esta ciudad los homenages que todos los príncipes del oriente pagaron á su vir-

tud mas bien que á su poder.

Poco tiempo despues murió la emperatriz Faustina. El emperador, ó ignorando sus vicios, ó esperando encubrirlos con el velo de la piedad, mandó que se la hiciesen todos los honores acostumbrados, y se le erigiesen, como á Venus, templos y sacerdotes: única debilidad ó ceguera que se notó en aquel príncipe. Continuando su viaje, dió grandes privilegios al comercio de Esmirna, y favoreció la ciudad de Atenas, centro de la filosofía. Inicióse en los misterios de Céres, y asignó fondos de que se mantuviesen los profesores de cada secta filosófica. Pasó despues á Italia, y respetando el uso antiguo de no presentarse en tiempo de paz sino como ciudadano, depuso el trage militar, y mandó á todos sus soldados que vistiesen la toga. Despues de ocho años de ausencia volvió á Roma, mandó dar á cada ciudadano ocho monedas de oro, y perdonó todas las deudas al tesoro público, que te-

nian cuarenta y dos años de atraso. En esta ocasion Cómmodo, su indigno hijo, tomó el trage viril. El emperador le nombró príncipe de la juventud y cónsul, y le designó por heredero. Toda Roma, que debia recelar del hijo de Faustina, miraba con amor y esperanza al de Marco Aurelio. Mostróse en el carro de triunfo al lado de su padre, participando de los honores decretados á la gloria y á la virtud, el mismo que poco despues colocó el delito en el trono. El emperador, cuya vida entera se habia gastado en batallas y viages, dejó por algun tiempo al senado el cuidado de los negocios, y se retiró á su casa de placer en Lavinio, donde escribió muchas obras, siendo su destino servir de modelo á los príncipes por sus escritos como por sus acciones. Hubo en este tiempo escritores célebres: Sesto de Queronea, sobrino de Plutarco: Frontino, orador famoso: Apuleyo, conocido por su ingeniosa fábula del *Asno de oro*: Luciano,

cuyas burlas picantes, mas temibles que las armas de los tiranos, y que los argumentos de los filósofos, hicieron ridículo el gentilismo: el sofista Filostrato, que escribió la vida maravillosa y novelesca de Apolonio Tianco: Pausanias, á quien debemos las *Antigüedades de Grecia*: Aulo Gelio, gramático elegante é instruido: Celso, enemigo de los cristianos y causa del martirio de san Justino; y en fin, Ateneo, cuyas indagaciones han sido tan útiles á los sabios.

Nuevas calamidades turbaron en breve la tranquilidad del imperio romano. Esmirna, Cartago, Efeso y Nicomedia fueron destruidas por terremotos: el emperador reedificó estas ciudades é indemnizó las pérdidas de los habitantes. Grecia y Roma, divinizando toda la naturaleza, habian colocado en el cielo las virtudes y pasiones del hombre, y aun sus vicios. Marco Aurelio fue el primero que consagró un templo á la beneficencia, y toda su vida fue el pontífice de

esta divinidad alegórica. Una nueva irrupcion de los escitas, yácijes y de los sármatas obligó al emperador á volver á tomar las armas. En lugar de imitar á sus predecesores, que disponian de la fortuna pública como si fuera bien propio, pidió al senado el permiso de tomar en el erario las sumas necesarias para los gastos de esta guerra. «Padres conscriptos, les decia, no puedo tocar al tesoro sin vuestro consentimiento. No solo os pertenece á vosotros y al pueblo, sino tambien mi palacio y todo cuanto poseo.» Antes de salir de la capital, dejó casado á su hijo Cómmodo con Crispina, hija de un senador distinguido, llamadó Valente. A su salida, los senadores, caballeros y muchos ciudadanos, admiradores de sus virtudes, le rogaron que les diese reglas de virtud privada y pública, y les esplicase la doctrina sublime de la filosofía estóica, por la cual resistia á todas las pasiones, triunfaba de todas las debilida-

des, y hacia su felicidad y la del mundo.

El emperador condescendió á sus deseos, y tardó tres dias en esplicar los principios que dirigian sus pensamientos y acciones. En otro tiempo tribus ignorantes y selváticas habian elegido á hombres sabios por legisladores: en todos los siglos la infancia y juventud han buscado una instruccion útil en las escuelas; pero es único en la historia el espectáculo de un pueblo corrompido por la opulencia y el esceso de la civilizacion, y de un senado orgulloso y dominador del mundo; dóciles, no al poder de un príncipe, sino á la sabiduría de un hombre, y que le piden lecciones, mácsimas y preceptos, con la esperanza de ser tan felices como él, imitando sus virtudes. Marco Aurelio, formado por maestros y sabios de diferentes sectas, mezclaba en su doctrina, no sin habilidad, la severidad de Cenon, la dulzura de Platon y la moderacion de Sócrates. Trató de persuadir al pueblo, que le es-

cuchaba, la ecsistencia de un Dios providente, alma del mundo, del cual eran emanaciones las de los hombres: é inferia de este principio, que siendo uno mismo el origen de todos los mortales, estan obligados no solo á tolerarse, sino á *ausiliarse* y *quererse* (1). Segun él la Providencia que anima y conserva el universo, no puede tener mas objeto en sus operaciones que el bien general; y lo que parece mal en alguna de las partes, es necesario y contribuye al bien del todo. El hombre consta de materia y espíritu: el placer y el dolor no deben encadenar su alma, que es de una naturaleza particular, y tiene la propiedad

---

(1) *La doctrina moral de Marco Aurelio, su templo erigido á la* beneficencia, *y las prendas que le adornaron, prueban la inmensa propagacion que en su tiempo tenia el cristianismo. Aquel príncipe hubiera sido cristiano, con una* virtud mas *que hubiese tenido. (N. del T.)*

de modificarse como quiere, y sentir placer ó pena, segun la opinion que forma de los objetos. La opinion es, pues, la reina del mundo. Los placeres engañosos y los dolores pasageros de un cuerpo frágil no constituyen ni la felicidad ni la infelicidad del hombre: la felicidad solo depende de su alma. El hombre es feliz cuando su voluntad se conforma con su naturaleza, y desgraciado cuando se separa de ella. La naturaleza del alma ecsige que semejante á la Providencia, de la cual tiene su orígen, se mantenga siempre igual y serena, que domine y dirija al cuerpo, y que no tenga en sus pensamientos y acciones otro objeto que el órden y el bien general. Así no hay otra dicha para el alma sino conformarse al órden, ni otra desgracia que alejarse de él: todas las virtudes son elementos de su felicidad: todos los vicios de su infortunio. Lo que pertenezca al cuerpo, debe serle casi indiferente y como estrangero; y asi mientras viva con

él, debe elevarse sobre las pasiones, desdeñar lo que es perecedero, sufrir los males con paciencia, y gozar de los placeres con moderacion. Las consecuencias de estos principios, fecundos en moral, y esplicados sábiamente por el emperador, demostraban al pueblo admirado la conecsion íntima de la felicidad y la virtud, y lo conducian á la práctica de las buenas acciones por el amor bien entendido de sí mismo. Lejos de mostrarse orgulloso por sus conocimientos y escelentes cualidades, las atribuía con aquella modestia que es compañera inseparable del mérito, á sus padres y á los maestros, de que en su juventud le habia rodeado la prevision de Antonino. «Si he tenido, dijo, alguna mansedumbre y moral, lo debo á las lecciones de mi abuelo. Mi bisabuelo me hizo conocer la necesidad del estudio. Mi padre me enseñó la modestia: mi madre la piedad: mi ayo, acostumbrándome á la paciencia, me enseñó á no aborrecer sino

la delacion y la injusticia. Diógnito me hizo despreciar la mágia, las evocaciones, el charlatanismo y la superstición. Baco, Tindaris y Numiano me dieron á conocer los peligros de la molicie y las ventajas de fortificar el cuerpo con el ejercicio, y el espíritu con el trabajo. Desde mi infancia me habituaron á acostarme en el suelo, á arrostrar el rigor de las estaciones, y á escribir diálogos, en que me daba á mí mismo cuenta de mis meditaciones. Rústico me acostumbró á combatir contra el deleite, á reformar mis costumbres, á precaverme contra el orgullo de los sofistas; y le prometí no hablar ni escribir sino en defensa de la verdad, meditar el libro de Epitecto para defenderme de mis propias debilidades, y ser siempre indulgente con las de los otros. Apolonio me enseñó á mantenerme libre y entero, á escuchar solo la razon, á conservar la serenidad de alma en las penas, á reunir siempre la bondad y la severidad; y en fin, á preferir

la virtud á la ciencia. La gravedad de Sesto me demostró la necesidad de respetarme á mí mismo, de vivir como lo ecsige el orígen divino del alma, sufrir como un mal necesario los defectos de los otros, ser sensible á la amistad é inaccesible á la cólera. Los consejos de Alejandro el gramático me habituaron á discutir sin irritacion, á evitar toda espresion picante ó injuriosa, á defenderme de las ilusiones de una frívola elocuencia, y á dar mas valor á las cosas que á las palabras. Fronton me hizo desconfiar de los envidiosos, trapaceros é hipócritas que rodean á los príncipes, y me convenció de cuán poco se debe fiar en el cariño de los grandes. Alejandro el platónico grabó en mi corazon esta mácsima: *no se debe perder ocasion ninguna de hacer bien*. Catulo, mitigando mi severidad, me enseñó que se debia atender á las quejas de los amigos aunque fuesen injustas, y que se deben suavizar los males que no se pueden destruir. Mi

hermano Severo me hizo conocer con su ejemplo, mejor que los consejos, la verdad y la justicia. Presentándome por modelos á Trasea, Caton, Elvidio, Dion y Bruto, me convenció de que no debia reinar sino para hacer libre al pueblo con leyes iguales para todos, y que nunca debia tomar resolucion en virtud de una sospecha. Máximo me servia de ejemplar para vencer mis pasiones y ser dueño de mí mismo: era tan honrado, que jamas se sospechó falsedad en sus palabras, ni malos designios en sus obras. Por nada se sorprendia: nada le aceleraba ni retardaba: nunca se vió en él irresolucion, desconfianza, abatimiento ni cólera. Sus virtudes suaves y candorosas parecian dones de la naturaleza mas bien que frutos de la reflecsion.»

Debe creerse que Marco Aurelio esplicó así su doctrina al senado y al pueblo; pues que las palabras referidas son el estracto de dos libros de reflecsiones que escribió poco tiempo despues en su

campamento en Pannonia. Para dar alguna idea de su estilo y espíritu, copiarémos de ellos los siguientes pasages: «Haz cada accion como si fuese la última de tu vida. No es desgraciado el que no lee los pensamientos de los otros, sino el que no lee en su corazon: la casualidad no ha formado el mundo; porque en este caso el hombre no se tomaria el trabajo de vivir. No debe temerse la muerte, pues ecsiste Dios. El cielo debe premiar á los buenos y castigar á los malos; y pues que á unos y otros se dan indiferentemente la pobreza, la riqueza y el placer, es claro que estos no son verdaderos bienes ni verdaderos males. La ecsistencia del hombre es un punto solo: la materia es una mudanza continua, el cuerpo una corrupcion, la vida un soplo delicado, la fortuna una noche oscura, la gloria un fantasma. Todo lo que pertenece al cuerpo, tiene la rapidez de un rio: todo lo que se liga con el amor propio, es humo y sueño. La vida es un

combate perpétuo, un viage en pais estrangero: solo la filosofía puede dirigir el alma y mantenerla firme contra el dolor y el deleite. Los hombres buscan un retiro para meditar y vivir libres: búscalo tú en tu alma: prepárala para que sea una mansion deliciosa y tranquila. La opinion es la reina del mundo; pero el alma dirige la opinion; y así no digas nunca: *soy perdido*; porque quitando esta frase, la opinion muda, y el mal desaparece. La mejor manera de vengarnos es no parecernos á los que nos han injuriado. No te enfades contra los succesos; porque ellos no hacen caso de tu enojo. Cuando te turbes, vuélvete á tí mismo, y no salgas de tu paso, sino en cuanto sea preciso. Sería vergonzoso que mi alma pudiese componer mi ademan, y no componerse á sí misma. Todo hombre que comete una injusticia, es impio. Lo que es de la tierra vuelve á la tierra, y lo que es del cielo al cielo. Sé recto; y si no lo eres, haz que lo seas. Cuida de

tu interior; porque si cavas siempre en él, encontrarás una fuente no interrumpida de felicidad. Lo que no es útil al enjambre, tampoco lo es á la abeja. Dios, el hombre y el mundo producen sus frutos, cada uno en su tiempo. A veces hay tanta injusticia en no hacer nada, como en hacer el mal. Corrige los malos si puedes: si no, acuérdate que Dios te ha dado para ellos la dulzura y la humanidad. Antistenes decia con razon: *hacer bien, y sufrir el que lo hace que se hable mal de él, es virtud de un rey*. Si tuvieras á un mismo tiempo madre y madrastra, respetarias á esta, y vivirias con aquella: la madrastra es la corte, la madre la filosofía: descansa, pues, en el seno de ésta: sus consejos te harán respetable á tus cortesanos, y te darán fuerza para sufrirlos.»

El emperador, despues de enseñar á sus conciudadanos, marchó á defenderlos. La edad no habia debilitado su vigor. En dos campañas contra los escitas

llenó los deberes de general y de soldado, dió en sus sábias maniobras grandes lecciones á los mas hábiles capitanes, y útiles ejemplos á todos por su paciencia en las fatigas, su actividad en los trabajos y su intrepidez en los combates. Su hijo le acompañaba, como la sombra sigue á la luz, y la envidia á la gloria. Marco Aurelio ganó muchas batallas, arrojó á los escitas á sus bosques helados, y construyó fortalezas en las fronteras. Queria perseguirlos mas lejos, y comenzar contra ellos la tercer campaña, cuando una fiebre maligna, que le acometió en Vindobona, terminó su vida. Sufrió su mal con resignacion, y murió sin pesar, mas no sin inquietud, porque los vicios de Cómmodo le anunciaban las desgracias de Roma. Habiéndole llamado junto á su lecho, dijo á los principales dignatarios: «Este es mi hijo y sucesor: necesita de amigos virtuosos para domar sus pasiones, y pilotos hábiles para preservarse de los escollos del poder.

Servidle, pues, de padres en lugar del que pronto perderá: labrad su felicidad y la vuestra aconsejándole bien. Mostradle con claridad, que todas las riquezas de la tierra no bastan para hartar á un tirano, ni los ejércitos mas numerosos para defenderlo del odio que inspira. Demostradle que no hay verdadera seguridad sino en la justicia, ni reposo sino en la clemencia: repetidle, en fin, sin cesar, que la fuerza hace esclavos y no súbditos, y que un príncipe con pasiones que no puede vencer, está rodeado de peligros. Si le inculcais estas mácsimas, formaréis un emperador tan bueno como puede desearlo la república, y hareis el mayor servicio á mi nombre, haciéndolo pasar sin mancha á la posteridad.» Este discurso fue su último esfuerzo: tomóle un desmayo de que volvió por algunos momentos. Habiéndose presentado al dia siguiente el tribuno para pedirle la palabra, le dijo: «Vé al sol naciente, que yo me estoy ponien-

do.» Dicho esto, espiró á los cincuenta y nueve años de su edad, y diez y nueve de su reinado. La felicidad que gozó Roma bajo este emperador, prueba la verdad de esta mácsima: «Los pueblos no son felices sino cuando los filósofos reinan, ó los reyes profesan la filosofia.»

Cómmodo, emperador. (180.) Cuatro emperadores hábiles y virtuosos habian dado á Roma cerca de cien años de prosperidad. Otros siglos han logrado el título de *heróicos*, como el de Hércules y Teseo; ó el de *grande*, como el de Augusto. El de los Antoninos mereció el de *bueno*. Fué la época mas feliz para el mundo; y despues de haber corrido todas las páginas sangrientas de la historia, el hombre, fatigado de tantos latrocinios, estravagancias y crímenes, descansa al considerar la tierra gobernada por la sabiduria y la justicia. Bajo estos grandes monarcas llegó el imperio al grado mas alto de elevacion y poder; mas no consiguieron mudar las cos-

tumbres públicas. La fortuna y felicidad del estado solo dependian de ellos. Fueron los puntales de un inmenso edificio arruinado por el tiempo: retardaron su caida; mas no pudieron darle solidez; y apenas faltaron, la decadencia fue rápida y la ruina inevitable. Caton, Ciceron y Bruto fueron los últimos defensores de la república, que pereció con ellos. Del mismo modo se puede decir que el imperio acabó con los Antoninos. Desde ellos la historia de Roma solo presenta una anarquía militar, feroz é inconstante. ¿Qué interés pueden inspirar un pueblo sin costumbres, oprimido por tiranos sin gloria, por príncipes esclavos de sus vicios y de sus libertos, coronados por soldados cuya licencia pagaban, y asesinados por domésticos cuya codicia no podian satisfacer? Pero si esta larga agonía de los señores del mundo no ofrece lecciones brillantes y gloriosas, da por lo menos útiles y espantosos ejemplos á los príncipes

que arrojan de sí el freno de las leyes, y á los pueblos que quieren vivir sin moral. En ellos verán unos y otros que un pueblo corrompido, ni puede ser libre, ni sabe obedecer, y que un príncipe injusto no consigue mas que convertir su estado en un sepulcro silencioso.

Cómmodo tenia cerca de diez y ocho años cuando subió al trono. Al vulgo agradaba su hermosura, á los soldados sus vicios, y á los buenos ciudadanos su padre. Marco Aurelio le habia nombrado ministros virtuosos; y se esperaba, que émulo de la gloria de sus predecesores, triunfaria de las pasiones viles, que habian tomado ya sobre su juventud demasiado ascendiente. Cómmodo, de quien se tenia las mismas esperanzas que de todo nuevo príncipe, hizo grandes donativos á las tropas, pronunció el elogio de su padre, prometió imitarlo, y ratificó todas las gracias que habia concedido. Eutropio dice que venció á los escitas y los obligó á someterse; pero los demas his-

toriadores aseguran, que deseando trocar los desiertos de la Pannonia por las delicias de Roma, firmó una paz vergonzosa con los bárbaros, les devolvió las tierras que habian perdido y les pagó tributo. Inútilmente se opuso Pompeyano á esta deshonra de las armas romanas. Sus nobles esfuerzos solo consiguieron una dilacion breve, y las lisonjas del senado, que instaba al emperador á que volviese pronto á la capital, aseguraron el triunfo de los cortesanos y libertos contra los ministros y generales, indignados de semejante infamia. El emperador atravesó la Italia, llegó á Roma, y halló los caminos y las calles cubiertos de flores. Fue recibido con amor, como si lo hubiera merecido; y en triunfo, como si fuese vencedor. Celebró magníficamente los funerales de su padre, visitó los templos con piedad, habló con modestia al senado, é invitó á todos los magistrados á cumplir celosamente sus deberes; pero siguió poco tiempo el camino de sus predecesores.

Rodeado de libertos y cortesanos, entregado á sus pasiones fogosas, reunió la crueldad de Domiciano y la insensatez de Calígula. Mantenia en su palacio trescientas concubinas; corria á todas horas por las tabernas y casas de perdicion; se mostraba al pueblo, unas veces en trage de atleta, otras de cochero, y deshonraba ó seduciendo ó violentando á las mugeres mas distinguidas. Mancillaba hasta los templos con adulterios y homicidios: convidaba á su mesa á gladiadores, prostitutas y hombres infames; y parecia que sus inclinaciones le destinaban al mas ruin de los oficios, y no al imperio. Los desórdenes de Faustina hicieron creer que Cómmodo era el fruto de su amor criminal con un gladiador. Su cuerpo estaba formado á costa de su alma: esta era perversa, baja, criminal é insensata: aquel, hermoso, fuerte y ligero. Lanzaba un dardo á mas distancia y con mas certeza que los mejores flecheros: derribaba á los luchadores mas vigorosos. En un

solo dia peleó contra un gran número de tigres, elefantes y leones, y los mató á todos, y venció en el curso de su vida ochocientos atletas ó gladiadores. Orgulloso por estas escelencias corporales, tomó el nombre de Hércules, y llevó, como este semidios, la piel de leon y la clava. Gastaba todo su tiempo en fiestas, juegos y ejercicios: archivaba con cuidado minucioso todas las circunstancias de sus frívolas ocupaciones y aun de sus mas vergonzosos placeres: descuidaba todos los negocios, y los confiaba, no al senado ó á los cónsules, sino á los corrompedores de su juventud, á los cómplices de sus estravagancias y á los compañeros de sus orgias. De la crápula pasó á la crueldad, como todos los príncipes deshonestos; porque la indignacion que inspiraba su ruin conducta, produjo murmuraciones: Cómmodo sospechó, y buscó su seguridad desterrando y matando á los que temia.

Desterró á veinte y cuatro consula-

res. Lucila, viuda de Vero y muger de Pompeyano, sentia mucho haber descendido del trono y ceder el lugar preeminente á la emperatriz Crispina. Conspiró, pues, contra la vida de Cómmodo, siendo Cuadrato gefe de esta conjuracion; y encargado de dar el golpe Quinciano, el mas jóven y atrevido de los cómplices, á quien se atribuia un comercio criminal con Lucila. Señalado el dia, penetró con armas en compañía de Cuadrato en el aposento del emperador, y sacando su espada le dijo: «esto te envia el senado.» La amenaza dió tiempo á Cómmodo para evitar el golpe: llegó su guardia, y Quinciano y sus cómplices fueron al suplicio, sin que se esceptuase la hermana del emperador. Como Quinciano le habló en nombre del senado, Cómmodo aborreció desde entonces á este cuerpo, y mató ó desterró á sus individuos mas distinguidos. Espantado del odio que inspiraba, é incapaz de sostener el peso de los negocios, entregó su confianza y po-

derá Perennis, uno de sus validos, y que merecia el favor de semejante príncipe por su inmoralidad y perfidia, aunque no carecia de valor ni de talento. Su audacia y actividad apagó una rebelion en Britannia: sus profusiones é intrepidez le hacian amable á las tropas. Vuelto á Roma, y mas poderoso por su victoria, dictaba y firmaba los decretos, nombraba para los destinos, se apoderaba de los bienes confiscados, recibia los embajadores, y gozaba en toda su plenitud del poder supremo, reservando Cómmodo para sí no mas que la licencia y los placeres. Un dia que el emperador estaba en los juegos públicos, teniendo á su derecha á la emperatriz y á la izquierda su ministro, se presenta un carro, en el cual venia un hombre medio desnudo, cubierto con la capa de los cínicos. Se levanta, toma la palabra osadamente, reprende á Cómmodo sus desarreglos, estravagancias, olvido de los deberes y pésimas elecciones, y le avisa que mientras

yace aletargado en la molicie y en los deleites, el ambicioso Perennis le lisonjea para arruinarlo, y conspira contra su vida y su trono. Perennis enfurecido mandó á los soldados que despedazasen á aquel temerario; pero aunque murió el acusador, sobrevivió la acusacion en el corazon tímido del príncipe, y dejó en él una impresion indeleble. Algun tiempo despues los agentes que habia enviado al ejército de Iliria, le avisaron que el hijo de Perennis provocaba las legiones á la rebelion, y se le presentaron medallas que llevaban el nombre y la efigie de su ingrato valido. Cómmodo resolvió anticiparse, y le hizo asesinar por los soldados de la guardia. El hijo de Perennis, antes de saber la muerte de su padre, recibió una carta del emperador convidándole á la corte, donde obtendria nuevas prendas de su favor. Obedeció, se puso en camino, y fue muerto por su misma escolta.

Cleandro, ministro de Cómmodo

(182.) El emperador escogió por valido á Cleandro, esclavo frigio que se habia educado con él, y que mas insaciable y cruel que su predecesor, se hizo intolerable á los romanos por sus violencias y concusiones. Disponiendo á su placer del tesoro público, de las dignidades del imperio, de la vida y honor de los ciudadanos, llegó á tanto su avilantez, que Antistio Burro, cuñado del emperador, arrostrando el peligro, le avisó de los males á que daria lugar un ministro tan detestado. Cleandro no se limitó á defenderse, y acusó á Burro de conspirador. Cómmodo le creyó, é hizo matar á su cuñado y á todos aquellos cuyas cabezas le pedia el valido. Desde entonces Cleandro llevaba osadamente ante sí la espada imperial, y no empleó el poder sino como una venganza del estado de humillacion en que se habia criado. Los escesos y la crápula debilitaban cada dia mas el espiritu de Cómmodo. Sus decretos parecian dictados por la locura. En

una ocasion creó veinte y cinco cónsules para un mismo año: otras veces nombraba muchos prefectos de pretorio para pocos dias ó pocas horas. Los hombres virtuosos gemian, pero en silencio.

Solo un bandido se atrevió á levantar el estandarte de la rebelion: su nombre era Materno. Habiéndose puesto al frente de una cuadrilla de ladrones italianos y estrangeros, la reclutó con hombres de la clase infame, esclavos y reos, que libertó de las cadenas y del suplicio. Asi llegó á tener treinta mil hombres de infantería y diez mil caballos, con los cuales taló el occidente, y formó esperanzas de ascender al imperio. Todos los gobernadores de provincias reunieron sus tropas y marcharon contra él con fuerzas superiores. Materno, perdida la esperanza de elevarse por las armas, recurrió al asesinato, y abandonando sus tropas á la espada de las legiones, se escapó á Italia, penetró en Roma con muchos de sus compañeros disfrazados co-

mo él, y formaron el proyecto de matar al emperador en el momento de entrar en el templo de Cibeles. Materno, violento y ostinado, queria, aunque estaba perseguido, tratar á sus camaradas con la misma altivez que cuando mandaba un ejército. Descontentos de su dureza, algunos descubrieron al príncipe la conjuracion. Llegado el dia de la solemnidad, los conspiradores sacan sus espadas á una señal dada: los pretorianos que esperaban este movimiento para conocerlos; caen sobre ellos y los prenden. Despues de una resistencia digna de hombres mejores y de mejor causa, Materno y los suyos fueron esterminados.

Muerte de Cleandro. (190.) Poco despues de esta rebelion, que habia causado al feroz Cómmodo tanto terror como él inspiraba, una horrible peste y la espantosa carestía que la siguió, aumentaron las desgracias y el descontento del pueblo, el cual atribuia á un mal príncipe las calamidades con que el cielo le

afligia. Cleandro, no por codicia, sino por ambicion, y quizá con el designio de usurpar el trono, hizo grandes acopios de trigo para ganar el afecto de la plebe con distribuciones copiosas; pero los romanos, atribuyendo la carestía á las especulaciones y compras de Cleandro, empezaron por murmurar, y hallándose reunidos en el circo, toman osadía, se inflaman, vuelan al palacio Quintilio, que estaba cerca de Roma, y piden al emperador la cabeza de su ministro. Cleandro mandó á la caballería atacar á la plebe: los soldados obedecieron, mataron á muchos, y ahuyentaron á los demas hasta Roma: la guarnicion de la capital salió en socorro del pueblo, y los que estaban en las casas arrojaron sobre los pretorianos tejas, piedras y todo lo que el furor pudo convertir en armas, y los rechazaron hasta el palacio. Cómmodo estaba en un aposento remoto embriagándose con sus favoritos, é ignoraba lo que sucedia. Fadila, su hermana,

acude, fuerza la puerta, y le avisa que es perdido si resiste á los deseos de la plebe. El emperador, consternado, manda llamar á su favorito, le hace cortar la cabeza, y entrega el cuerpo á la multitud, que lo llena de ultrages y degüella á todos sus partidarios.

Desde esta catástrofe no gozó Cómmodo un instante de sosiego. Rodeado de delatores, proscribia por la mañana á los ministros que habia nombrado la noche antes. Crispina, su esposa, y Faustina, su parienta, perecieron víctimas de su miedo y de sus furores. Vendia sentencias de muerte, y las compraban los perversos, que se dirigian á él confiados para matar á sus enemigos. Mucho mas delirante que Neron y Calígula, mandó cortar los brazos á los sacerdotes de Belona, porque la estátua de esta diosa se representaba así mutilada. Sacrificó hombres al dios Mitra. A los que le desagradaban, mandaba que les saltasen un ojo ó les cortasen una pierna. Reunia

un gran número de hombres contrahechos, á los cuales llamaba sus mónstruos, y los mataba con la clava para imitar á Hércules. Dió muerte á su secretario, porque habia leido en su presencia la vida de Calígula, escrita por Suetonio. Como las tropas, que eran enteramente suyas, le aseguraban contra el odio general, les hacia grandes regalos, y favorecia su licencia, sacrificando la verdadera fuerza del imperio á una seguridad engañosa y efímera. En este infame reinado se vió con admiracion que los cristianos no fueron perseguidos; y se dice que esto se debió á la proteccion de Marcia, entre todas las mugeres del emperador, la que tuvo mas influjo sobre su ánimo. Cómmodo, habiendo llegado al estremo del delirio, se vistió de amazona en honor de Marcia, y quiso que Roma perdiese su nombre y se llamase *Commodiana*. A pesar de estas locuras del emperador y del envilecimiento del estado, los ejércitos romanos mantuvie-

ron su gloria. Marcelo Pescennio Niger, y Severo, que despues subió al trono, contuvieron á los bárbaros, é hicieron respetar las fronteras. Por desgracia, la historia que ha conservado las impurezas de Cómmodo, nada nos dice de las hazañas de estos generales, dignos todavia del nombre de romanos. Cómmodo, cuya violencia parecia aumentarse con la edad en lugar de calmarse, mandó un dia en los juegos públicos matar á todos los espectadores, y el prefecto del pretorio no consiguió que revocase este órden insensato, sino haciéndole ver el peligro que correria su persona. Su pasion á la esgrima era mayor cada dia, y determinó dejar el palacio, irse á vivir en casa de un gladiador, y combatir desnudo en presencia del pueblo. En vano Marcia, Leto, prefecto del pretorio, y Eclecto, primer oficial de su palacio, le instaron á que renunciase á un designio tan vergonzoso. Los llenó de injurias y amenazas, y los echó de su presencia.

Despues de idos, escribió en un libro la sentencia de muerte de los tres, y de otros muchos senadores, cuyos bienes queria confiscar para distribuirlos á sus libertos y gladiadores. Un niño que el emperador queria mucho, se habia quedado en el cuarto; y cuando vió dormido á Cómmodo, tomó el libro y lo llevó á Marcia. Mas irritada que afligida por el peligro que la amenazaba, llamó á Leto y Eclecto, y determinó de acuerdo con ellos dar muerte al tirano.

Marcia, disimulando su odio, logró á fuerza de caricias que el emperador viniese á cenar con ella. Sirvióle un veneno que lo adormeció; pero como el vigor de su temperamento luchaba contra la ponzoña y le escitaba al vómito, Marcia y sus cómplices temieron que escapase; y así llamaron á Narciso, un jóven atleta, que ganado por sus promesas, lo ahogó. Pereció á los treinta y un años de edad y doce de reinado. Su época y la de su padre, aunque inmediatas,

presentan los estremos mas opuestos, como son la gloria y la decrepitud de Roma. La muerte de Cómmodo causó tanta alegría, como pesar habia causado la de Marco Aurelio.

Pertinaz, emperador. (192.) Leto y Eclecto, despues de haber muerto á un tirano, odioso al pueblo, pero querido de la tropa, cuyos desórdenes favorecia, y de cuyos vicios participaba, para librarse del resentimiento de los pretorianos, resolvieron elevar al imperio á un hombre respetable en el ejército, y eligieron á Helvio Pertinaz, de edad de sesenta y seis años, y que por solo su mérito habia obtenido todas las dignidades militares. Era natural de Alba é hijo de un carbonero; pero habiéndose distinguido por su valor, recibió una educacion mas esmerada. Mostrando tanta habilidad como intrepidez, ascendió de grado en grado, y adquirió gloria peleando contra los partos, dacios y britannos. Marco Aurelio, engañado por falsos in-

formes, le negó algun tiempo su benevolencia; pero el virtuoso Pompeyano, llamado el Caton de su siglo, le justificó ante el emperador, é hizo que se le devolviesen sus empleos. Mandó la armada con felicidad, é hizo tan importantes servicios en la guerra contra Avidio Casio, que Marco Aurelio le dió el gobierno de Asia. Destituido por Cómmodo, vivió en la oscuridad que conviene á la virtud en los tiempos de tiranía. Los conjurados, antes que se divulgase la muerte del emperador, fueron por la noche á casa de Pertinaz y le despertaron. Levantóse sin mostrar emocion, y les dijo: «me traeis la muerte, que por tanto tiempo he esperado, y á la cual estuve siempre dispuesto: herid, pues, sin tardanza.» Los conjurados le respondieron que nada debia temer: que el tirano habia muerto, y le ofrecian el imperio. Dudó, creyendo que se le tendia un lazo; pero convencido en fin de la verdad, los siguió al campo de los pretorianos.

Leto, gefe de ellos, no atreviéndose á declararles su delito, les hizo creer que Cómmodo, agotado por sus escesos, habia muerto de apoplegía. Elogió despues las virtudes y hazañas de Pertinaz: «os proponemos, les dijo, por emperador á un general esperto, conocido y amado de vosotros y de las legiones. Bajo sus órdenes recobrareis vuestro antiguo esplendor, Roma su independencia, y los bárbaros perderán los tributos que les pagamos.» Pertinaz habló poco, y les prometió doce mil sestercios; pero la tristeza de sus miradas anunciaba sobradamente cuán penoso le era tomar un cetro envilecido, y mandar á unos soldados licenciosos, cuyo capricho disponia del imperio.

Los pretorianos proclamaron á Pertinaz, le prestaron juramento, y le llevaron al senado. El pueblo, informado del suceso, se entregaba á un sincero regocijo: unos iban á dar gracias á los dioses, otros á felicitar al nuevo empera-

dor: muchos á palacio, para saber con mas certidumbre si la muerte del tirano era cierta. Pertinaz no quiso que se llevasen ante él la espada, el fuego, las banderas del imperio, ni las demas insignias de la dignidad imperial, porque decia que no podia ser emperador sin el consentimiento del senado. Cuando entró en la curia, habló con modestia de su edad y nacimiento, y de su incapacidad para el gobierno del estado. Suplicó á los senadores que no confirmasen la eleccion de la tropa, y que diesen el imperio á Pompeyano, yerno de Marco Aurelio, ó á Glabrion, uno de los patricios mas ilustres. Pompeyano rehusó la oferta: Glabrion dijo: «tú me crees digno del imperio: yo te lo devuelvo, y todos los senadores serán de mi opinion.» Una aclamacion unánime fue la respuesta del senado, que nunca se hubiera atrevido á anular la eleccion del ejército. Declaró solemnemente á Pertinaz emperador, césar, augusto y padre de la pa-

tria. Pertinaz pidió el título de *príncipe del senado*, desusado ya, y que recordaba las instituciones republicanas. Rehusó los honores que querian dar á su muger Ticiana; pero como creyese necesario mostrar su agradecimiento á Leto, y darle algunos elogios, Quinto Sosio Falcon, que era cónsul y jóven, le interrumpió, y le dijo osadamente: «ya manifiestas cómo gobernarás, pues elogias al ministro de las maldades de Cómmodo.» Pertinaz sin irritarse le respondió: «eres jóven, y no conoces el poder de la necesidad: Leto obedecia á un tirano, á pesar suyo; y bien ves como se ha aprovechado de la primer ocasion que tuvo para recobrar la libertad y darosla á todos.» El senado declaró á Cómmodo enemigo de la patria, mandó derribar sus estátuas, y entregó su cadáver al pueblo, que lo arrojó al Tiber. El emperador, entrando en su palacio, probó que deseaba imitar á Antonino y á Marco Aurelio. Renovó la costumbre de convidar

á comer á los senadores, vivir familiarmente con ellos, y mostrarse al pueblo sin fausto y sin guardias: la libertad volvió á aparecer en el senado: los delatores se ocultaron: la crápula se retiró á sus vergonzosas guaridas; y los antiguos reglamentos cobraron su vigor. Sin embargo, los pretorianos, instruidos del asesinato de Cómmodo, manifestaban su pesar. Pertinaz habia escitado desde el primer dia sus inquietudes, dándoles por palabra de órden: *volvamos á vivir como soldados*. La licencia se indignaba viendo restablecerse la disciplina. Pertinaz, para sosegarlos, les distribuyó el dinero prometido, y juntó la suma vendiendo los muebles, bufones, esclavos y gladiadores de Cómmodo. Los embajadores de los escitas y sármatas acababan de recibir el acostumbrado tributo. Pertinaz mandó que se devolviese al erario, diciendo: que su intencion era conservar la paz con el hierro y no con el oro. La memoria de sus hazañas hizo que los

bárbaros callasen y respetasen el imperio.

Todos los hombres virtuosos estimaban á Pertinaz, y bendecian su gobierno; pero los inmorales, los delatores, los libertos, los cortesanos y los codiciosos, que eran el mayor número, echaban menos á Cómmodo, y los soldados no podian amar á un emperador severo que prohibia la rapiña, la licencia y la ociosidad. El mismo Leto se arrepintió en breve de su eleccion; y no pudiendo sufrir la vida ordenada de una corte, donde el favor no daba los premios, y la intriga estaba sin poder, resolvió destruir su propia obra. Los pretorianos, escitados, conspiraron con Falcon, para elevar este cónsul al imperio. La conjuracion fue descubierta, y algunos soldados sufrieron el último suplicio. El senado queria condenar á Falcon; pero Pertinaz se opuso á ello, diciendo: «He jurado no dar muerte á ningun senador.» Leto, para ejecutar su designio, se apro-

vechó de un viage que hizo el emperador á Ostia. Habia entonces un esclavo que se fingia nieto de Marco Aurelio. Leto, valiéndose de esta casualidad, hizo castigar á muchos pretorianos, sospechados de complicidad en aquella impostura, é hizo correr la voz de que no usaba de tanto rigor sino por órden del príncipe. Este odioso artificio produjo efecto: los pretorianos, indignados de ver degollar á sus compañeros por la declaracion de un esclavo, se sublevan. Trescientos soldados atraviesan furiosos toda la ciudad, y marchan al palacio. Pertinaz, informado de su venida, envia á Leto para que los contenga: el pérfido se va por otra parte: llegan sin ostáculo á Palacio; y los que debian defenderlo, les abren las puertas, y aumentan su furor en lugar de calmarlo. Pertinaz podia huir, y el pueblo le hubiera libertado de la violencia de los rebeldes; pero creyendo mas cierto y honroso el recurso del valor, sale al encuentro con in-

trepidez á los pretorianos, y les dice: «Soldados, vosotros que sois los defensores del príncipe, ¿quereis ser sus homicidas? cometeis sin valor un crímen que me aflige poco: á mi edad se termina sin sentimiento una vida gloriosa. Yo he vivido bastante; pero vosotros ¿de qué os quejais? ¿Es vuestro intento vengar la muerte de Cómmodo? fuí inocente de aquel delito. Cuanto podeis esperar de un buen príncipe os he concedido, y estoy dispuesto á concederlo al mérito y no á la rebelion.» Su firmeza inspiraba respeto, y aquellos hombres inciertos y tímidos, con los ojos en el suelo, envainaban ya sus espadas. Un soldado germano, mas feroz que sus compañeros, llama á su arrepentimiento cobardia, y despierta su furor dando una estocada á Pertinaz: los demas imitan su rabia; y el emperador, sin socorro ni esperanza, cubre su cabeza con la toga, invoca á Júpiter vengador, y se deja matar sin resistencia. Solo Eclecto se mos-

tró fiel de todos los palaciegos: peleó contra los asesinos, hirió á muchos, y cayó á los pies del príncipe atravesado de mil heridas. Los pretorianos le cortaron la cabeza á Pertinaz, la pusieron en la punta de una lanza, y la llevaron á su campamento. Murió este príncipe despues de un reinado de tres meses, dejando un hijo que nunca hizo pretension al trono. Pertinaz, valiente, esperimentado, severo, justo, económico y frugal, conservó en su elevacion una modestia no comun. Habiendo enriquecido la ciudad de Alba, de donde era natural, con palacios y edificios suntuosos, quiso conservar siempre enmedio de los monumentos de su grandeza, la humilde casa del carbonero, su padre. Semejante príncipe no podia reinar largo tiempo: las antiguas virtudes eran ya plantas ecsóticas, que no podian aclimatarse en el suelo de Roma.

CAPITULO XVII.

Didio Juliano. Septimio Severo. Caracalla y Geta. Macrino Heliogábalo.

Didio Juliano, emperador. Septimio Severo, emperador. Guerra civil entre Severo y Niger. Guerra civil de Severo y Albino, y batalla de Lugduno. Ministerio de Plauciano. Caracalla y Geta, emperadores. Macrino, emperador. Heliogábalo, emperador.

Didio *Juliano, emperador.* (192.) Ya no habia leyes ni gobierno, pues que la espada daba y quitaba el cetro. Apenas se supo en Roma la noticia del crímen, el pueblo indignado tomó las armas y acudió á palacio; pero tarde para salvar y aun para vengar al príncipe. Sus homi-

cidas se habian ya retirado al campamento, que fortificaron con diligencia como si estuviesen en presencia del enemigo. Entonces se conoció hasta qué punto llegaba la molicie y degradacion de los senadores y caballeros. En vez de unirse al pueblo, atacar á los rebeldes, y aun disolverlos por un decreto, unos se atrincheraron en sus casas y otros huyeron á sus alquerías. El dios de Roma no era ya Marte, sino el interés y el miedo. Las cohortes pretorias, agitadas por el remordimiento y el temor, viendo que habian pasado dos dias sin ser acometidas, cobraron ánimo y adquirieron tal grado de insolencia, que desde lo alto del valladar gritaron en voz alta: «quien quiera el imperio que venga aquí, y se le dará al mayor postor.» La vergüenza y el alto precio de esta odiosa subasta alejaban á los concurrentes. Solo dos hombres se presentaron á ella: Sulpiciano, consular, prefecto de Roma y suegro de Pertinaz, y Didio Juliano, con-

sular tambien, hábil jurisconsulto, y que era creido el ciudadano mas opulento de Roma.

Juliano, aconsejado por necios amigos que le movian á no perder la ocasion única, que no volveria á presentarse, de comprar un imperio, fue al campamento, donde ya estaba Sulpiciano. Mostró á los soldados sin dificultad cuán peligroso seria elegir un gefe capaz de vengar á su yerno. Sin embargo, las ofertas de Sulpiciano los tentaban; pero Juliano, aumentando siempre la puesta, ofreció seis mil doscientas cincuenta dracmas á cada soldado, y reinar á la manera de Cómmodo. Fue proclamado emperador: recibió el juramento de la tropa, y entró en Roma al frente de diez mil pretorianos. En medio de la ciudad sacaron todos la espada, y le proclamaron segunda vez en presencia del pueblo, que observó un silencio profundo. Juliano convocó despues el senado y le dijo estas solas palabras: «teneis necesidad de un empera-

dor, y ninguno os conviene mejor que yo.» Todos los senadores se apresuraron á confirmar la eleccion de la tropa, y los que estaban mas indignados se mostraron mas adictos al nuevo príncipe. El historiador Dion Casio confiesa francamente, que fue uno de ellos. El senado revistió por un decreto al emperador de todos los títulos concedidos á sus predecesores. El medio que tuvo para adquirir el imperio, escusa decir que era un hombre turbulento, ambicioso, sin juicio y sin valor. Sus únicas prendas apreciables eran la suavidad y el buen modo; mas no pudieron ganarle ni el afecto de los soldados, que se quejaban de su lentitud en cumplir lo prometido, ni el del pueblo que le echaba en cara haber robado el imperio.

En todas partes oia imprecaciones y maldiciones contra él: en vano procuraba ganar los corazones con su afabilidad: como esta no era mas que flaqueza, se le despreciaba hasta tal punto, que un dia

asistiendo á los juegos públicos, la plebe proclamó emperador en su presencia á Pescennio Niger, gobernador de Siria. Este hombre que habia merecido con grandes empleos, servicios y victorias la reputacion de que gozaba, creyó que debia corresponder á los votos de Roma; y hallando igualmente favorables las disposiciones del ejército de Asia, tomó el título de emperador, fue reconocido con alegria por todos los príncipes de oriente, y recibió á sus embajadores.

Al mismo tiempo Septimio Severo, comandante de las legiones de Iliria, y que se habia ilustrado por muchas acciones gloriosas en el reinado de Marco Aurelio, pensó que podria aspirar como cualquier otro al poder supremo, pues que el cetro se habia convertido en espada. Su desprecio á Juliano apartaba el temor de los ostáculos. Habia empezado lamentando la suerte de Roma, y mostrando deseos de vengar á Pertinaz. El ardor de sus tropas, partícipes de los mismos sen-

timientos, le movieron á declararse. Reunió las legiones, les pintó vivamente los crímenes de los pretorianos, y les propuso marchar á Roma para castigarlos. El ejército unánime le proclamó emperador y juró seguirle. Aceptó el título y las insignias imperiales, y tomó el nombre de Pertinaz, creyendo inspirar así mayor afecto á los romanos. Los gefes de los ejércitos de las Galias le reconocieron. Solamente Albino, que mandaba en Britannia, le causaba algunas inquietudes; pero lo atrajo á su partido, dándole el título de césar. Despues de haber tomado las convenientes disposiciones y proveido á la defensa de las fronteras, se puso en marcha para sostener su pretension. La rebelion de Niger no daba mucho cuidado á Juliano; y en efecto, aquel general, aunque dotado de muchas virtudes, no se mostró digno de su fortuna. En lugar de asegurar con rapidez el écsito de la sublevacion, se aletargó en Antioquía en el seno de los pla-

ceres, como deslumbrado con su nueva grandeza y engreido con los homenages de los príncipes que le rodeaban. El senado no era mas que el instrumento servil de los pretorianos; y así, Juliano hizo que este cuerpo tímido declarase á Severo enemigo del estado, y enviase diputados al ejército de Iliria para que volviese á su deber. Catulino fue nombrado comandante de aquellas legiones; pero Septimio, amado de las tropas, y que despreciaba al rival, que le llamaba rebelde, desbarató todas sus trazas. Los diputados del senado arengaron á los soldados en su favor, porque los habia atraido á su proyecto. Aconsejaban á Juliano los suyos que saliese de Roma y defendiese el paso de los Alpes; pero él sabia pagar y no combatir. Prodigó el dinero á los pretorianos para que le defendiesen, y fortificó su palacio con ridículas barricadas. Esperando complacer á su guardia, envió al suplicio á Leto y á Marcia para vengar á Cómmodo,

y pagó asesinos que matasen á Severo. Las cohortes pretorias, afeminadas por la licencia, y enflaquecidas por la deshonestidad, no conservaban de soldados mas que el nombre. Incapaces de tolerar fatigas y de arrostrar peligros, solo mostraban vigor en las orgias y audacia en las sediciones. Cuando fue preciso combatir, desmayaron. Juliano, viendo caidos todos los apoyos en que confiaba, ofreció á Severo la mitad del imperio. Severo despreció esta oferta. El emperador quiso obligar al senado á que enviase las vestales á su rival para moverle á entrar en la negociacion del repartimiento; y el senado no se dignó de responderle. Entonces propuso ceder el imperio á Pompeyano: este hombre virtuoso tuvo á menos subir á un trono manchado con tantos crímenes y vicios. Entretanto, Severo avanzaba. Los soldados de Italia le entregaron todos los pasos; y en fin, los pretorianos se pasaron á su partido. El les prometió una

amnistía si le entregaban los asesinos de Pertinaz. Al mismo tiempo el cónsul Silio Mesala convocó el senado, y se dió un decreto que condenó á Juliano á perder el imperio y la vida, proclamó á Severo, y concedió á Pertinaz los honores divinos. Los principales senadores fueron enviados á los reales de Severo para suplicarle que pasase á Roma con prontitud. Dos lictores llevaron á Juliano su sentencia. Este miserable príncipe, aislado en su palacio, cedia sin sentimiento la corona, y pedia humildemente la vida; mas no pudo comprarla como el imperio. «¿Qué he hecho yo, decia á sus verdugos, para que me maten?» Como si haber envilecido la autoridad suprema fuese una accion indiferente. Cortáronle la cabeza y la espusieron al público. Así acabó este viejo insensato, que compró á costa de su caudal el oprobio y la muerte. Creyó haber reinado cuatro meses y cuatro dias. Severo permitió que se le hicieran algunos honores fúne-

bres. Su muger é hija perdieron sus títulos, pero conservaron la vida.

Septimio Severo, emperador. (193.) Los pocos romanos que merecian aun este nombre, y que amantes de la patria preferian el interes general al privado, y arrostraban los peligros y desgracias por asegurar la gloria y libertad del imperio, se entregaban á la esperanza. La muerte de Juliano borraba, segun ellos, la ignominia de su elevacion; y no siendo posible resucitar la república, hubieran obedecido con igual placer á Severo, á Albino ó á Niger, generales de la escuela de Marco Aurelio, respetados de los ejércitos, y temidos de los enemigos. En efecto, cualquiera de ellos era capaz de restablecer el honor de Roma, y vengarla de los infames pretorianos que habian asesinado á un emperador virtuoso, y vendido el trono á un usurero; pero los que habian proclamado á Niger ó favorecido á Pertinaz, y los hombres codiciosos, intrigantes, desho-

nestos y corrompidos de la corte de Cómmodo temian la venganza, la violencia y la inflecsibilidad de Severo.

Este general nació en Leptis, ciudad de Africa, de una familia antigua. Su padre Geta habia sido cónsul, y su madre Fulvia Pia era patricia. Severo, distinguido por Antonino, favorecido por Marco Aurelio, elevado sucesivamente á las dignidades de cuestor, tribuno, cónsul y procónsul, habia peleado con gloria, y gobernado con firmeza en Africa, Asia, España y Germania; pero en todas partes fue temido y no amado. Admiraban, es verdad, la estension y vivacidad de su talento, la prontitud de sus determinaciones, su actividad en el trabajo, la osadía de sus empresas, su firmeza en los reveses, su munificencia para sus amigos, su constancia en la amistad; mas por otra parte, ningun hombre fue mas falso, codicioso, vengativo, violento, cruel é implacable para sus enemigos. Su grande estatura, su barba ne-

gra y espesa, su terrible ademan, y su fuerte voz inspiraban respeto. Reunia en su persona las grandes cualidades de Trajano y los vicios de Tiberio. Recibió á los diputados de Roma al frente de su ejército con pompa y desconfianza. Dió órden á los pretorianos de que se le presentasen en el trage de palacio con toga y sin armas. Hízolos rodear por sus tropas, les reprendió el asesinato del emperador y la venta del trono, envió al suplicio á los que habian tenido parte en la muerte de Pertinaz, y condenó los demas á destierro perpétuo.

Al llegar á las puertas de la capital, bajó del caballo, dejó el vestido militar, hizo llevar ante él las banderas de los pretorianos abatidas, y entró en la ciudad al frente de 60.000 hombres. Precedian su marcha todos los senadores con guirnaldas de laurel en las manos, y el pueblo le rodeaba con vestidos blancos como en los dias de fiesta. Despues de ofrecer sacrificios á los dioses, reunió el

senado, le dió cuenta de su conducta, le aseguró que habia tomado las armas solo para libertarle de la tiranía ignominiosa de las cohortes pretorias, prometió gobernar con moderacion, y propuso un decreto que le declaraba enemigo de la patria en el caso de que quitase la vida á un senador. No tardó en conocerse, que esta promesa sin garantía era una ilusion. Severo formó una nueva guardia pretoriana, compuesta de los legionarios mas distinguidos: su número fue de cuarenta mil hombres de todas las provincias del imperio. Esta medida, que daba una grande emulacion á todos los cuerpos del ejército y á todos los pueblos sometidos á Roma, acabó de arruinar el espíritu independiente y militar en Italia.

Guerra civil entre Severo y Niger. El emperador hizo celebrar con magnificencia los funerales de Pertinaz, concedió abundantes gratificaciones á los ejércitos, castigó con rigor algunos gene-

rales concusionarios, disminuyó las contribuciones, publicó reglamentos sabios para mantener la abundancia, casó sus dos hijas con Alio y Probo, senadores estimados, y los nombró cónsules. Despues de haber consagrado un mes á los cuidados del gobierno, partió al oriente contra Niger, su competidor. Reunió grandes fuerzas para vencerle; pero se guardó de declamar contra él, porque sabia que tenia muchos partidarios en el senado y el pueblo, admiradores de su virtud. Para librarse de una diversion temible en el norte, antes de partir engañó á Albino con pérfidas demostraciones de amistad, lo hizo declarar césar y cónsul designado, y mandó que en honor suyo se erigiesen estátuas y acuñasen monedas.

Niger no habia previsto la rapidez de Severo. Llamado al trono por los deseos del pueblo romano y de todo el oriente, era igual á su competidor en pericia militar y superior en virtud. Siem-

pre se habia mostrado suave, humano y desinteresado. Roma le deseaba con razon, porque nadie era mas digno que él de ocupar el puesto de Antonino y de Marco Aurelio. Cuando supo que Severo habia llegado á Roma, salió del reposo, prolongado mas de lo justo, reunió un fuerte ejército, guarneció los desfiladeros de Cilicia, y pidió ausilios á los príncipes del oriente. Todos lo prometieron, y muy pocos se lo enviaron: el rey de Armenia declaró que permaneceria neutral. Emiliano, procónsul de Asia y partidario de Niger, marchó para defender á Bizancio, sitiada por Severo. Cándido, general de este emperador, le salió al encuentro con una parte del ejército, y aunque las tropas de Asia eran numerosas, nacidas en un pais que siempre afemina á los hombres, fueron inferiores en todos los combates á las legiones de Galia y de Germania. Emiliano fue vencido, prisionero y muerto cerca de Cicico. Cándido atacó en segui-

da el ejército de Niger, y despues de una larga y sangrienta batalla le arrojó desbaratado á la otra parte del monte Tauro. Severo le ofreció la vida y un retiro decoroso si le cedia el imperio. Niger hubiera aceptado, á obrar segun sus inclinaciones; pero rompió la negociacion por condescender á la ambicion de sus amigos. El ejército de Severo hizo vanos esfuerzos para pasar el Tauro: no pudo hacerse dueño de las fortificaciones construidas por Niger en los desfiladeros. Veleriano y Anulino, generales del emperador, estaban ya para renunciar á un ataque inútil, cuando una repentina y horrible tempestad, que derramaba el agua á torrentes, desbarató las obras inespugnables hasta entonces. El ejército imperial, atravesando sin ostáculo el desfiladero, continuó su marcha por la Cilicia hasta Iso, lugar famoso por la victoria de Alejandro el grande. Niger, que estaba allí con todas sus fuerzas, presentó la batalla. Su intrepidez, su ejemplo

y la habilidad de sus maniobras, parecian asegurarle la victoria; pero un torbellino de viento y granizo, que se desató de repente, aterró á sus soldados hiriéndoles en el rostro. En vano quiso reunirlos: su retirada se trocó muy pronto en derrota y matanza. Perdió en esta batalla decisiva veinte mil hombres. Antioquía abrió las puertas àl vencedor, y Niger, al buscar un asilo entre los partos, fue alcanzado y muerto por los imperiales. Su cabeza fue llevada á Severo, y arrojada en Bizancio por órden suya para aterrar á la guarnicion. El emperador abusó cruelmente de la victoria. Desterró á todos los senadores de quienes sospechaba haber favorecido á Niger, é hizo matar á casi todos los oficiales del ejército contrario. Casio Clemente, uno de ellos, debió la vida á su entereza. Enviado al suplicio, dijo á Severo: «tú querias, lo mismo que yo, librar á Roma y derribar al viejo infame que la habia comprado. No tienes al im-

perio mas derechos que Niger. Condenando á sus partidarios, condenas á los tuyos.» El emperador le perdonó; pero envió al destierro ó á la muerte á todos los parientes de Niger, confiscó sus bienes, y sin embargo puso en Roma una inscripcion que recordaba las hazañas de su rival, diciendo: «quiero conservar el nombre del vencido para consagrar la gloria del vencedor.» El terror que inspiraba Severo, obligó á muchos soldados romanos á guarecerse entre los partos. Esta emigracion fortificó y dió luces á aquellos enemigos antiguos de Roma, y los hizo mas temibles. El emperador se mostró tan liberal para sus tropas, como cruel con los enemigos. Despues de haberlas premiado magnificamente, las llevó contra los partos, consiguió muchas victorias, y concluyó en fin una paz honrosa. Mientras que domaba el Asia, un hombre solo se atrevió á su poder. Claudio, gefe de ladrones, talaba la Siria, la Palestina y el Egipto. Este hom-

bre atrevido, despues de haberse escàpado de todos los generales que Severo envió contra él, se viste de oficial romano, penetra en los reales del emperador, entra en su tienda, lo saluda, lo abraza, y al salir le declara quién es, desaparece de su vista, y se burla de todas las pesquisas que se hicieron para haberle á las manos.

Bizancio se resistia siempre. Esta ciudad, destinada á ser competidora de Roma, se hizo célebre entonces por el valor ostinado de sus habitantes. Triunfaron durante tres años de todos los esfuerzos de los sitiadores. Despues de haber agotado sus armas, rompian las estátuas y los vasos preciosos y las arrojaban desde las murallas á las cabezas de sus enemigos. En fin, habiéndolos reducido el emperador al hambre mas espantosa, tomó por asalto la ciudad, la entregó al saqueo, y la arrasó. Prisco, digno émulo de Arquimedes, que habia prolongado la defensa de la plaza con

sus máquinas ingeniosas, fue quizá el único ciudadano á quien se perdonó la vida. Su muerte hubiera deshonrado al emperador: su conservacion podia serle útil, y el interes dirigia todas las acciones de Severo.

Guerra civil de Severo y Albino, y batalla de Lugduno. (198.) Mientras que esta guerra ocupaba sus fuerzas, muchos senadores, temiendo su venganza, escribieron á Albino, persuadiéndole a apoderarse de Roma y del imperio. Este general, mal satisfecho del título de césar, era demasiado ambicioso, demasiado semejante á Severo, para conservarse sometido y fiel. Seguro de la lealtad de las legiones de Britannia, trabajaba en sublevar las Galias á favor suyo. El emperador, menos sincero que él, le lisonjeaba para adormecerle, decidido á arruinarle por transmitir el poder supremo á sus propios hijos. Continuó ocultando sus designios, escribió á Albino cartas llenas de protestaciones de amis-

tad, y se las envió por emisarios que llevaban el encargo de matarlo á puñaladas ó darle un veneno. Esta traicion fue descubierta: Albino los envió al suplicio, entró al frente de sus legiones en las Galias, y fue proclamado emperador. Los dos príncipes se acusaron mútuamente y con justicia, el uno de asesino, el otro de ingrato y rebelde. Severo designó heredero suyo á su hijo Basiano Caracalla, que tomó el título de césar y el nombre de Marco Aurelio Antonino. El emperador queria que el senado declarase á Albino enemigo de la patria; pero la incertidumbre del resultado de esta lucha entre dos rivales igualmente poderosos y vengativos, impidió á aquel cuerpo, siempre tímido, y tantas veces sacrificado, tomar una decision concorde. Los mas medrosos, determinados por el peligro mas prócsimo, obedecieron al emperador. Los mas imprudentes resistieron á las claras: los otros, cuya esperiencia se habia formado en tan conti-

nuas revoluciones, se quedaron neutrales: uno de ellos fue el historiador Dion Casio. Albino hizo la guerra con vigor en Galia, y conquistó mucha parte de ella. En este tiempo Numeriano, maestro de escuela, fingiéndose senador, levantó un cuerpo de tropas galas, venció en muchos reencuentros á las de Albino, impuso contribuciones, envió sumas considerables á Severo, y le preparó con su valor la victoria. Cuando se terminó la guerra, fastidiado de los grandes, de los combates y de la ambicion, no quiso ni dignidades ni premios, y se volvió pacíficamente á su aldea. Albino, ardiente é impetuoso, y que citaba con frecuencia un hemistiquio de Virgilio, cuyo sentido es:

«Furioso me arrojo á las armas,»

para mostrar que el fuego le guiaba mas que la razon, conquistó en poco tiempo la mayor parte de las Galias, y derrotó completamente á Lupo, general del emperador.

Severo, receloso de sus progresos, despues de haber fortificado prudentemente los pasos de los Alpes, marchó contra su rival con todas sus fuerzas. Dieron una gran batalla entre el Ródano y el Arar, cerca de Lugduno, en la cual pelearon ciento cincuenta mil romanos con igual valor y pericia de una y otra parte. Al principio cejó la izquierda de Albino; pero su derecha, mas feliz, rompió la que mandaba el emperador. Severo, rodeado y herido, cae del caballo; pero rechaza intrépidamente á cuantos se le acercan, recibe socorro de los suyos, vuelve á reunirlos, marcha á su frente á pie, y restablece la pelea. Leto acude, en fin, con su reserva, y decide la victoria. Las tropas de Albino ceden por todas partes: el emperador hace en ellas gran carnicería, las persigue sin intermision, y entrega á las llamas la ciudad de Lugduno. Albino, perdido el trono, despreció la vida y se mató. El cruel Severo holló el cadáver

con su caballo, y envió á Roma su cabeza en la punta de una lanza. Fueron degollados la muger, los hijos y los partidarios de Albino que pudieron haberse á las manos: todos los soldados de las legiones vencidas que escaparon de la muerte, se refugiaron á Germania, llevaron á sus bosques el odio á Roma, las armas, la disciplina y la táctica, ilustraron y enseñaron á los bárbaros, y prepararon así la ruina del imperio. Un oficial galo, preso y condenado, dijo á Severo: «Si fueses vencido como yo, ¿qué harias en mi lugar?» «Callar, le respondió el emperador, y sufrir;» y le envió á la muerte sin piedad. Algunos infames delatores le entregaron los papeles de Albino, y conoció por ellos á los senadores que eran partidarios de su rival. Severo envió un oficial á Roma, que presentó al senado las cartas de Albino y otra del príncipe, que decia: «este regalo os da á conocer mi enojo, y os anuncia mi venganza.» Severo volvió á la

capital al frente de su ejército. Convoca los senadores: les echa en cara á unos su perfidia, á otros su cobardía. «Os quejais, les dice, de mi rigor, cuando no hay suplicio que no merezcais. La suavidad os hace facciosos, la bondad traidores. Insolentes contra el débil, tímidos á los pies del fuerte, es imposible gobernaros sino con el terror. Mario y Sila os conocian bien: sus justas proscripciones afirmaron su poderío. César, clemente, no recibió de vosotros mas que puñaladas. ¡Y os atreveis á infamar la memoria de Cómmodo! vosotros que habeis comprado sus muebles, esclavos y cortesanas: vosotros, que teneis todos sus vicios y ninguna de sus cualidades: que poco há ibais á dejar impune el asesinato de un valeroso emperador, y prodigabais infamemente vuestros homenages á un vil comprador del imperio. Cómmodo merece la apoteosis por haberos tratado como mereceis; y yo mando que se le decreten los honores divinos.»

Despues de haberlos aterrado con estas palabras, en desprecio de sus juramentos puso en juicio á cincuenta y siete senadores, mandó quitar la vida á veinte y dos, y perdonó á treinta y cinco. Sabiendo entonces que los partos y armenios se habian sublevado de nuevo, partió al oriente. Barsémes, rey de Armenia, apaciguó su enojo sometiéndose. Los partos, despues de una vana resistencia, emplearon su antigua política, y dejaron pasar el torrente, huyendo y peleando. Severo llevó sus armas como Trajano mas allá de Babilonia y de Ctesifonte, y como él tuvo que levantar dos veces el sitio de Atra, ciudad defendida por su posicion y por el valor indomable de los árabes. El emperador se mostró tan cruel en Asia como en Europa, é hizo morir á todos los que tomaron parte en la sedicion. Caracalla, manifestando ya su horrible carácter, queria que se proscribiese tambien á los hijos de los sentenciados: Geta, su hermano, mas

benigno, preguntó si tenian muchos parientes: respondiósele que sí; y él replicó: «¿quieres que tantos hombres detesten nuestra victoria?»

El emperador, pacificada la Siria, fue á Palestina, donde los judios habian hecho algunos movimientos. Su carácter cruel le hacia naturalmente enemigo de la religion de paz y de amor, y así prohibió á todos los vasallos del imperio profesar la fe de Jesucristo, lo que dió origen á la quinta persecucion de la Iglesia. Ireneo, obispo de Lugduno, y Leonidas, padre del famoso Orígenes, sufrieron el martirio. Marcela y su hija perecieron en las llamas; y Basilides, su perseguidor, convertido por su ejemplo, participó del mismo suplicio. Severo pasó despues al Egipto, y tributó sus homenages á las cenizas de Pompeyo y Alejandro. Admiró los monumentos de aquel antiguo pais, visitó sus templos, y sacó de ellos todos los libros sagrados, mandándolos encerrar en el sepulcro del hé-

roe macedonio. Volvió despues á Roma á gozar de la gloria, merecida por sus hazañas, pero mancillada con rios de sangre.

Ministerio de Plauciano. (204.) Este príncipe, cuya ferocidad aterraba al mundo, se dejaba gobernar por un favorito. Plauciano, semejante á Seyano en la ambicion, la crueldad y el orgullo, llevó la insolencia á tal estremo, qué mandó á todos bajar la vista cuando él pasaba. Orgulloso con el favor de su amo, todos le parecian inferiores, y trataba con igual desprecio á la emperatriz Julia y á Geta. Su hija Plautila casó con Caracalla, y desde entonces desapareció á los ojos de Plauciano la distancia que le separaba del trono. Lejos de moderar las pasiones del emperador, las irritaba y le movia á la crueldad, bien por complacerle, ó bien con la esperanza de hacerle odioso y derribarle. Por sus consejos fueron enviados al suplicio muchos cristianos y varios senadores y caballe-

ros. En está época publicó Tertuliano su elocuente apología del cristianismo, en la cual probó con evidencia que los cristianos, sometidos al príncipe y á las leyes, estaban obligados por su misma religion á llenar todos los deberes de ciudadanos: que sus costumbres eran tan suaves como puras, y que ninguna violencia podia ya triunfar de la fe verdadera, cuyos progresos aumentaba la misma persecucion. «Llenamos ya, decia, el senado, las ciudades, los campos, los palacios y las casas, y solo os dejamos los templos y los teatros.» El suceso correspondió á su esperanza: la injusticia rindió homenage á la verdad; y si la persecucion no cesó, por lo menos se mitigó considerablemente.

Caracalla, enseñado por la envidia que tenia á su suegro, y mas capaz quizá que otro alguno de penetrar los secretos de un corazon semejante al suyo, descubrió que este ministro ingrato conspiraba contra el poder y la vida de su

amo. Saturnino, tribuno de los pretorianos, ganado por el príncipe, fingió favorecer los proyectos del traidor; y habiendo consultado con él los medios de consumar el crímen, va una noche á buscarle, le dice que sus deseos estan cumplidos, y la famila imperial degollada. Plauciano, embriagado de orgullo y alegria, vuela al aposento del emperador, impaciente de subir al trono, y halla á Severo y sus hijos rodeados de oficiales. Severo sintió á su vista renacer su antigua amistad, y se mostraba dispuesto á oir su justificacion; pero el impetuoso Caracalla, sin darle tiempo para hablar, se arroja sobre él, le desarma y le manda degollar á los pies de su padre. El emperador dió cuenta al senado de este suceso: lamentó la desgracia de los príncipes en no poder hallar amigos, y atribuyó sus rigores pasados á los pérfidos consejos del ministro. Pero el resto de su vida desmintió esta justificacion ilusoria. Desde los reinados de Cómmodo

y Juliano era imposible que la virtud ascendiese al trono. Los grandes aspiraban al imperio: los ricos lo compraban: los soldados lo vendian: el senado y el pueblo eran nulos, y el mundo no podia ser ya gobernado sino por tiranos. Severo contenia á los grandes por el terror de los suplicios: ganaba al ejército con la liberalidad y la relajacion de la disciplina: se hacia amar del pueblo disminuyendo los impuestos y dando fiestas y espectáculos magníficos. Los despojos de los vencidos y la confiscacion no solo sufragaron sus gastos, sino tambien le proporcionaron formar un tesoro mayor que el de sus predecesores. La vida de este príncipe era activa y arreglada: trabajaba la mayor parte de la noche: daba audiencia y asistia á los tribunales hasta medio dia: paseaba despues á caballo, se bañaba, comia en seguida con su familia, y conversaba en sus jardines con los sabios mas distinguidos. Despues tomaba otro baño y cenaba con algunos a-

migos. El terror de su nombre contenia al imperio en la sumision, y enfrenaba á los estrangeros, cuando la rebelion de los caledonios turbó la paz universal. Aunque la gota le tenia débil, su espíritu conservaba el ardor y la impetuosidad juvenil: sale de Roma á pesar de sus enfermedades, y llega á la Britannia con sus dos hijos. Habiendo encargado á Geta mantener el orden en la parte meridional de la isla, llevó su ejército á la Caledonia. El carácter ostinado de aquellos bárbaros, la aspereza de los lugares, la espesura de los bosques y la insalubridad de las lagunas hacian esta guerra muy dificil y peligrosa. Era necesario vencer á los hombres y á la naturaleza. Cincuenta mil romanos perecieron en aquel pais; pero la constancia del emperador triunfó de todos los ostáculos. Los caledonios se vieron obligados á pedir la paz, entregaron las armas y cedieron una parte del territorio.

Severo, para asegurar la Britannia

contra sus incursiones, construyó una gran muralla guarnecida de torres y defendida con fosos profundos. El senado le dió el título de *Británnico Mácsimo*. Una nueva rebelion le obligó á tomar las armas, y la castigó con una horrible matanza de britannos. Al marchar contra los sublevados estuvo para ser víctima de un crímen espantoso. Caracalla, que no podia sufrir la altanería de Castor, nuevo favorito de Severo, sacó la espada para matar á su padre. Contúvole un grito general de horror, en que prorumpieron todos los circunstantes. Severo entra en su tienda, lè manda llamar y le dice: «malvado, pues deseas acabar conmigo, oculta á lo menos tu delito á los ojos del ejército: consuma aquí tu parricidio, ó manda á Papiniano que me dé la muerte: eres su emperador y te obedecerá.» Caracalla se arrojó á sus pies, fingiendo un pesar, hijo de la vergüenza y no del arrepentimiento.

Pocos dias despues sus emisarios esci-

taron una sublevacion en las legiones, y estas declararon que Severo, gotoso é imbécil, no debia ya mandar, y que era menester que cediese á Caracalla la autoridad suprema. El emperador al saber esto, ardiendo en ira, halla otra vez su juventud y vigor: hace que le lleven al tribunal, y convoca las legiones: el fuego de sus miradas y sus palabras amenazadoras consternan á los soldados: las armas caen de sus manos: manda degollar á los gefes de la rebelion; y poniendo despues la mano en la frente, dice á Caracalla: «la cabeza es la que debe gobernar, y no los pies.» Créese que estuvo para castigar de muerte á su hijo; pero la naturaleza triunfó de la justicia. El mónstruo proyectó despues asesinar á su padre; mas los médicos cuya fidelidad procuró corromper, desecharon con indignacion sus ofertas. Estos últimos pesares habian irritado la enfermedad del emperador. Sintiendo prócsima é inevitable su muerte, dijo: «todo lo he sido, y conozco que todo es na-

da.» Mandó que le trajesen la urna en que habian de encerrarse sus cenizas, y al verla esclamó: «este pequeño vaso encerrará al que no cabia en el mundo.» Llamó despues á sus hijos, y les dijo asi: «hallé el imperio arruinado, y os lo dejo fuerte y glorioso. Durará mientras os gobierne la virtud: perecerá, si el vicio os domina.» Los dolores le atormentaban, y pidió un veneno, que le fué negado. Resuelto sin embargo á acelerar su muerte, mandó que le preparasen manjares, comió con esceso y murió á los sesenta y seis años de su edad, y diez y ocho de su reinado. Sus talentos y vicios prueban que aun quedaban en su época vestigios de la grandeza romana, ya en los crímenes, ya en las virtudes; pero este imperio colosal no tardó en manifestar los síntomas de la debilidad, la decrepitud y la muerte. Falleció en Eboraco, ciudad de Britannia, el año novecientos sesenta y tres de Roma. Habia cultivado la literatura, y escribió una historia de su vida,

cuyo estilo y sinceridad alaba Victor.

Caracalla y Geta, emperadores. (211.) Los príncipes designados por sus padres y nombrados por el ejército no esperaban ya, como antiguamente, la confirmacion del pueblo y del senado. Basiano Antonino, á la edad de veinte años, tomó posesion del poder supremo con Geta, su hermano, y se le dió el sobrenombre de Caracalla, porque llevaba una larga ropa que bajaba hasta los pies, llamada por los galos caracalla, y despues *casaca* por los francos. Este príncipe, educado en su infancia por Antipatro, Evodio y Próculo que quiso convertirle al cristianismo, dió por su dulzura y sensibilidad esperanzas que desmintió el resto de su vida. La noticia de un suplicio le causaba grande tristeza, y el verlo le hacia llorar; pero su elevacion, llamando cerca de él á los lisonjeros, corrompió su alma, desenvolvió su orgullo, perturbó su razon, y le hizo tan cruel que Montesquieu hallando el epiteto de tirano de-

masiado débil para semejante mónstruo, le dió con justicia el de *destructor de los hombres*. «Calígula, Neron, Domiciano y Cómmodo, dice este célebre escritor, no ejercieron sus crueldades sino en Roma: Caracalla llevó sus furores por todo el universo.» Geta, su hermano, se habia mostrado en su edad primera maligno y rabioso; pero una prudente educacion mudó enteramente su carácter, y subiendo á la dignidad que suele pervertir á los hombres, se despojó de sus vicios, y adquirió las virtudes propias de los grandes monarcas. Nació entonces entre los dos hermanos una insuperable aversion. Ni los esfuerzos de Severo, ni los consejos de Julia, madre de ambos, pudieron amistarlos, y el repartimiento del poder aumentó su recíproco odio. El trono, que quizá hubiera sido un escollo para la amistad, fue campo de batalla para el aborrecimiento. Habiendo dejado la Britannia, llegaron juntos á Roma, y repartieron entre sí el palacio, que era tan

grande como una ciudad. Cada uno tuvo su corte y su guardia propia, y bien pronto su division formó dos partidos en Roma. Los senadores, caballeros y ciudadanos mas distinguidos se aficionaron á las virtudes de Geta: los soldados, los libertos, los crapulosos y los hombres de menos valor se adhirieron á Caracalla. Entrambos príncipes hicieron en la curia el elogio de Severo, y el senado decretó que se le diesen los honores divinos.

Los progresos de la servidumbre del pueblo rey á sus altivos señores habian introducido las magníficas y pueriles pompas de la etiqueta oriental. Se colocó la imágen de Severo, hecha de cera, en una cama de marfil adornada con paños de oro. Estuvo siete dias espuesta y acompañada de muchos senadores vestidos de negro, y de matronas con ropages blancos. Los médicos visitaban á sus horas la imágen como si el príncipe viviese todavía, y anunciaban con señales

de dolor los progresos de la enfermedad. Al séptimo dia se declaró su muerte, y se llevó con gran pompa, en su mismo lecho, al foro por la calle Sagrada. Los caballeros llevaban el féretro, los senadores le seguian, y la juventud romana celebraba con himnos la memoria del emperador. Llegó la comitiva al campo de Marte, donde se habia construido una pirámide de madera de cuatro pisos, y con un aposento en cada uno. Colocóse en el segundo la imágen, rodeada de flores y aromas. Los caballeros romanos, armados, corrieron caballos al rededor de la pirámide: los emperadores, cónsules y caballeros prendieron fuego á la hoguera; y enmedio de las llamas voló á las nubes un águila, que estaba en el interior del edificio, é hizo creer al pueblo, que el alma de Severo ascendia, bajo la forma de aquel ave, á tomar asiento entre los dioses.

Geta aumentaba su partido por la moderacion y afabilidad: Caracalla, pro-

tegiendo la licencia de las tropas, y dando rienda suelta á todos los vicios. Los senadores, temiendo una lucha sangrienta, cuyo teatro y víctima sería Roma, propusieron la division del imperio, quedando Geta con el oriente y Caracalla con el occidente; pero Julia no consintió en ello, movida de una ciega ternura, que le hacia esperar siempre la reconciliacion de sus hijos, y temer que la separacion aumentase la animosidad. Caracalla, despues de haber intentado inútilmente el asesinato y el veneno contra la vida de su hermano, á quien defendia el amor del pueblo, fingió renunciar al aborrecimiento, y pidió á Geta una conferencia en el aposento de su madre para terminar sus disensiones. El virtuoso príncipe, no sospechando los crímenes que era incapaz de intentar, se presenta confiadamente en el lugar designado, y abre sus brazos á su hermano. Caracalla saca la espada y se arroja sobre él. Geta, que no tenia armas, busca

un asilo en el seno de su madre: el mónstruo le persigue, le hunde el acero en el pecho, y hiere á Julia, que procuraba libertar del golpe á su hijo. El infeliz príncipe espiró sin pronunciar una palabra. Habia reinado un año. Despues de cometido este delito atroz, Caracalla sale del palacio, llama su guardia, y les dice que acaba de librarse de los mayores peligros. Los soldados le conducen al campamento, y reciben paga doble y una gratificacion de mil pesetas cada uno, agotando el tesoro público para comprar la impunidad. Los pretorianos, que no conocian mas derecho que la fuerza, ni mas virtud que la prodigalidad, renuevan sus juramentos al fratricida, y declaran desvergonzadamente enemigo público á Geta. Caracalla, seguro de su adhesion, se presenta cubierto de un peto enmedio del senado, hace rodear la curia por sus tropas, y burlándose de la ira del cielo, de las miradas de los hombres y de las leyes del impe-

rio, acusa públicamente á su hermano de haber intentado quitarle el trono y la vida, confiesa descaradamente que le ha muerto, se gloría de haber imitado á Rómulo, y para quitar el recelo de todos los ánimos, mas cuidadosos en los tiempos de corrupcion del interes privado que del general, promete amnistía á todos los partidarios de Geta, y perdon á todos los sentenciados. Un senador se atrevió á proponer la apoteósis del príncipe asesinado: «consiento en ello, dijo Caracalla: mejor quiero que esté en el cielo que en la tierra.» Deseoso de engañar la opinion pública, siempre temible á los tiranos aun cuando la oprimen, ecsigió de su ministro, el jurisconsulto Papiniano, la misma complacencia que Séneca tuvo con Neron, y le instó á que escribiese una apología de la muerte de Geta. El virtuoso romano se negó á ello, diciendo: «Mas fácil es cometer un fratricidio que disculparle.» Esta espresion valerosa le costó la vida.

Caracalla era obedecido ; pero se murmuraba. No vengaban á Geta; pero le lloraban. Enfurecido el emperador, creyendo los gemidos de la virtud señales de rebelion, llenó á Roma de terror y de sangre. Todo delator era oido, todo sospechado, delincuente: hablar era un riesgo; callar no lo era menor: las leyes sanguinarias del emperador se ejecutaban como los crímenes enmedio de la noche: las horas del descanso lo eran de peligro para todos los ciudadanos: se asegura que veinte mil personas perecieron víctimas de los furores de aquel insensato. El virtuoso Pompeyano perdió la vida, como tambien una hija de Marco Aurelio, sin mas causa que el aprecio con que eran mirados. El que no llevaba consigo un retrato ó una efigie del emperador, era tenido por impío; y no obstante, muchos fueron condenados como sacrílegos por haber entrado en las casas de mala nota con cintillos, en donde estaba grabada su figura. Sus mi-

nistros fueron dignos de él. Entregó el gobierno de Roma al eunuco Sempronio, médico y envenenador de profesion, al cual Severo habia desterrado á una isla desierta. Teócrito, esclavo antes y luego maestro de bailar é histrion, mandaba su guardia. Epagato, tambien liberto, gobernaba con ellos al emperador y al imperio, y vendia públicamente la justicia y la sangre de los hombres. Envilecieron el título de ciudadano romano, prodigándolo á los bárbaros, y concediéndolo por una ley á todos los súbditos ingénuos del imperio. Caracalla decia á las claras, que no era posible gobernar á los hombres sino por el terror: sus únicos héroes eran Tiberio y Sila. Representándole un dia su madre Julia, que el pueblo esausto no podria pagar los impuestos que se le echaban, respondió: «Mientras lleve esta espada, tendré todo el dinero que quiera.» Abandonando los negocios del estado á sus indignos favoritos, pasaba la vida en

los espectáculos y las casas de prostitucion con farsantes y cocheros. Orgulloso por la fuerza corporal con que le habia dotado la naturaleza, descendia muchas veces á la arena para lidiar con los leones y tigres, cuyo émulo parecia mas bien que enemigo. Objeto del miedo y del odio de todos, él mismo sentia el terror que inspiraba. El remordimiento, enemigo que ninguna guardia detiene, penetraba por la noche en su palacio, y le atormentaba con sueños espantosos, en los cuales se le aparecia la sombra de su padre, y le decia estas terribles palabras: «Yo te mataré como mataste á tu hermano.» Este príncipe, tan detestable en sus costumbres, tan vil en sus inclinaciones, por una contradiccion estraña, pero comun, ambicionaba la gloria militar, y por eso salió de Roma, corrió la Italia y las Galias como un torrente devastador, y causó mas calamidades á las provincias del imperio al pasar por ellas, que los bárbaros en sus incursiones.

Los alemanes, de los cuales se oyó entonces el nombre por la primera vez, acababan de atravesar el Rhin y de invadir las Galias. Se ve por la palabra *aleman*, que en idioma céltico quiere decir *todos los hombres*, que aquel pueblo era una mezcla de muchas naciones diferentes. El emperador peleó en esta guerra como un soldado valeroso, pero sin ninguno de los talentos que ecsige el mando de un ejército, sin prevision ni prudencia en las disposiciones, sin consecuencia en los planes. Acostumbrado á la ciega obediencia de una nacion corrompida, vió con sorpresa el espíritu público de los bárbaros, opuesto á su tiranía. Habiendo dado opcion á muchas prisioneras alemanas entre la muerte ó el cautiverio, todas prefirieron la muerte, y se mataron á su vista: desde entonces pudieron prever los esclavos de los césares, que no tardarian en triunfar del imperio romano los habitantes de las selvas germánicas. Caracalla, fasti-

diado de la guerra, y contento de haber mostrado su fuerza en algunos combates particulares, compró la paz de los alemanes pagándoles un tributo, admitió á muchos de ellos en su guardia, adoptó su trage, se puso una peluca rubia para imitar el color de los cabellos de aquel pueblo, y se jactó en sus cartas al senado de haberle vencido y puesto en huida. Otros pueblos, animados por su debilidad, le amenazaron con la guerra para que les diese dinero. Pasó á Dacia, donde los godos y getas que le acometieron fueron vencidos, no por él, sino por sus generales. Helvio, hijo del emperador Pertinaz, aludiendo al asesinato de Geta y á la retirada de los getas, se atrevió á decir que el emperador merecia con doble razon el titulo de *Gético*. Esta chanza fue su sentencia de muerte. Poco despues atravesó Caracalla la Macedonia, donde por vanidad fue entusiasta de Alejandro Magno. No pudiendo adquirir su genio, imitó su mo-

do de andar y su ademan, inclinó, como él, la cabeza hácia el hombro izquierdo, se vistió las armas que habia llevado, tomó sin rubor su nombre, y dió el de falange á un cuerpo de su ejército. Desembarcó despues en Asia, visitó las ruinas de Troya, se enardeció con la gloria de Aquiles, y para imitarle celebró en obsequio de su liberto Festo funerales semejantes á los de Patroclo. Llegó despues al Egipto, y se enfureció al saber que los alejandrinos le despreciaban y hacian burla de él. Su venganza fue tan atroz, como pueril su vanidad. Habiendo reunido para una fiesta pública á todos los habitantes de Alejandría, mandó á sus tropas que los matasen. El gran número de las víctimas hizo que fuese larga la resistencia y grande la carnicería. El mismo emperador escribió al senado, que durante la matanza estuvó sentado en el templo de Serapis, y consagró á este dios el acero con que había muerto á su hermano. Antes de salir de

Alejandría, mandó desterrar de ella á todos los sabios y literatos, como si el crímen pudiera ocultarse alejando las luces.

Cuando llegó á Siria formó el proyecto de triunfar de los partos, no por el valor, sino con la infamia mas vil. Sus embajadores pidieron á Artabano, rey de aquella nacion, que le diese su hija en matrimonio. Fijado el dia y lugar, los dos monarcas se reunieron para tratar del casamiento. Artabano sin armas y con los grandes de su corte: Caracalla con gente que traia ocultos los aceros, y que arrojándose sobre los partos, mataron á casi todos, escapándose el rey por la velocidad de su caballo. A favor del tumulto que causó esta traicion, Caracalla penetró en la Media, demolió los sepulcros de los reyes de Partia, y tomó insolentemente el título de *Pártico*, atribuyendo al asesinato los honores de la victoria. Hasta entonces, aunque aborrecido del mundo entero, le habian sos-

tenido las legiones, cuya licencia favorecia; pero la preferencia que daba últimamente á la guardia alemana, le hizo perder el amor de los demas soldados. Suspicaz como todos los tiranos, habia encargado á Materniano, comandante de la milicia de Roma, que le informase mientras estaba en sus viages de todo lo que pudiese interesarle en cuanto á su seguridad. Este oficial le escribió que un astrólogo acababa de designar en Africa á Macrino, prefecto del pretorio, como destinado por los dioses para sucederle. Caracalla, atento siempre á sus placeres mas que á los negocios, le dió á Macrino este pliego entre otros sin leerlos. Macrino los abre: conocia harto bien al emperador para dudar de la suerte que esta noticia le preparaba si Caracalla llegaba á saberla por otro conducto. Resuelve pues anticiparse: estaba seguro de las disposiciones del ejército: gana á dos tribunos y á Marcial, oficial de guardias, y jura con ellos la perdicion del tirano. Ca-

racalla salia entonces de Edesa para ir á Carras: los conjurados que le observaban, lo vieron desmontar y separarse del camino, seguido de un solo esclavo. Marcial, aprovechando este momento favorable, deja su puesto, se acerca á él socolor de ayudarle á subir á caballo, y le hunde un puñal en la garganta. A sus gritos acuden los soldados, le hallan espirando, y vengan su muerte degollando á Marcial. Caracalla pereció el año 969 de Roma, á los 29 años de edad: su reinado, que duró 6, debió persuadir á los romanos que el cielo para castigarlos por su barbárie, y vengar sus numerosas víctimas, los condenaban á ser presa de los mónstruos mas feroces.

Macrino, emperador. (217.) Caracalla, detestado en todo el mundo, tenia por partidarios solamente á los pretorianos, enriquecidos con sus liberalidades. Sublevaronse cuando murió; y Macrino, fingiéndose partícipe de su dolor, logró libertarse de las sospechas, y hacer que

se acusase del crimen á solo el homicida, que ya lo habia pagado. Las cohortes pretorias interrumpieron los lamentos por su príncipe, para entender en el nombramiento de sucesor. La emperatriz Julia, viuda de Severo, tenia una hermana llamada Mesa, la cual tuvo dos hijas, Soemis y Mammea. Caracalla sedujo á Soemis, y de este comercio incestuoso nació un príncipe, que fue despues Heliogábalo, de rara hermosura; pero su corta edad, y la ilegitimidad de su nacimiento, impidieron nombrarle. El ejército vacilaba entre Advento y Macrino, uno y otro prefectos del pretorio; en fin, se decidieron por Advento, mas valeroso y esperimentado que su colega; pero como no sabia leer, y se creia incapaz de gobernar, rehusó modestamente el honor ó el gravámen que le ofrecian.

Todos los votos se declararon entonces á favor de Macrino: los pretorianos le proclamaron y dieron el título de césar á su hijo Diadumeno. Macrino infor-

mó de este suceso al senado, el cual confirmó la eleccion. Los senadores, por odio á Caracalla, mandaron derribar sus estátuas; pero el temor de los pretorianos los obligó á colocar entre lòs dioses al que hubieran querido borrar del número de los hombres. No se respetó ni el dolor ni la virtud de Julia, y fue condenada al destierro, donde se dejó morir de hambre, desesperada por la muerte de su hijo, cuyo nacimiento solo debia llorar. Marco Opilio Macrino era númida, natural de un pueblo cercano al sitio donde hoy es Argel. Protegido por Plauciano, fue intendente de postas en el reinado de Severo, abogado del fisco en el de Caracalla, y prefecto del pretorio despues de la muerte de Papiniano. Una de las principales funciones de este empleo era administrar la justicia en nombre del emperador, y Macrino fue estimado por la equidad de sus sentencias. Habiendo subido al trono, pareció enemigo de la delacion, castigó á los ca-

lumniadores, y dió esperanzas de que renacerian bajo sus auspicios la rectitud y la libertad. Pero en aquella época no habia mas derecho que la fuerza, y Macrino sabia de leyes mas que de armas. Hubiera querido negociar mejor que combatir; pero Artabano, ecsasperado por la injuria recibida, se negaba á la paz, á no ser que los romanos evacuasen la Mesopotamia, y le pagasen una indemnizacion cuantiosa. Los dos ejércitos se dieron batalla junto á Nisibe: duró tres dias: los romanos, obligados á ceder el campo, se retiraron á sus reales, y se creyeron vencedores, porque no fueron perseguidos. Macrino devolvió á los partos sus prisioneros y el botin que los romanos habian hecho, y compró la paz pagando veinte millones de indemnizacion. El senado, acostumbrado á lisongear á sus dueños, le concedió el sobrenombre de *Pártico* y el triunfo. Macrino no aceptó ni uno ni otro, y fijó su residencia en Antioquía, donde se dedicó

á la reforma de la legislacion. Para simplificar la jurisprudencia, revocó los rescriptos de los emperadores, y redujo el número de las antiguas leyes. Publicó reglamentos severos contra el lujo, la delacion y la deshonestidad. Protegió á los sabios, y restituyó á su patria los que habia desterrado Caracalla. Dion el historiador fue nombrado gobernador de Pérgamo y Esmirna.

Mientras que el emperador se entregaba con una seguridad engañosa á los trabajos de la legislacion, como si su poder estuviera consolidado, tres mugeres y un niño se preparaban á derribarlo. Prolongando sobradamente su mansion en Antioquía, cometió el yerro de no separar las legiones; poder siempre peligroso cuando no se le emplea con utilidad. Tratando á los oficiales con dureza, y queriendo que los soldados pasasen con demasiada rapidez de la licencia á la antigua disciplina, descontentó el ejército. Mesa estaba entonces en Feni-

cia con sus hijas Soemis y Mammea, y los hijos de estas Basiano y Alejandro. Entrambos eran sacerdotes del sol, por lo cual se dió al primero el nombre de Heliogábalo. Su estraordinaria belleza escitaba la admiracion de los soldados, y le ganaba su afecto. La astuta Mesa, valiéndose de estas disposiciones favorables, y de las faltas de Macrino, vende sus joyas, derrama el dinero, subleva una legion, conduce á su campamento á Heliogábalo, y hace que lo proclamen emperador. Macrino, despreciando un movimiento parcial que juzgaba facil de contener, envió á Juliano con dos legiones contra los rebeldes. Los soldados de Heliogábalo, muy pocos para conservarse en el campo, se fortificaron en los reales, donde fueron sitiados. Los agentes de Mesa penetráron en las lineas de los sitiadores y las sublevaron : las dos tropas se reunieron, cortaron la cabeza á Juliano, y la enviaron al emperador : este conoció, en fin, que no era despreciable

la que él llamaba rebelion de un niño. Marchó contra los facciosos al frente de los pretorianos y de las demas tropas que se le conservaban fieles, é informó de estos sucesos al senado, el cual, á peticion suya, declaró enemigos públicos á Heliogábalo, Alejandro, sus madres y su abuela. Macrino, despues de algunos reencuentros poco decisivos, mostrando en sus movimientos una incertidumbre que animó y aumentó el partido de sus enemigos, se retiró de Apamea á Antioquía. Los progresos de los rebeldes le obligaron á salir otra vez á la frontera de Fenicia, y presentarles la batalla. Gannis, ayo de Heliogábalo, no habia militado jamas; sin embargo, este hombre, entregado hasta entonces á los placeres, dispuso su ejército con órden, y peleó con valor. A pesar de sus esfuerzos, los pretorianos, animados por el deseo de conservar su antiguo nombre, penetran en las filas enemigas; cuando de repente se muestran enmedio de los fugitivos

Mesa y Soemis, los detienen, les afean su cobardía, los reunen y determinan á volver al combate. El jóven Heliogábalo saca su espada, y se pone á su frente: renuévase la batalla mas furiosa: Macrino espantado huye. A pesar de esta cobardía, los pretorianos prosiguen el combate, animados por el temor de las venganzas que siguen á las guerras civiles. Heliogábalo, conociendo que era preciso darles seguridad para desarmarlos, les promete completa amnistía. La batalla cesa al instante, y los dos ejércitos reunidos proclaman segunda vez emperador á Heliogábalo. Macrino se escapó á Bitinia, y de alli se embarcó para Bizancio: los vientos contrarios le obligaron á arribar á Calcedonia, donde estuvo oculto algun tiempo. Habiendo sabido que el enemigo tenia noticia de su asilo, huyó á otra parte: fue vivamente perseguido, y estando ya para caer en manos de los contrarios, se arrojó de su carro, y se lastimó un hombro en la caida: los oficia-

les que le buscaban le cortaron la cabeza. Murió á la edad de 54 años, habiendo reinado uno: perdió por traicion el efímero poder que por traicion habia conseguido. Su hijo Diadumeno fue tambien preso y muerto.

Heliogábalo, emperador. (218.) El nuevo césar debia hacer que el senado y el pueblo legitimasen su usurpacion, cuando acababan de declararle enemigo público. Tomó sin su consentimiento los títulos de augusto, procónsul y tribuno; y los sobrenombres de piadoso y feliz; escribió á Roma para justificar su conducta, acusó á Macrino de asesinato y tiranía, anunció que seguiria las pisadas de Augusto y Marco Aurelio, y prometió una amnistía general á todos los que habian hablado ó procedido contra él. El senado, reducido mucho tiempo habia á la triste necesidad de obedecer á los ejércitos, y de revestir con formas legales las decisiones de la fuerza y de la victoria, proclamó á Héliogábalo emperador,

y dió el título de augustas á su madre Soemis y á su abuela Mesa.

El nuevo emperador solo tenia 14 años, y no habia recibido del cielo mas cualidad que la hermosura. Carecia de fuerza de caracter y de discernimiento. Los vicios que infestaban su alma, no dejaban lugar á ninguna virtud. Sobrepujando á todos sus predecesores en molicie, orgullo, perfidia, crueldad y deshonestidad, mas impuro que Mesalina, mas destemplado que Vitelio, mas insensato que Calígula, mereció y obtuvo el nombre de Sardanápalo romano. Soemis, su madre, fomentaba su desarreglo con su ejemplo, y por el ciego amor que le tenia. Solo su abuela Mesa le inspiraba algun respeto, porque era hábil, firme y prudente; y si el imperio no se arruinó bajo el cetro sangriento de este tirano delirante, debió su salvacion al valor, prevision y sabiduría de una muger. El emperador pasó todo el invierno en Nicomedia. El primer acto de su autori-

dad dió á conocer su ingratitud y su barbárie. Mandó á sus soldados que matasen á Gannis, el cual le habia criado y puesto en el trono, sin mas delito que haberle representado la necesidad de reformar sus costumbres, y gobernarse á sí mismo, si queria ser digno de gobernar á los demas. Nadie queria obedecer á un órden tan injusto: el jóven mónstruo lo ejecutó por su misma mano, y sepultó el puñal en el seno de su maestro. Como las leyes carecian de vigor, y el crímen afortunado subia al trono en aquella época, se levantaron conspiraciones en todas partes. Un centurion, un médico y un tejedor de lana aspiraron sucesivamente al imperio, y hallaron partidarios que los apoyasen; pero sus conjuraciones fueron descubiertas y castigadas.

Heliogábalo, arrancado á pesar suyo de los placeres del Asia, llegó en fin á Roma. Hizo grandes regalos á la plebe, y dió magníficos espectáculos: solos homenages que se tributaban entonces al

pueblo dominador del mundo. Cuando el emperador se presentó en el senado, introdujo en él á su abuela Mesa, la hizo tomar asiento cerca de los cónsules, le concedió el derecho de opinar, y Roma vió por la vez primera á una muger entre sus senadores. Heliogábalo hizo mas: burlándose de las costumbres, de la decencia y de la razon, creó un senado de mugeres, destinado bajo la presidencia de su madre Soemis á arreglar las costumbres y modas, y á decidir todos los puntos pertenecientes á juegos, espectáculos, amores y placeres. Ignorante y supersticioso, tenia una veneracion esclusiva al dios *Helagabal*, de cuyo templo habia sido sacerdote en Fenicia. El nombre de esta divinidad indica que era el sol, adorado en aquel pais bajo la forma estravagante de una piedra negra, cortada en figura de cono. Heliogábalo la hizo trasladar á Roma, le edificó un templo, saqueó todos los demas para enriquecerlo, y pasó á él las estátuas de Jú-

piter, Cibeles y Vesta, el escudo sagrado de Marte, y el paladion de Troya; esclamando en su fanatismo insensato, que los demas dioses eran esclavos de Helagabal. Nada le contenia: violó el santuario de Vesta, apagó el fuego sagrado, é hizo venir la imagen de *Celeste*, ó la luna, desde Africa donde era venerada, para casarla con su dios. Todo el imperio fue obligado á celebrar esta boda ridícula, y á apurar sus tesoros en regalos para los novios. El emperador se declaró soberano pontífice del nuevo dios, y se circuncidó; y aun iba á hacerse eunuco, llevando la supersticion hasta el delirio. Su madre y abuela se opusieron á ello; mas no pudieron impedir que sacrificase á su ídolo víctimas humanas, entre ellas los hijos de muchos patricios. Desde que renunció al celibato, se entregó con furor á otras estravagancias. Despues de casarse con cuatro mugeres, y deshonrar una vestal, se declaró á sí mismo por muger, tomó por esposo á un esclavo llamado

Hierades, y dejó que le pegase y maltratase, diciendo que una esposa debia sufrir el mal genio de su marido. Entonces el palacio de los césares se convirtió en casa de disolucion. Heliogábalo formó una academia de mugeres prostituidas y de hombres sin vergüenza, en la cual solo se discutian cuestiones oscenas, y no se daban premios sino á los vicios. El lujo de este príncipe afeminado era superior á cuanto se habia visto antes. Sus vestidos de seda, adornados de púrpura y oro, estaban cubiertos hasta el calzado de perlas y diamantes. Las pedrerías mas ricas brillaban en los magníficos tapices de su aposento: todos los cuartos de su palacio estaban cubiertos de flores y embalsamados con los perfumes esquisitos de Arabia. Sus colchones eran de las blandas plumas de perdiz: el bálsamo y el ambar ardian de noche en las lámparas que le alumbraban. Sus mesas y sillas eran de oro macizo. Cuando salia de palacio para montar á caballo y

entrar en su carroza, se derramaban en el trecho, por el cual debia pasar, polvos de oro y plata. Sus carros eran tirados por elefantes, camellos, ciervos, leones, tigres, y algunas veces por mugeres desnudas. Absurdo en sus caprichos, mandó reunir un dia todas las ratas, ratones y arañas que se pudiesen hallar en Roma, para formar idea, segun dijo, de la poblacion de esta ciudad. Algunas veces convidaba á su mesa ocho tuertos, ocho calvos, ocho corcovados ú ocho cojos; y despues de haberse divertido á su costa, los obligaba á pelear con las fieras. Otra vez reunió en su palacio la sociedad mas distinguida, é hizo que jugase á una lotería burlesca, cuyas suertes eran una de diez camellos, otra de diez moscas, otra de perros muertos, y la buena de bolsas llenas de oro y de diamantes. Mostrando un desprecio quizá justo á los romanos que se le sometian infamemente, nombró á su bufon Eutiquiano prefecto del pretorio, y lo

elevó á la dignidad de cónsul.

Mientras que él deshonraba el trono con sus vergonzosos delirios, Mesa, dueña del poder, consolaba el imperio por su prudente y justa administracion. Previendo que no se sufriria por largo tiempo la vergonzosa dominacion de un insensato, le persuadió á declarar al senado que no teniendo hijos, su dios le habia mandado adoptar á Alejandro su primo, hijo de Mammea. El senado confirmó la adopcion, y dió el título de césar al jóven príncipe. Alejandro Severo, educado cuidadosamente por su abuela, y por una madre virtuosa, ofrecia á la esperanza de los romanos todas las cualidades propias para la gloria y prosperidad del imperio. El inconstante Heliogábalo, entusiasmado al principio á favor del heredero que habia elegido, quiso enseñarle él mismo á cantar y á danzar : como no hallaba en él mas defectos que sus virtudes, puso en práctica todos los medios posibles de corromperle; mas

no pudo destruir los principios grabados en su alma por Mammea. El pueblo mostraba tanto amor al nuevo césar como desprecio al emperador. Heliogábalo, envidioso é irritado, resolvió arruinar al que no habia podido seducir, y propuso al senado anular su adopcion. Un profundo silencio, que entonces merecia el nombre de valor, le anunció el descontento público. El cobarde tirano apeló al puñal y al veneno; pero el amor de Mammea, el valor de Mesa y la fidelidad de la guardia protegieron su víctima.

Los pretorianos, declarados manifiestamente en favor de Alejandro, se sublevaron, rodearon el palacio, y no concedieron la vida al emperador, sino bajo la promesa de que respetaria la del césar, observaria las leyes, y mudaria de conducta. Heliogábalo fingió obedecer; pero de alli á pocos dias se apoderó de la persona de Alejandro, le encerró en un cuarto, y echó la voz de que estaba enfer-

mo de peligro. A esta noticia las cohortes pretorias, sospechando el crimen, toman las armas, amenazan y obligan al emperador á traer á su campamento á Alejandro, á Mammea y á Soemis: Mesa estaba al frente de las guardias. Heliogábalo, obligado á ceder, intenta sin embargo hacer el papel de monarca, y castigar á los gefes de la sedicion. Sostenido por Soemis, por algunos oficiales, y por sus favoritos, quiere poner en prision á los rebeldes: Mesa y Mammea los animan á defenderse. El combate no podia ser largo ni incierto: los débiles cortesanos son vencidos y muertos al mismo tiempo que atacados. El emperador se esconde con su madre en un albañal: los soldados los persiguen, los hallan estrechamente abrazados, los degüellan sin piedad, y arrastran sus cadáveres hasta el rio. Eúbalo, intendente del palacio, Fulvio, prefecto de Roma, y los demas favoritos de Heliogábalo fueron despedazados. El senado borró de sus archi-

vos el nombre de este infame príncipe, y prohibió por un decreto que las mugeres tuviesen asiento ó voto en la curia. Heliogábalo murió á los 19 años de edad y 4 de reinado. Este mónstruo, indigno del trono, no ocupó un lugar conveniente á sus costumbres, sino el inmundo en que fue asesinado.

CAPITULO XVIII.

Alejandro Severo. Maximino. Pupieno. Balbino y Gordiano. Filipo. Decio. Galo.

Alejandro Severo, emperador. Guerra con los persas. Maximino, emperador. Pupieno, Balbino y Gordiano, emperadores. Reinado de Gordiano. Victoria de Aureliano contra los francos. Victorias de Gordiano contra los godos y persas. Filipo, emperador. Decio, emperador. Galo, emperador.

ALEJANDRO *Severo, emperador.* (222.) La fortuna de Roma retardaba su decadencia, produciendo entre sus ruinas de cuando en cuando algunos príncipes virtuosos, que vigorizaban las costumbres decaidas, restablecian el órden y la jus-

ticia, oponian un dique al torrente de la corrupcion, y daban al imperio algunos momentos de juventud y de fuerza. Alejandro Severo fue uno de estos príncipes, y su reinado hizo gozar al mundo diez años de paz y felicidad. Los pretorianos le proclamaron augusto y emperador apenas murió Heliogábalo. El senado confirmó el nombramiento, y le dió los títulos de padre de la patria y de tribuno. Como entonces no tenia mas que quince años, su abuela Mesa y su madre Mammea gobernaron en su nombre. Formaron un consejo de diez y seis senadores muy estimados, y eligieron por ministros á Fabio Sabino, comparable á Caton por sus virtudes, y á Ulpiano, prefecto del pretorio, célebre jurisconsulto, cuyas prendas y esperiencia eran veneradas. Mesa, austéra, hábil y animosa, imprimia en el alma del jóven emperador los principios varoniles que forman á los grandes reyes. Mammea, indulgente, benéfica, sensible y llena de

talento, le inspiró las suaves virtudes de la religion cristiana que profesaba. La naturaleza habia dispuesto á Alejandro á aprovecharse de tan escelente educacion. Su juicio era esacto, su corazon humano, su carácter modesto: detestando el fausto de las cortes, no apetecia para el trono mas esplendor que el de las virtudes, y no tenia mas ambicion que la de hacer felices á los pueblos.

Despreciando los títulos orgullosos que solian tomar los tiranos para encubrir su bajeza, prohibió por un decreto que se le diese el nombre de *Señor*. Queria que los sacerdotes le llamasen su hermano; los senadores su hijo; los guerreros su camarada; los ciudadanos su amigo. Vestido de una ropa blanca, sin oro ni pedrerías, enemigo del lujo, iba á pie sin guardias por las calles de Roma, conversaba familiarmente con los ciudadanos, tenia amistad con aquellos cuyo carácter era generalmente estimado, y

solo mostraba desden á los hombres cuyos vicios escitaban su desprecio. Su primer cuidado fue purificar el palacio mancillado por las orgias estravagantes de Heliogábalo. Desterró de él á los histriones, á las prostitutas, á los delatores, á los ambiciosos y sobre todo á los lisonjeros; casta pérfida, creadora de tiranos y esclavos, y mas peligrosa al príncipe que los enemigos declarados. «Estos, decia Alejandro, solo me podrán quitar algunas tierras: los aduladores aspiran á arruinar mi virtud y mi gloria.» Para borrar los vestigios de la disolucion anterior, castigó á los concusionarios, alejó de los puestos á los inmorales, fué dócil á la oposicion pública en la eleccion de los magistrados, entregó á la decision del senado los negocios mas importantes, y para administrar la justicia se asesoró con los mas sabios jurisconsultos. La depravacion pública habia llegado á tal estremo que en el reinado de Heliogábalo las cortesanas pidieron al senado el permiso de conver-

tir sus casas en palacios magníficos; pues el emperador las autorizaba con su ejemplo, trasformando la morada imperial en guarida de prostitucion. Todos los templos habian sido saqueados, el tesoro entregado á los eunucos y esclavos, los caudales de los particulares y la sangre de los inocentes vendidos á subasta. Alejandro envió á Siria al dios Helagabal y á sus sacerdotes, volvió á los templos sus antiguos dioses y su antiguo culto, restableció el órden en la hacienda y reparó los edificios públicos. Sus decretos, llenos de humanidad, restituyeron la patria y los bienes á los desterrados: promulgó leyes rigorosas contra el adulterio, el cohecho y la prostitucion; pero en secreto dió órden de no ejecutar con esactitud sino los edictos favorables. «Los rigorosos, decia, deben servir mas bien para aterrar que para castigar.» Alejandro no era cristiano; pero amaba la moral del cristianismo. En muchos lugares de su palacio habia hecho grabar con le-

tras de oro esta mácsima: «Lo que no quieras para tí no hagas á los demas.» Siempre arregló á ella su conducta. Prohibió perseguir á los cristianos, y aun los favoreció á las claras. Dícese que intentó proponer al senado que se erigiese un templo á Jesucristo, y se le colocase en el número de los dioses; pero los sacerdotes gentiles se lo disuadieron. «Este culto, decian, es esclusivo é incompatible con las demas religiones: si le concedes un templo, quedarán desiertos los nuestros.» La capilla del príncipe contenia una multitud de estátuas que probaban su tolerancia mas bien que su espíritu religioso. Veíanse en ella los retratos ó efigies de Abraham, de Orfeo, de Alejandro Magno, de Jesus y de Apolonio Tianeo. A todos ofrecia sacrificios, reputando por divino todo lo que tenia el carácter de la virtud ó de la grandeza.

La vida de Severo era activa, arreglada y siempre ocupada útilmente.

Destinaba la mañana á los negocios, leia despues las obras de los filósofos griegos, las de Ciceron y Horacio y los versos de Virgilio, al cual llamaba el Platon de los poetas. Segun la antigua costumbre, iba en seguida á los ejercicios del campo de Marte, en los cuales mostraba mucha destreza. Vuelto á su palacio, tomaba los pinceles ó la lira, y se dice que cultivaba con felicidad las bellas artes. Despues de las sesiones del senado ó de los tribunales, á las cuales asistia con esactitud, comia sobriamente con algunos amigos, que no con lisonjas sino con virtudes merecian su favor. Gustaba de oir la verdad de ellos y de decirla; y en vez de hacer entrar á los bufones, danzarines y pantomimos para alegrar el banquete, convidaba á sabios, artistas y literatos, cuyas conversaciones y escritos enseñaban deleitando; porque hasta en sus diversiones buscaba la utilidad. Apasionado de la justicia se mostró quizá demasiado severo con los cortesanos que

valiéndose de la apariencia de su favor é intimidad, engañaban con falsas promesas á los pretendientes y vendian el crédito de que no gozaban. Se averiguó que Vetronio Turino, á quien admitia á sus lecturas, tomaba dinero de los necios, por el nombramiento de empleos, al cual se jactaba falsamente de haber contribuido. Alejandro le mandó atar á un palo, y al rededor se quemó heno y leña verde: el infeliz murió en breve sufocado, y un rey de armas gritaba durante el suplicio: «Castigue el humo al vendedor de humo.» Era imposible que un romano careciese enteramente de crueldad; pues se ve al mas benigno de los emperadores castigar de muerte una bajeza, digna solo del destierro y del menosprecio. Tenia por gran delito la venalidad de los destinos; y asi decia: «El que permite comprar empleos, vende la justicia.» Todo lo que podia ofender la equidad ó ser contrario al bien público, incurria en su animadversion:

habia vencido á Macrino, ahuyentado su ejército, reconquistado la Mesopotamia y obligado á Roma á pagarle tributo; pero la gente que perdió en la batalla fue tanta, que se halló sin fuerzas para resistir á los persianos, capitaneados por Artajerjes, hijo de Sasan. Este guerrero ganó tres batallas contra los partos, dió la muerte á Artabano, restableció el reino de los persas, y fue el gefe de la dinastia de los Sasánidas. Despues emprendió dar á su imperio todo el esplendor que tuvo en tiempo de Ciro, y echar á los romanos del Asia: penetra en la Siria sin encontrar otro obstáculo que la misma ciudad de Atra, escollo en otro tiempo de Trajano y de Septimio Severo. La noticia de esta invasion causó suma tristeza en Roma. Aquella reina de las naciones, decaida hacia largo tiempo de su grandeza, pensaba mas en defender sus límites que en estenderlos. Oprimida por tantos tiranos, destrozada por tantas guerras civiles, se veia obligada

por la guerra de Persia á salir del inusitado descanso que gozaba por beneficio de Alejandro Severo; y el mismo emperador, mas ambicioso de coronas cívicas que de laureles, prefiriendo la gloria adquirida por sabios reglamentos á la de inciertas y costosas victorias, hubiera querido evitar esta guerra lejana, cuyo écsito temia por la indisciplina de las tropas.

Las legiones, y principalmente los pretorianos, que disponian del trono con demasiada frecuencia, animados á la licencia por los príncipes que les debieron la corona, y que se creian necesitados de su apoyo, rechazaban el yugo de la antigua disciplina que Alejandro deseaba imponerles. El virtuoso Ulpiano, que favorecia los sabios proyectos del príncipe, fue objeto del odio de aquellas cohortes sediciosas. Los pretorianos despreciaron sus órdenes: enemigos de todo órden, prorumpieron en amenazas, le arrojaron del campamento, y re-

belándose públicamente, le persiguieron hasta el palacio. El emperador y el pueblo por defenderle combatieron tres dias contra los sublevados; pero la soldadesca enfurecida puso fuego á las casas, y la plebe, débil é inconstante, dejó de resistirle. Arrojáronse agavillados contra el infeliz Ulpiano: Alejandro, que entonces era su única defensa, le cubre con su manto, y se ofrece generosamente á los puñales de los rebeldes: no se atrevieron á herir al emperador; pero implacables en su rabia, degüellan la víctima á sus pies. Avergonzados de su crímen despues de haberlo consumado, y temblando ante la magestad del príncipe que acababan de ultrajar, pasan del furor al abatimiento, piden perdon, y se retiran consternados á su campo. El emperador, que no habia podido salvar á su amigo, lo vengó castigando á los gefes de la sedicion; pero pudo prever al mismo tiempo la suerte que le reservaban soldados sin disciplina, para quie-

nes la justicia era un gravámen y la tiranía una necesidad.

Alejandro envió embajadores á Artajerjes, y le escribió una carta en que le esponia enérgica y prudentemente los males que la ambicion del persa iba á causar en el Asia y en su mismo reino. Convidábale á asegurar con la paz un trono nuevo y mal afirmado, y á no buscar una gloria perniciosa á costa del reposo del mundo y de la sangre de sus súbditos: en fin, le amenazaba con las armas de Roma si no respetaba las posesiones del imperio. El fiero persa encontró en la carta mas retórica que espíritu marcial: «Los príncipes valientes, dijo, hablan poco y obran mucho.» Al despedir á los embajadores, no les dijo mas que estas palabras: «Las leyes y la moral son para el vulgo: el derecho de los príncipes está en su espada: decid á vuestro amo por respuesta á su carta filosófica, que opondré mi campamento á su papel, mi lanza á su pluma, mi sangre á su tin-

ta, y mis hazañas á sus discursos.» El emperador, habiendo espuesto al senado la justicia y necesidad de esta guerra, y concertado con los mas hábiles generales el plan de operaciones, salió de Roma, dejando á todas las clases del estado llorosas por la ausencia de su príncipe. El amor universal era el premio de las solicitudes de Alejandro. Sus tropas, habituadas al desórden, querian robar las ciudades y aldeas por donde pasaban; pero uniendo prudentemente la dulzura á la severidad, consiguió reprimir su licencia, y persuadirles que no debian cometer contra sus conciudadanos aquellos escesos que castigarian ellos mismos en otros. Uniendo el ejemplo á las lecciones, pagaba todo su gasto con esactitud, marchaba á pie al frente de las legiones, y su alimento era el mismo que el de los soldados. Cuando llegó á Antioquía, Artajerjes, mas bien por insulto que por honor, le envió cuatrocientos oficiales persas, magnificamente e-

quipados y armados. Estos embajadores militares le ordenaron de parte de su amo evacuar el Asia. Los romanos pidieron á gritos que se les diese muerte: Severo, menos cruel, se contentó con quitarles los vestidos, y enviarlos á laborear las tierras de Frigia. La época era tan depravada, que esta violacion del derecho de gentes se aplaudió como un acto de moderacion y humanidad.

Antioquía era la Sibaris del Asia. En este clima suave todo convidaba á la afeminacion y al placer: su aire embalsamado habia corrompido sucesivamente á los orgullosos descendientes de Ciro, á los intrépidos soldados de Alejandro, y á los austeros campeones de la república romana. Los bosques deliciosos de Dafne, consagrados á Venus, eran el teatro donde el vicio sacrificaba la inocencia. A pesar de todos los esfuerzos de Severo, una de las legiones abandonó el campamento y sus gefes, y se entregó á los escesos mas vergonzosos. El empera-

dor irritado la convoca, sube al tribunal, la culpa de arruinar el imperio destruyendo la disciplina, única fuerza de los ejércitos, única prenda de la victoria, única base de la grandeza romana. Quiere castigar á los mas culpables, y le interrumpen con murmullo amenazador. «Callad, insensatos, les dice Alejandro: pensad en resistir á los persas y no á vuestro emperador, que solo trata de proveer á vuestras necesidades, de velar por vuestra salvacion y vuestra gloria.» Como la agitacion continuase, uniéndose á los clamores el ruido de las armas: «No me amedrentaréis, esclamó: si volveis contra el estado las espadas que se os han dado contra los enemigos, yo sabré hallar otros guerreros que castiguen vuestra osadía.» El tumulto crece, y entonces grita con voz terrible: «Ciudadanos, ya no sois soldados: dejad las armas y el vestido militar, y retiraros.» A estas palabras los rebeldes obedecen, tiran escudos y espadas, y se re-

tiran consternados á sus tiendas. El emperador, habiendo reprimido asi su insolencia, los perdonó viéndolos arrepentidos, y marchó contra los persas. Los historiadores no estan de acuerdo acerca del écsito de esta guerra. Herodiano dice, que los romanos fueron vencidos y tuvieron que retirarse á Antioquía: otros aseguran que batieron á Artajerjes y le quitaron parte de sus estados. La version de Lampridio parece la mas cierta: cita una carta en que Alejandro da cuenta al senado de una gran victoria que consiguió de los persas. «Los enemigos, dice, oponian á nuestros esfuerzos trescientos mil hombres, ciento treinta mil caballos, setecientos elefantes y diez y ocho carros falcados. Artajerjes ha huido con pérdida de diez y ocho mil ginetes, todos sus carros, doscientos elefantes muertos y trescientos cogidos. El botin de los soldados es inmenso: se les han distribuido los prisioneros, y el rey de Persia los ha rescata-

do. Todos los paises que el enemigo ocupó han vuelto á la dominacion romana.» Confírmase la verdad de esta relacion, porque Severo, demasiado modesto para gozar de una gloria no merecida, obtuvo cuando volvió á Roma los honores del triunfo, y tiraron de su carro los elefantes que habia cogido. Pero es probable que despues de su salida del Asia, sus lugartenientes, menos hábiles ó menos vigorosos, tuvieron que abandonar el fruto de sus victorias y retirarse á la Siria. Esta fue constantemente la suerte de los romanos en sus guerras contra los partos y persas; y puede esplicar la contradiccion de los historiadores en cuanto á los sucesos de esta guerra. El senado dió al emperador el título de *Pérsico*. Este príncipe hizo solemnes sacrificios á los dioses, dió al pueblo magníficos espectáculos, y fundó establecimientos útiles para la educacion gratuita de los huérfanos. A estas casas de beneficencia llamó *mammeas* por a-

mor á su madre ; porque su único defecto fue la escesiva piedad filial. Mammea ejercia sobre él un imperio absoluto, y aunque dotada de muchas virtudes, era celosa de su poder, y económica hasta la mezquindad. Severo habia casado con la hija de un patricio : el suegro conspiró contra el yerno ; y Mammea, abusando de su influjo, triunfó de la clemencia ordinaria de Alejandro, hizo que se condenase á muerte al criminal, y aun logró que se desterrase á la emperatriz. Valiéndose del mismo ascendiente, impidió á su hijo distribuir á los soldados los regalos que la corrupcion del siglo hacia necesarios, y fue por esta economía causa de su ruina.

Roma no gozó largo tiempo los bienes de la paz : los germanos pasaron el Rhin y el Danubio, é invadieron la Iliria y las Galias. Alejandro salió á campaña contra ellos, y compuso la mayor parte de su ejército de armenios y de partos, creyéndolos por su agilidad,

fuerza y destreza para lanzar los dardos, mas útiles que los romanos en la guerra con una nacion fria y pausada. Las lágrimas del pueblo cuando Alejandro salió de Roma, parecieron presagio del luto que su muerte habia de causar bien pronto en el imperio. Se dice que al llegar cerca de Lugduno, le dijo un anciano druida: «No esperes la victoria ni confies en tus soldados: morirás á manos de un bárbaro.» Alejandro le respondió con serenidad: «Tendré, pues, la suerte de los héroes: ninguno ha perecido de muerte natural.»

Mostrando los talentos de un general y el valor de un soldado, venció en muchas acciones á los enemigos, los rechazó hasta el Rhin, y tomó disposiciones para entrar en Germania. Pero mientras que sostenia con sus hazañas la gloria de Roma, su severidad en cumplir la disciplina escitaba el descontento en las legiones galas, mas licenciosas y menos dóciles que las del oriente. Maximino

que las mandaba, las impelia á la sedicion. Este bárbaro, godo de orígen, era la admiracion de los soldados por su estatura colosal, su fuerza prodigiosa y su valor intrépido. Alistado en su juventud en las tropas romanas, su denuedo le elevó rápidamente á los primeros grados. Prestando complacientes oidos á las quejas de los facciosos, animaba su audacia, inflamaba su enojo, y se burlaba de su debilidad en obedecer á un niño gobernado por una muger avarienta. Alentados así por el gefe que debia reprimirlos, los sediciosos se reunen armados amenazando á gritos al emperador, que lleno de confianza no estaba defendido sino por un corto número de pretorianos. Estos huyeron al acercarse los rebeldes: Mammea sale de la tienda imperial con los prefectos del pretorio, creyendo que la causa del alboroto era solo una reyerta de soldados. Su presencia, en vez de infundir respeto, aumenta la ira: arrójanse furiosos á ella, y la degüe-

llan con todos los que la acompañaban. Sedientos de crímenes y de sangre, penetran en la tienda del emperador: Alejandro indefenso cubre su cabeza con la toga, y se entrega á los golpes de los asesinos, esclamando: «Mi madre es causa de mi muerte.» Los bárbaros le dicen mil improperios, y le atraviesan con mil heridas. Así murió á los veinte y nueve años de edad y catorce de reinado, llevando consigo los gemidos, el descanso y la gloria de Roma. El senado, el pueblo y las provincias le lloraron con dolor universal y sincero: el ejército, olvidando su rigor y acordándose solo de sus virtudes, vengó su muerte con el suplicio de los asesinos. El senado mandó hacer la apoteósis de Alejandro y de Mammea: su fiesta se celebraba todavía en tiempo de Constantino. En el reinado de Alejandro Severo murió Dion Casio, autor de una historia romana, cuya mayor parte se ha conservado. Severo habia hecho renacer en el imperio por algunos ins-

tantes la libertad, el órden y las leyes: con su muerte volvieron todos los furores y desórdenes de la anarquía militar.

Maximino, emperador. (235.) Severo no dejaba hijos. Despues de algunos dias de tumulto y alteraciones, el ejército eligió por emperador á Maximino, que sin esperar los decretos del senado y del pueblo, dió el título de césar á su hijo Máximo. El padre del nuevo emperador era un godo, llamado Mica, y su madre Ababa era alana: asi por ambas líneas su origen fue bárbaro. Julio Maximino, representado por los historiadores como un cíclope, lo parecia en sus formas gigantescas y en su ferocidad. Dícese que tenia ocho pies de alto, que los brazaletes de su muger le servian de anillos, que comia en un dia cuarenta libras de carne, que de una puñada le saltaba los dientes á un caballo, y que muchas veces tiró él solo de un carro cargado. Las relaciones de los escritores de sus cosas son parecidas á los cuentos de

Ogres; mas no se puede dudar que él mismo se comparaba á Hércules, y se jactaba de igualar á Milon en fuerza, á Ayax en valor y á Fálaris en crueldad. Sirviendo en las tropas romanas, consiguió todos los premios militares, y logró casar con Memmia, hija de Sulpicio, varon consular y descendiente de Cátulo. Septimio Severo, apreciando su valor, le dió empleo en su guardia. Fue privado de Caracalla, y obtuvo el grado de centurion: fiel á la memoria de este príncipe, no quiso servir en el reinado de Macrino, y se retiró á Tracia, provincia donde habia nacido. Heliogábalo le llamó, le admitió en su vergonzosa intimidad, y le dió el grado de tribuno. Alejandro, creyendo que los reales eran un lugar menos impropio para él que la corte, le recomendó al senado, y le dió el mando de la cuarta legion.

Desde que Maximino ascendió al imperio, se conoció que intentaba reinar con crueldad. Mató, desterró ó destitu-

yó á todos los amigos de Alejandro. Persiguió á los cristianos: Orígenes dice, que casi todos los obispos perecieron víctimas de sus furores. Detestando los vicios de este mónstruo, debe hacerse justicia á sus talentos militares. Siempre en guerra y casi siempre feliz, libertó al imperio de los enemigos esteriores, amplió sus fronteras, persiguió á los bárbaros hasta los bosques, devastándolo todo como un torrente. Amenazaba á los germanos con un total esterminio, y pensaba conquistar hasta el Báltico. En sus cartas al senado se jactaba de haber superado con sus hazañas á los mas célebres conquistadores; pero la necesidad de defender el poder usurpado, que era acometido en todas partes, detuvo el curso de sus victorias. Magno, sostenido por algunos amigos de Alejandro, conspiró contra el tirano, y formó el proyecto de romper un puente por donde Maximino debia pasar; pero este plan fue descubierto, y apenas bastaron cuatro mil

víctimas á la venganza del príncipe. Muchas legiones se sublevaron y proclamaron emperador á Cuarciano; pero Macedono, uno de los gefes de la conspiracion, delató á sus cómplices, mató al nuevo césar y llevó su cabeza á Maximino.

El tirano, tanto mas cruel cuanto su poder era mas incierto, veia con indignacion que el senado obedeciendo contra su voluntad á un bárbaro, rehusaba legitimar su usurpacion. Sus agentes en Roma recibieron una lista de proscripcion que condenaba á muerte las personas mas ilustres. La sangre corria, el terror reinaba en la capital, y las sombras de Mario y Sila parecian haber salido de sus sepulcros para hartarse otra vez de matanzas. Maximino quiso ejercer en Africa crueldades de la misma especie; pero la mayor parte de las legiones en lugar de obedecer se sublevaron, y dieron el título de emperador al senador Gordiano, que tenia entonces ochenta

años de edad. Este viejo, á quien la corona solo sirvió para adornarle el sepulcro, envió á Roma una proclama en que protestaba, que esento de ambicion no habia cedido á los deseos del ejército sino para libertar al imperio de un mónstruo. A esta noticia el senado, saliendo de su estupor, confirmó la eleccion de las legiones de Africa, y declaró á Maximino y á su hijo traidores á la patria y decaidos de la usurpada autoridad. El pueblo animado por este ejemplo, se arma tumultuariamente, triunfa de la resistencia de los pretorianos, da muerte al prefecto del pretorio y al gobernador de Roma puesto por Maximino. El senado dió el título de césar al hijo de Gordiano, y prohibió á las legiones y provincias obedecer las órdenes del usurpador. Cuando Maximino supo estos sucesos, rugió como una fiera, se dió de cabezadas contra las paredes, reunió sus tropas con prontitud, creyó ganarlas con abundantes regalos, les prometió la ruina y sa-

queo de Roma, salió de Pannonia y marchó á Italia; pero el gran número de sus soldados y la dificultad de adquirir víveres impidieron y retardaron su marcha.

Entretanto Capeliano, nombrado por él gobernador de Numidia, y que mantenia en su obediencia un cuerpo de tropas veteranas, atacó cerca de Cartago á Gordiano el jóven, cuyo ejército se componia de soldados visoños. El nuevo césar peleó con valor; pero abandonado de los suyos, fue vencido y muerto. Su padre, incapaz de vengarlo, no quiso sobrevivirle, y se ahorcó con su cinto. Capeliano dió muerte á todos sus partidarios, saqueó los templos, destruyó las ciudades, taló las campiñas, y escedió los furores de los mónstruos de Africa y aun los de su dueño.

Pupieno, Balbino y Gordiano, emperadores. (238.) Este desastre consternó á Roma; pero no abatió la firmeza que la desesperacion daba entonces á los senadores. Reuniéronse en el templo de

Júpiter, y despues de una corta deliberacion, eligieron por emperadores á Máximo Pupieno y á Clodio Balbino. Pupieno, hijo de un cerragero, habia llegado por su mérito y valor á las altas dignidades del estado, y sido sucesivamente gobernador de Bitinia, de Grecia, de las Galias, prefecto de Roma y cónsul. Era respetado por la pureza de sus costumbres, su gravedad y vigor, y amado por la suavidad de su carácter. Balbino, descendiente de una familia ilustre, habia sido dos veces cónsul y gobernador de provincia, y era estimado por su rectitud. Orador elocuente y poeta lleno de gracia, era mas á propósito para la administracion que para la guerra. El pueblo, cuyo odio á los grandes no habian debilitado ni el tiempo ni la servidumbre, no quiso admitir la eleccion del senado. Cada partido sostuvo sus pretensiones con las armas. Despues de muchos dias de sedicion y de combates, la plebe prometió obedecer á los

emperadores si se convenian en repartir el poder con un hijo de Gordiano el jóven, que á la sazon tenia doce años. Los príncipes convinieron en ello, dieron á Gordiano el título de césar, y con esta condescendencia restablecieron la paz. Pupieno sin perder tiempo reunió todas las tropas que habia en Italia, y marchó contra Maximino. Este, enfurecido, precipitaba su marcha, ardiendo en deseos de atravesar los Alpes; pero la prevision del senado habia defendido los pasos, guarnecido las plazas, y alejado del campo todas las subsistencias. El ejército de Maximino, agobiado de fatiga y de privaciones, murmura hallando el hambre donde esperaba la abundancia. Su gefe, para sosegarlos, sitia á Aquileya, defendida por los consulares Crispino y Menófilo. Los sitiados resisten con valor el asalto, arrojan sobre sus enemigos dardos, piedras, vigas encendidas, y los arredran de tal modo, que no quisieron volver á acercarse á las murallas.

Al mismo tiempo la imprudencia de dos senadores escitaba en Roma un nuevo tumulto. Los pretorianos, impacientes por saber noticias del ejército, se acercan en gran número á la curia. Galicano y Mecenas, que sospechaban de su fidelidad, salen de la sesion, los injurian y los echan acusándolos de espías. La muchedumbre, siempre crédula para las acusaciones, se arroja sobre los pretorianos y los persigue hasta su campamento. Las cohortes enfurecidas salen de él, rechazan al pueblo, y prenden fuego á la ciudad. Como esta sedicion era casual y no tenia gefe, el emperador Balbino la sosegó con facilidad. El descontento del ejército de Maximino, mas durable porque procedia del hambre, se aumentó á la llegada de Pupieno. Maximino quiso conservar el órden por medio del terror; pero su crueldad sublevó todas las legiones, se despreciaron sus órdenes, se destrozaron sus estátuas, y cuando se presentó para imponer respeto á

la tropa, los soldados enfurecidos se arrojaron sobre él, le degollaron, y tambien á su hijo, y enviaron sus cabezas á Roma. Cuando entró en esta capital el correo despachado por el ejército para informar al senado de la catástrofe de Maximino, el pueblo estaba en el teatro: la alegría fue universal: cada uno se creyó libre de la muerte con la destruccion del tirano: se quemó en el campo de Marte la cabeza del mónstruo que habia derribado tantas: el incienso humeó en todos los templos, la tranquilidad volvió á todos los corazones, y pareció haberse restablecido la paz. Pero el senado, vano porque era débil, á pesar de haber sido tantos años el ludibrio del ejército, se jactaba imprudentemente de haber nombrado, sin el consentimiento de las tropas, á los dos emperadores Pupieno y Balbino. Esta arrogancia irritó á los pretorianos, los cuales aborrecian en aquellos dos príncipes la templanza, la justicia y la moderacion

que les habian adquirido los sufragios del senado. Las cohortes, amigas de la licencia, no podian sufrir gefes que quisiesen restablecer la antigua disciplina. Los dos emperadores debieron permanecer unidos para resistirles; pero los celos del poder los dividieron. Ambos afectaban la superioridad : Pupieno por su mérito, Balbino por su nacimiento. Esta falta de concordia aumentó la fuerza de sus enemigos. Sin embargo, habiendo sabido que las fronteras del imperio eran amenazadas por los persas y los germanos, se pusieron en mejor inteligencia, y convinieron en ir el uno al norte y el otro al oriente.

Sus tropas salieron de Roma, y antes de ponerse al frente de ellas determinaron celebrar los juegos capitolinos. Los dos emperadores estaban casi solos en su palacio, sin mas defensa que los esclavos. El odio de los pretorianos se aprovecha de esta casualidad, y se rebelan contra ambos príncipes. Pupieno,

advertido á tiempo de este suceso, conjura á su colega á que llame el ejército del Rhin, aun no muy distante de Roma. Balbino, desconfiando, porque estaba envidioso de su compañero, vacila en seguir su dictámen: los pretorianos acometen el palacio, ultrajan á los emperadores, y quieren llevarlos á su campamento; pero informados de que se enviaba órden á las tropas del Rhin para que volviesen, consuman el crímen, asesinan á los príncipes, proclaman augusto al niño Gordiano, y aplacan el descontento del pueblo, recordándoles que este jóven césar debia el trono á la plebe, cuando Pupieno y Balbino, rechazados al principio por ella, no debian su elevacion sino al orgullo caprichoso del senado.

Reinado de Gordiano. (239.) El imperio romano, miserable juguete de la inconstancia de los ejércitos, libre apenas del yugo de un godo feroz, cayó en manos de un niño débil. Gordiano des-

cendia por su padre de los Gracos, y por su madre de Trajano. Si su nacimiento recordaba nobles memorias, su carácter prometia un próspero reinado. Era bondadoso, sensible, festivo, gustaba de instruirse, y formó una biblioteca que llegó á tener setenta y dos mil volúmenes. «Quisiera saberlo todo, decia, para que no me engañasen en nada.» Ganóse en poco tiempo el amor general. Los senadores y soldados le llamaban su hijo, el pueblo su delicia y alegría, y él no deseaba otra gloria que la de merecer el afecto de todos. En los primeros momentos, entregado á los consejos perniciosos de los libertos y aduladores que se apresuraron á rodearle, mostró alguna propension á los placeres que corrompen la juventud; pero si en su vida privada hubo algo que afear, sometió su conducta pública á un consejo de personas distinguidas en saber y esperiencia. Dirigido por sus luces, conservó el órden é hizo reinar la justicia. Sabino se

rebeló en Africa contra él; pero fue vencido y encerrado en una prision en Cartago. Un espantoso terremoto arruinó muchas ciudades de Italia: Gordiano reparó las pérdidas con magnificencia. Los cortesanos redoblaban sus esfuerzos para alejarle de la virtud; pero un enlace feliz le detuvo cuando ya estaba en el despeñadero del vicio. Casó con Furia Sabina Tranquilina, hija de Misiteo, senador estimable, guerrero hábil, filósofo de principios firmes y orador elocuente. Este fue nombrado prefecto del pretorio, y ganó la confianza del príncipe por un camino poco usado en las cortes, diciéndole la verdad, combatiendo sus pasiones y mostrándole sus yerros. Gordiano, dócil á sus advertencias, arrojó de palacio los corrompedores de su juventud, confesó ingénuamente á su suegro sus faltas, y entre ellas, haberse dejado engañar por aquellos hombres que ocultaban su perversidad con la máscara de la virtud. «¡Cuán desgraciados,

le escribia, son los príncipes! Todos los que se les acercan parece que no tienen mas empeño que ocultarles la verdad.»

Victorias de Aureliano contra los francos. (241.) Gordiano, restablecida la tranquilidad en Roma, se aplicó á embellecerla. Construyó al rededor del campo de Marte magníficas galerías sostenidas por columnas. Su administracion firme y benigna á un mismo tiempo aseguraba las provincias y contenia á los bárbaros. Aureliano, que despues fue emperador, y á la sazon era tribuno de una legion en Valencia del Ródano, consiguió una gran victoria de los francos, pueblo de Germania, destinado por el cielo á un gran destino, y cuyo nombre fue conocido entonces por la primera vez. El emperador, gozando de una gloria pura y feliz con la ventura que daba á los demas, recibia de todas las provincias los homenages del imperio que le debia cuatro años de tranquilidad, cuando la ambicion de Sapor, rey de los per-

sas, le obligó á dejar el descanso y á tomar las armas.

Victorias de Gordiano contra los godos y persas. (243.) Los persas atacaron á los romanos, penetraron en la Siria, y se apoderaron de Antioquía. El senado al saber la noticia, mandó cerrar el templo de Jano, y fue la última vez que se practicó esta antigua ceremonia. Gordiano marchó hácia el oriente con su ejército; pero antes de pasar al Asia quiso echar á los godos de los paises que habian inundado en la Tracia. La fortuna favoreció sus empresas: venció á los bárbaros, y los ahuyentó mas allá de los límites del imperio. Solo uno de sus gefes, llamado Filipo, pudo conservarse en un rincon de Tracia, donde se habia fortificado. El emperador llegó á Siria, vengó con grandes triunfos la injuria hecha á las armas romanas: derrotó á Sapor en batalla campal, recobró á Antioquía, y se hizo dueño de Carras y de Nisibis.

Misiteo, prefecto del pretorio, diri-

giendo el valor ardiente del jóven príncipe, mostraba tanta habilidad en los combates, comò prudencia en el consejo. Queriendo hacer duraderos los triunfos de esta guerra, fortificó ciudades, hizo almacenes, y se creyó què el orgullo de los persas permaneceria abatido por largo tiempo; pero el cuerdo ministro sabia prever los riesgos, y no la traicion. Engañado por las pérfidas protestaciones de lealtad de un árabe, llamado Filipo, que habia ganado su aprecio por la inteligencia y el valor, le dió grados en el ejército, y le puso cerca del emperador en un empleo importante de la guardia. Este alevoso, devorado de ambicion, no pudo estar cerca del trono sin codiciarlo. El primer escalon de su elevacion fue el homicidio de su protector Misiteo, que falleció repentinamente. Todos los historiadores acusan á Filipo de haberle envenenado. La mano que cometió el crimen era ignorada. El imprudente Gordiano, dócil á los con-

sejos de su suegro, despues de su muerte, se entrega sin desconfianza al ingrato, recomendado por su víctima, y le confia el mando de la guardia y del ejército. El astuto árabe, despues de ganar el afecto de las tropas, relajando el vínculo de la disciplina, hace á sus agentes que monopolicen los víveres; produce con esto una carestía facticia, y la atribuye á la negligencia del emperador. El ejército murmura, se conmueve y amenaza. Gordiano, afligido de las privaciones de las tropas, é incapaz de sospechar la traicion de su nuevo privado, le daba tanto crédito, que segun algunos historiadores, llegó á asociarle al imperio. Prometiendo á los soldados atender sus quejas y satisfacer sus necesidades, redoblaba su descontento; porque el traidor de quien se aconsejaba, hacia inútiles cuantas medidas disponia. En breve llegó al último grado el furor de las legiones, y declararon á Gordiano incapaz de reinar. El jóven príncipe, que no

tenia mas apoyo que su valor, ni mas guardia que su virtud, se presenta á los rebeldes, y les recuerda sus beneficios, hazañas y victorias. «En mi infancia, les dijo, me elevásteis al trono; ¡y ahora me juzgais indigno de él, cuando he restablecido su gloria! Participé de vuestros peligros, hoy siento vuestras privaciones. Mas me aflige que me enoja el delirio con que dirigís al pecho de vuestro camarada los aceros que solo debeis emplear contra el enemigo. Si olvidados de vuestros deberes me quereis dar la muerte, no lamentaré la pérdida de mi vida, sino la de vuestro cariño; porque prefiero el modesto título de prefecto con vuestro amor, al de emperador con vuestro odio.»

Un discurso tan tierno conmovia á aquellos hombres feroces, y ya se les caian las armas de las manos; pero Filipo y sus agentes, temiendo la venganza de Roma si descubierto el crimen quedaba sin consumarse, irritan á los solda-

dos con falsas noticias, diciéndoles que Gordiano los engaña y manda venir tropas para castigarlos. Despiértase su enojo: ahogan todo sentimiento de deber y humanidad, y nueve de los mas furiosos se arrojan sobre el príncipe y le dan de puñaladas. Gordiano murió á los 20 años de edad y 6 de reinado. Todo el imperio lloró su muerte: el ejército mismo, avergonzado de su violencia, afligido de su crimen, hizo justicia á la virtud inmolada, y grabó en el sepulcro del emperador en muchos idiomas esta inscripcion: «Al divino Gordiano, vencedor de los persas, de los godos y de los sármatas: pacificó el imperio, y triunfó de todos sus enemigos, escepto de Filipo.» En el reinado de este príncipe murió Herodiano, historiador apreciable por la claridad y elegancia de su estilo; mas no se halla en él la esactitud, la verdad y la pureza de los escritores del gran siglo. La literatura iba decayendo como el imperio.

Filipo, emperador. (245.) Filipo cogió el fruto de su crimen. Las legiones le proclamaron emperador, é informó de este suceso al senado, escribiéndole que Gordiano habia muerto de repente. Callar el asesinato era poco menos que confesarse autor de él. El senado, que á pesar de su debilidad no habia podido sufrir la humillacion de obedecer á un godo, se negó á confirmar la de un árabe, y eligió por emperadores á Marcino y á Valente Hostiliano; pero fallecieron de alli á poco, y los senadores, vencidos por el temor, reconocieron á Filipo, y le dieron el título de augusto. Filipo tenia entonces 40 años: era hijo de un capitan de bandidos. Alistóse siendo jóven en las tropas romanas, ascendió por su valor de grado en grado al mando del ejército, subió al trono por un crimen, y lo perdió con la vida por su crueldad. Nombró césar á su hijo, que solo tenia siete años; y temiendo que la continuacion de la guerra le impidiese emplear las tro-

pas en consolidar su poder, compró ignominiosamente la paz con los persas, cediéndoles la Mesopotamia y una parte de la Siria. Deseoso de ostentar su dignidad en el pais que habia nacido, se detuvo algun tiempo en Arabia, fundó la ciudad de Filipópolis, y partió despues para Italia. Roma afligida le recibió con los honores que la servidumbre tributaba á la fuerza, y el pueblo mostró su indignacion con su silencio. El temor no pudo arrancarle aplausos á un ladron coronado que acababa de hacer una paz vergonzosa. En vano Filipo hizo cuantiosos regalos, celebró los grandes juegos seculares, y dió á los romanos el espectáculo de un combate en que perecieron 2.000 gladiadores; porque Roma, aunque ya sin virtudes, tenia aun necesidad de gloria; y no pudiera perdonar al emperador su bajo nacimiento ni sus crímenes, si no devolvia á las armas su esplendor. Filipo reunió sus tropas, amenazó á los persas, y los obligó á que le resti-

tuyesen por miedo y sin combatir las provincias que les habia cedido. Muchos historiadores dicen que Filipo, agitado de remordimientos, y convertido por Orígenes, se hizo cristiano, igualmente que su muger Severa. Eusebio y S. Gerónimo aseguran, que Babiles, obispo de Antioquía, le negó la entrada en la iglesia, ecsigiendo antes de recibirle que hiciese penitencia por sus delitos. En aquellos siglos de corrupcion solo se hallaba el verdadero valor en los cristianos. Filipo gozó poco tiempo de la paz y del poder. Sabiendo que los godos volvian á hacer correrías en Tracia, envió contra ellos un ejército mandado por Marino. Este general, habiendo rechazado al enemigo, escitó una sublevacion en sus legiones, y le proclamaron emperador. Filipo, asustado, convoca á los senadores, y se queja de la ingratitud de Marino, que habia sido su hechura y ascendido por él á los primeros destinos. Las miradas y el silencio de todos le pro-

baron que la perfidia del rebelde no producia mas efecto que recordar la suya. Careciendo de firmeza, como de virtud, prometió abdicar; pero Decio, uno de los senadores, tomó la palabra y le predijo la pronta ruina de Marino, poco temible por su carácter y sus talentos. En efecto, en breve llegó la noticia de que el ejército de Iliria, destruyendo su propia obra, le habia dado muerte. Este suceso debió inspirar á Filipo desconfianza de un hombre que conocia tan bien las disposiciones de las tropas; pero enagenado de alegria, se entregó enteramente á Decio, le encargó el mando de las legiones, y le dió todo el dinero y refuerzos que deseaba.

Decio era muy estimado por su habilidad militar. Apenas llegó á Mesia fue proclamado emperador por las legiones. Como queria ganar tiempo y afirmar su nuevo poder, escribió á Filipo, que aunque habia cedido á la violencia, le era siempre fiel, y que pronto vendria á Ro-

ma para abdicar en su presencia. El emperador no le creyó, y salió para pelear contra él; pero como aceleraba enfurecido las marchas, fatigaba escesivamente sus tropas, les impedia todo descanso, y castigaba con la muerte la falta mas ligera: su ejército se sublevó apenas llegó á Verona, y proclamó á Decio. Filipo hizo vanos esfuerzos para contener esta rebelion. Un soldado enfurecido se arrojó á él, y le partió la cabeza de un sablazo. Un asesinato le habia dado la corona, otro se la quitó: los nueve homicidas que habian manchado sus manos con la sangre de Gordiano, recibieron entonces el merecido castigo, y se les obligó á matarse unos á otros con las mismas espadas con que habian asesinado á aquel buen príncipe. Filipo murió el año 1001 de Roma, 249 de Jesucristo.

Decio, emperador. (249.) Las provincias y los ejércitos, libres de un tirano despreciable, cuyas acciones fueron tan viles como su nacimiento, proclama-

ron unánimemente á Decio. Este era natural de Budalia en Pannonia, de ilustre y antigua familia. Confió el mando de las tropas á Valeriano, estimado generalmente por su rectitud y valor, y volvió á Roma donde su moderacion y afabilidad le grangearon el afecto público. El senado, que recobró por él su dignidad, se mostró demasiado agradecido, comparándolo al gran Trajano, y concediéndole el título de *optimo*. El emperador, para complacer á los senadores, les dió el derecho de nombrar un censor, cuyo poder se estendiese á todos los romanos, esceptuados los cónsules, el prefecto de Roma, el rey de los sacrificios y la primer vestal. Todos los votos se reunieron para elevar á esta dignidad á Valeriano, fundando eleccion tan honorífica en que la conducta de este ilustre patricio era una censura viviente de las costumbres del siglo. Decio dió el título de césares á sus tres hijos Etrusco, Trajano y Hostiliano: esfuerzo prudente, pero inútil para

establecer el principio hereditario en un gobierno en que la ambicion de los generales, burlándose de las leyes é instituciones, oponiéndose á todo principio de estabilidad, sometia el imperio á los desórdenes de la anarquía militar, que es el azote mas durable y funesto que puede sobrevenir á las naciones. El emperador contuvo á los bárbaros por su firmeza, restableció el órden con sus edictos, restituyó la fuerza á las leyes y la libertad al pueblo; y asi los historiadores paganos le colocan entre los mas grandes príncipes. Los cristianos, al contrario, le compararon á Neron por la crueldad y fanatismo con que los persiguió. El cristianismo era odioso á los sacerdotes gentiles, cuyo poder amenazaba, á los grandes, cuyas preocupaciones combatia, y á los viciosos, cuyos desórdenes condenaba. Los soberanos, los generales, los magistrados y los gobernadores de las provincias lo miraban como un sistema dirigido á producir revolu-

cion en el estado, oponiendo la creencia y la virtud á la fuerza de la autoridad. A estos motivos generales se llegaron otros personales á Decio, porque los partidarios de Filipo eran cristianos; y el emperador vengó su propia causa, aparentando vengar la de la religion. Esta persecucion fue terrible; porque reunió todas las crueldades de la guerra civil y del fanatismo. Los cristianós fueron en todas partes puestos en prision, entregados á las bestias feroces, atenaceados, crucificados, echados en calderas de aceite hirviendo. Las pasiones políticas y religiosas ahogaban la voz de la humanidad y el grito de la naturaleza: el hijo delataba al padre, la madre entregaba al hijo, el hermano degollaba al hermano: la tierra se cubrió de víctimas, y el cielo se llenó de mártires. El papa Fabiano, Babiles, obispo de Antioquía, y Alejandro, de Jerusalen, fueron los primeros que sellaron la fe con su sangre. El terror produjo falsas apos-

tasías. Muchos hombres débiles hicieron sacrificios á los ídolos : llorados por sus hermanos y despreciados por los gentiles, recibieron el nombre de *caidos* : pasada la persecucion, volvieron á la fe ; y la Iglesia, siempre indulgente para el arrepentimiento, se reconcilió con ellos por medio de la penitencia. Los hombres valerosos, que no querian por conservar su vida abandonar infamemente su religion, dejaron el mundo, y se retiraron á los desiertos á hacer vida eremítica, temiendo mas á los vicios y á los crímenes de las ciudades que á las fieras. Pablo fue el primer anacoreta de Egipto : siguieron su ejemplo innumerables prosélitos, que temiendo el peligro de la corrupcion enmedio de los desórdenes del imperio, buscaban la inocencia en la soledad.

Al mismo tiempo los pueblos selváticos del norte europeo aumentaban rápidamente sus fuerzas y su poblacion. A proporcion que el imperio se debilitaba, eran mas atrevidos. No se afeminaban

con la civilizacion que adquirian en el trato de los romanos. Estos por una falsa política incorporaban algunos cuerpos de bárbaros en las legiones, y les hacian aprender el arte militar que faltaba á su valor. Los esfuerzos de Roma, que no pudo subyugarlos, se limitaban entonces á contenerlos. Pararlos era un triunfo, y sus invasiones se renovaban sin cesar. Decio, informado de que los godos, muchas veces vencidos, habian vuelto á invadir la Tracia, confió al senado la regencia del imperio, pasó al Asia á fortificar la frontera de los persas, y marchó despues contra los bárbaros que le esperaron á pie firme, y le presentaron la batalla. Decio los batió completamente, matándoles treinta mil hombres. Los demas huyeron; pero un cuerpo romano, á las órdenes de Triboniano Galo, les cortaba la retirada. El rey de los godos, viendo cierta su ruina, propuso la paz, sometiéndose á las condiciones que se le esigiesen, y no pidiendo mas favor

sino el permiso de retirarse á su pais. El emperador que tenia la voluntad y los medios de esterminar á los godos, desechó la proposicion, y continuó persiguiéndolos. Su triunfo parecia indudable; pero Galo, cediendo á una ambicion infame, vendió á su príncipe para arruinarlo, y á su patria para tiranizarla. En virtud de una negociacion secreta con el rey bárbaro, le abrió el paso que estaba encargado de defender. Decio, ignorante de la traicion, marcha confiadamente, cae en una emboscada, y se ve cercado de enemigos. Reanima sus tropas: opone el valor al número: aparta con su acero la multitud que le rodea. Su hijo cae muerto á sus pies. «Soldados, dice, la batalla no se perderá por un guerrero menos.» Sin esperanza de socorro pelea mucho tiempo con intrepidez, y cuando ya estaba para caer en manos de los bárbaros se arroja con su caballo en una laguna, y desaparece entre las ondas. Todos sus soldados fueron

muertos: solamente las tropas de Galo lograron por la traicion una indigna seguridad enmedio de los bárbaros. Decio reinó dos años y medio. Su valor y su sacrificio á la gloria romana le hicieron digno de los antiguos capitanes que tuvieron su mismo nombre.

Galo, emperador. (251.) Las reliquias de las legiones vencidas dieron el imperio á Galo: descendiente de una antigua familia romana, la ilustró con sus talentos, y la deshonró despues decorándola con un cetro debido á la traicion. Sus informes artificiosos engañaron al senado, el cual, creyéndole salvador del ejército que habia entregado, confirmó su eleccion. Galo no consiguió la paz de los bárbaros sino pagándoles un tributo: tratado que tuvo los funestos efectos producidos siempre por la debilidad espuesta al insulto y al peligro. Mesia, Tracia, Macedonia y Tesalia fueron inundadas de enemigos. Sapor entró en Siria, y quitó la Armenia á Ti-

ridates. Galo, cuando volvió á Roma, se entregó á los placeres, descuidó los negocios, y miró con indiferencia la ruina del imperio y los progresos de los bárbaros. El pueblo murmuraba y le despreciaba: para volver á ganar la confianza pública, adoptó á Hostiliano, hijo de Decio; mas temiendo que este jóven, cuya familia era amada de los romanos, pensase algun dia en vengar á su padre, le dió veneno, y procuró en vano hacer creer que habia muerto víctima de la peste, esparcida entonces en Italia.

La persecucion de los cristianos continuaba. El reinado de Galo fue una época de calamidad y de ignominia, no compensada sino por un solo acontecimiento feliz. Emiliano atacó á los godos en Mesia, y los derrotó completamente: triunfo que adquirió al vencedor la honra, ó mas bien la desgracia de ascender al imperio. Las legiones le saludaron emperador: Galo con el ejército de Italia marchó contra él, le dió batalla, y fue

muerto con su hijo Volusiano por sus propios soldados, que pasaron al bando de su rival. Galo murió el año 1005 de Roma, 253 de Jesucristo. Su reinado de diez y ocho meses fue mas dañoso al imperio que una larga guerra.

CAPITULO XIX.

Emiliano. Valeriano. Galieno. Claudio segundo. Aureliano.

Emiliano, emperador. Valeriano, emperador. Persecucion contra los cristianos. Galieno, emperador. Rebelion de Macriano en oriente. Rebelion de Celso. Rebeliones de Postumio y Loliano. Claudio II, emperador. Guerra de los godos, y batalla de Neisa. Aureliano, emperador. Guerra de Zenobia, batalla de Emesa y sitio de Palmira.

Emiliano, *emperador.* (253.) Emiliano sometió su nombramiento á la decision del senado, y le entregó la mayor parte de su autoridad, reservándose solamente el mando de las tropas: atribu-

yó las desgracias del estado á la cobardía de su predecesor, y prometió libertar el imperio de godos y persas. Llegó á Roma, y su bondad confirmó las esperanzas que habia dado; pero la fortuna no le dejó gozar sino cuatro meses el poder de que parecia digno. Cuando Galo salió á campaña contra él, mandó que se le reuniesen las legiones de Galia y Germania. Mandábalas Valeriano, amado de las tropas, respetado del pueblo y estimado de los senadores. Su ejército le proclamó emperador: Emiliano se preparó á disputarle el imperio; pero sus soldados le hicieron traicion, y le quitaron el trono y la vida.

Valeriano, emperador. Valeriano ascendia al imperio, precedido de mucha gloria. La eleccion de las legiones nunca fue confirmada con una aprobacion mas brillante ni un consentimiento mas unánime: elevándole al trono, todos creyeron ver restituidas á Roma sus antiguas virtudes. Habia llegado á la edad

de setenta años sin que ninguna debilidad hubiese mancillado su reputacion. Fiel á las leyes en una época de licencia, y á las buenas costumbres enmedio de la depravacion, modesto en la victoria, intrépido en los peligros, franco y vigoroso en un senado tímido y lisonjero, habia sido amado por los buenos principes y temido por los tiranos. Volvió á la justicia su fuerza, á los patricios su dignidad, á los pueblos el descanso, y su palacio era el asilo de la justicia y la escuela de la sabiduría.

Persecucion contra los cristianos. (258.) Solamente los cristianos quedaron escluidos de estos beneficios. El príncipe, adicto á las mácsimas antiguas, queria restituir su esplendor al culto romano. Enemigo de los nuevos dogmas, y persuadido por los agoreros y mágicos egipcios, que no podria asegurar la prosperidad del imperio y la suya propia sino con la ruina de los cristianos, los persiguió cruelmente. San Cipriano, que

escribió los suplicios de los fieles, recibió el martirio en Cartago. Trescientos mártires arrojados á un horno encendido de cal en Masa Cándida, Sisto, Cuarto, Lorenzo, Prisco, Marco y Alejandro perecieron por el hierro y la llama. Estas crueldades, cometidas por un emperador benigno, probaron que el error puede causar tantos estragos como la perversidad del alma.

El imperio fue atacado de nuevo en el oriente por los persas, y en el norte por un enjambre de bárbaros. Valeriano, á pesar de su edad, tomó las armas, rechazó á los godos, venció á los sármatas, escitas y rojolanos, y marchó despues contra los persas. Pero la vejez y las fatigas debilitaron su cuerpo y su ánimo: sus determinaciones no fueron correspondientes á su denuedo, y pareció incierto en los planes y tardío en la ejecucion. Su voz no podia ya mandar, ni su brazo combatir. Dió una batalla á los persas y la perdió. Desanimado por

este reves, abrió negociaciones y pidió una conferencia á Sapor. Vendido por Macriano, uno de los generales que mas apreciaba, fue sin precauciones al lugar de la entrevista, y cayó en el lazo que le tendia su enemigo. Sapor, violando el derecho de gentes, le hizo prisionero, y vengó en este desgraciado emperador las injurias que Roma habia prodigado por tantos siglos á los príncipes y á los cautivos. Hacia que le siguiese á todas partes cargado de cadenas y revestido de la púrpura imperial: le obligaba á servir de escabel para montar á caballo ó subir en el carro, jactándose de dar al mundo el espectáculo de un verdadero triunfo, cuando los de Roma se reducian entonces á vanas imágenes y pomposas decoraciones. Valeriano sufrió esta servidumbre siete años, y acabó sus miserias y su vida á la edad de ochenta y tres; mas no acabaron los ultrages de Sapor; pues mandó desollarle, henchir de paja la piel, de modo que conservase

la forma humana, y colgó en un templo este vergonzoso trofeo revestido de ropas imperiales. Asi, queriendo consagrar el oprobio de Roma, mancilló su mismo honor.

Galieno, emperador. (260.) Roma, ya inclinada sobre el abismo donde iba á sumergirse, no podia evitar su inminente peligro con el establecimiento de un trono hereditario; pues la eleccion, ya fuese del senado, ya del pueblo, aunque no hiciese mas que confirmar el nombramiento de los ejércitos, contentaba el amor propio de los romanos, porque les parecia una sombra de libertad. La adopcion era preferible para ellos al nacimiento; y por una casualidad notable la esperiencia dió fuerzas á la costumbre que impedia perpetuar el poder en una misma familia. Muchos emperadores elegidos y príncipes adoptados habian dado gloria al imperio, estendido sus límites y retardado su decadencia; cuando los que habian sucedido á sus pa-

dres, como Domiciano, Caracalla, Cómmodo y Heliogábalo, todos á escepcion de Tito habian sido tiranos infames y despreciables. El reinado de Galieno, mas que otro alguno, hizo temible al pueblo la transmision del poder supremo por derecho de herencia. Este príncipe, decorado con el título de césar por su padre Valeriano, afeó su nombre con la ingratitud, la deshonestidad y la barbarie; y entregó por su cobardía al furor de las facciones y á la espada de los bárbaros el vasto imperio de Roma, que desmembrado durante su gobierno, hubiera perecido infaliblemente, si cuatro príncipes hábiles y valerosos, elegidos sucesivamente por el senado, no hubiesen reunido sus reliquias, restituido sus fuerzas, y dádole por algun tiempo una nueva esistencia.

Cuando Valeriano cayó en cautiverio, el senado, el pueblo y los ejércitos reconocieron á Galieno por emperador. Pareciales que nadie debia ser mas ene-

migo de los persas, pues tenia que libertar á su padre y vengar el imperio; pero Galieno atendió mas á contentar sus pasiones que á cumplir sus deberes. Dotado de una imaginacion viva, habia sido en su juventud buen orador y elegante poeta: cultivó tambien la filosofía; y Plotino, célebre entonces, le habia inspirado tanta aficion á las doctrinas académicas, que segun se dice, intentó fundar en Campania una república, tomando por modelo la de Platon. Los mas hábiles generales le habian enseñado el arte de la guerra en Galia y Germania; y habia servido con valor y gloria bajo las órdenes del grande Aureliano. Roma fundaba en él buenas esperanzas; pero no realizó ninguna. Su carácter sin fuerza ni juicio, ardiente sin constancia y sin virtudes, no tenia valor sino por llamaradas; salia dificilmente de la molicie, cuando imperiosamente lo ecsigia el interés de su vida ó de su autoridad, y caia despues en la indolencia, arrastra-

do por el ascendiente de los vicios. Voluptuoso como Heliogábalo, crapuloso como Neron, negado á todo sentimiento de gloria y patriotismo, solo apreciaba en la autoridad suprema la funesta licencia de entregarse sin freno á los deleites mas vergonzosos: reinar para él era lo mismo que gozar; y le importaba poco que el trono se envileciese, que el imperio se desmembrase, que la magestad romana fuese ultrajada por los estrangeros, con tal que no perturbasen su sosiego, y que le dejasen gozar de una mesa delicada y de un palacio suntuoso entre farsantes y cortesanas. Su ingratitud á su padre manifestó cuanta era su bajeza y cobardía. El cautiverio de Valeriano, en lugar de indignarle y moverle á la venganza, le pareció un suceso feliz, pues que le daba la corona; y así, habló de él al senado con una indiferencia, que afectaba como estóica: «Yo sabia, dijo, que mi padre estaba espuesto como los demas hombres á las vicisitudes de la for-

tuna.» El primer acto de su autoridad completó la degradacion del senado. Temeroso de la ambicion de sus miembros y de su influencia en el ejército, les prohibió los empleos militares. La vanidad se quejó de esta medida, el miedo la obedeció, y la molicie se acostumbró á ella: el resultado de ley tan vergonzosa fue cerrar el trono solamente á los personages ilustres mas dignos de aspirar á él, y abrirlo á los aventureros y aun á los bárbaros, que por su denuedo feroz ascendian entonces á los grados superiores del ejército.

El ejemplo de las victorias de Sapor, el espectáculo de un emperador romano reducido á la servidumbre y la indolencia de Galieno, dieron á todos los antiguos enemigos de Roma osadía para atacarla. Los germanos pasaron lós Alpes é hicieron incursiones en Italia hasta Ravena: los francos talaron las Galias: otros bárbaros, pasando el mar en frágiles canoas, desembarcaron en España y

se apoderaron de Tarraco: los godos y los escitas invadieron el Asia menor y la Macedonia: los cuados y los marcomanos se hicieron dueños de Dacia y Pannonia, y los persas de Siria. Las calamidades de la naturaleza se juntaron á las de los enemigos: una peste horrible desolaba la Italia. Enmedio de estos desastres, el emperador, entretenido sosegadamente en comidas y diversiones, se presentaba á los romanos con trage asiático, y cubiertos los cabellos con polvo de oro para que imitasen á los de Apolo. Asistia á los baños públicos rodeado de cortesanas, y salia de ellos para consumir la noche en banquetes semejantes en lujo á los de Vitelio. Insensible á los males públicos, recibia con serenidad las noticias mas tristes. Cuando se le anunció la rebelion de los egipcios, dijo riéndose: «¿y no podremos vivir sin el lino de Egipto?» Si se le hablaba de la pérdida del Asia, «lo pasaremos sin seda:» si de la invasion de los escitas,

«buscaremos salitre en otro pais:» si del levantamiento de las Galias, «el estado puede subsistir sin las casacas y los paños de los atrebates.» Esta cobarde apatía no solo inspiraba el desprecio merecido, sino el deseo general de buscar fuera de Roma un poder capaz de salvar el imperio; pues nada podia esperarse de un senado vil, de un pueblo esclavo ni de un príncipe corrompido. Habia aun en los ejércitos hombres hábiles, valientes y vigorosos, prontos á esponer su vida, ó por la patria, ó por la gloria, ó por la fortuna. Valeriano, ilustrado por una larga esperiencia, habia confiado el mando de las tropas fronterizas á capitanes encanecidos en la guerra; y como el mérito y no el favor dictaba sus nombramientos, casi todos los que eligió justificaron su esperanza. Pero bajo el débil Galieno, todos estos generales, indignados de las injurias que recibia el imperio, y avergonzados de obedecer á quien no sabia mandar, aumentaron los

males de Roma, solicitando cada uno apoderarse del gobierno para salvar la patria. Como ninguno tenia derechos antiguos y reconocidos, todos pretendian; y los generales cuyos nombres se habian ilustrado con victorias, creyeron que podian sin presuncion aspirar al trono. Y así, en el mismo instante que todas las provincias eran invadidas por los bárbaros, cada ejército romano eligió por emperador al general que lo mandaba. Unidos todos contra Galieno, disputaban entre sí el derecho de sucederle. Esta anarquía militar hizo que llevasen el nombre de césar treinta tiranos, de los cuales la mayor parte caidos al mismo tiempo que elevados, aparecian y se desvanecian como sombras. Algunos mas poderosos, hábiles ó felices, como Póstumo, Victorino y Tétrico en las Galias, Aureolo en Iliria, Odenato y Zenobia en oriente, gozaron muchos años de su poder, y repartieron con el príncipe que mandaba en Roma la autoridad que

habian defendido valerosamente contra los bárbaros.

Rebelion de Macrino en oriente. (261.) Macrino, que fue causa por su traicion de la perdicion de Valeriano, fue el primero en levantar el estandarte de la rebelion. Proclamaronle emperador las tropas de oriente, atacadas sin cesar por los persas, y que no recibian de Roma órdenes, dinero ni refuerzo. Macrino justificó la eleccion de sus soldados por una grande hazaña: acometió y venció á los persas. Sabiendo despues que el ejército de Grecia habia nombrado emperador á Valente, marchó contra él. Pison, que mandaba su vanguardia, rechazado en el primer ataque, se retiró á Tesalia, y tomó tambien el título de emperador. Valente le persiguió, venció y mató, y él mismo fue asesinado por sus legiones, cuya indisciplina queria corregir. Macriano, alentado con la muerte de estos dos rivales, formó el proyecto de pasar á Italia. Habia nombrado césares á sus dos

hijos Macriano y Quieto. Dejando al segundo con su general Balisto en oriente, marchó con el primero á Tracia al frente de cuarenta mil hombres, y arrojó á los godos de esta provincia. Continuando su camino, penetró en Iliria; pero un obstáculo que no habia previsto le detuvo en su marcha. Aureolo, que mandaba en Iliria y Dalmacia, habia sido forzado por sus legiones á recibir el título de emperador, mas peligroso que deseable, y que obligaba á vencer ó morir. Dió batalla á Macriano, que pereció en el combate con su hijo. Esta victoria aumentó de manera el poder de Aureolo, que Galieno, no atreviéndose á tenerle por contrario, hizo paces con él.

Entretanto el orgullo de Sapor recibia el merecido castigo, y daba lugar á la creacion de una nueva potencia en el Asia. Odenato, príncipe de Palmira, ciudad de Siria, era gefe de los sarracenos, pequeña tribu árabe. Temiendo la vecindad y el poder del rey de Persia,

le envió embajadores, ofreciéndole su homenage y ricos presentes. Sapor los recibió con desprecio, añadió la amenaza al insulto, mandó arrojar los regalos al rio, y dijo á los diputados, que «Odenato debia venir á prosternarse á los pies de su amo, con las manos atadas á la espalda.» Odenato, indignado de esta injuria, y escitado á la venganza por su esposa Cenobia, princesa de grande ánimo, é igualmente célebre por su valor, talento y hermosura, toma las armas, se declara rey de Palmira, levanta tropas, las aumenta con sus victorias, espanta al enemigo por la audacia de sus empresas, une sus fuerzas á la de los romanos, recobra la Mesopotamia y las ciudades de Nisibis y Carras, se halla al frente de un poderoso ejército, da batalla al rey de Persia, le vence, se apodera de su serrallo y de sus tesoros, y le persigue hasta Ctesifonte: Galieno, feliz por haber vencido sin pelear, nombró á Odenato general de los ejércitos de oriente.

El rey de Palmira corrió la Persia como conquistador, la entregó al saqueo, cogió prisioneros muchos sátrapas, y los envió á Roma. El emperador, para recompensarle de haber hecho lo que á él le tocaba, teniendo por mas conveniente repartir el imperio que defenderle, dió al vencedor el título de césar, y el de augustos á Cenobia y á sus hijos. Esta debilidad pudiera disculparse, atribuyéndola á la gratitud; pero Galieno acabó de cubrirse de ignominia y de ridiculez, triunfando él mismo públicamente de los persas vencidos por un estrangero. Un bufon despreciable turbó con una burla picantísima este triunfo indecente y pueril. Al ver una multitud de esclavos, comprados en diversos paises para hacer en aquella ceremonia el papel de cautivos, se acercó al corro y preguntó si estaba por casualidad entre ellos el emperador Valeriano. Odenato, siguiendo el curso de sus victorias, sostenia dignamente la dignidad á que le elevó su

valor. Venció y dió muerte á Quieto, hijo de Macriano, y á Balisto, que habian usurpado el título de emperadores. El oriente pacificado le reconocia por señor, cuando una traicion infame terminó su gloria y su vida. Meon, su sobrino, celoso de la preferencia y del poder que daba á su hijo Herodes sobre sus otros hijos y el resto de su familia, formó una conspiracion contra él, le asesinó, y tambien á Herodes, y pereció á manos de sus mismos cómplices en el momento que pretendia ceñirse la corona.

Las tropas, los grandes y los pueblos del Asia proclamaron á Cenobia por reina. Admiraban todos su hermosura, sus virtudes, su valor y prudencia con que habia ausiliado á su esposo en los consejos y en las batallas. Poseía la mansedumbre de una muger y la intrepidez de un hombre: su mérito personal bastaba para inspirar la veneracion; pero el vulgo añadia lo que causa un origen ilustre y antiguo; porque se creia, que

por su padre era descendiente de Semíramis, y por su madre de Cleopatra. Galieno, mucho menos digno del trono que ella, no quiso admitirla á la participacion del imperio, y envió generales y tropas que le hiciesen guerra. Cenobia los venció, y gozó de su poder y gloria hasta el reinado de Aureliano. Todas las provincias del imperio estaban tan dispuestas á la sedicion contra un gefe despreciable, que la mas ligera centella bastaba para emprender el fuego. Una riña entre un esclavo y un soldado escitó un tumulto en Alejandría: las tropas y los ciudadanos tomaron parte en él: la autoridad civil quiso reprimir el desórden, las legiones se amotinaron y proclamaron emperador á Emiliano, su comandante; pero Teodato, enviado contra él por Galieno, le cogió y le puso en una prision, donde murió.

Rebelion de Celso. (265.) El Africa habia nombrado tambien un césar: Celso, general estimado, sostenia su nuevo título

con prudencia y valor; pero Galiena, parienta del emperador, y que á la sazon se hallaba en Cartago, pagó asesinos que le dieron la muerte. Trebeliano se habia rebelado y coronado en el Asia menor, pero fue vencido y muerto por las tropas de Galieno. El cónsul Censorino aspiró á la misma fortuna, y tuvo la misma suerte. Una insurreccion mas temible habia estallado en Mesia: las legiones de esta provincia nombraron emperador á Lacio Ingénuo. Este rival pareció bastante temible á Galieno para obligarle á salir de su indolencia y marchar en persona contra él. Al llegar al campamento, pareció haber encontrado otra vez su antiguo valor: dió la batalla, consiguió la victoria, persiguió á Ingénuo, le prendió, y le envió al suplicio. Mas siendo demasiado bajo para ser generoso, no perdonó á nadie: habitantes, soldados, todos fueron pasados á cuchillo. Trebelio Polion ha trasmitido á la posteridad el órden infame que dió el em-

perador á su lugarteniente Verriano. «No llenarás mis deseos si solo das muerte á los que han peleado contra mí: convendria matar á todos los varones de esta provincia rebelde, si fuese posible quitar la vida á los viejos y niños sin incurrir en la nota de inhumanidad. Te mando que envies al suplicio á todo el que haya hablado mal de mí. Degüella, destroza, despedaza á esos infames. Sean tus sentimientos conformes con los mios, que podrás conocer por el tenor de esta carta.» Semejante atrocidad sublevó la provincia y las tropas, y proclamaron emperador á Regiliano, dacio de origen, y descendiente del rey Decébalo. Este nuevo césar arrojó á Galieno del pais, y consiguió victorias contra los sármatas; pero murió en una celada que le pusieron los rojolanos.

Rebelion de Postumio y Loliano. (266.) Postumio, uno de los generales mas hábiles de Valeriano, habia conservado hasta entonces tranquilas las Ga-

lias. Galieno le envió su hijo Salonino socolor de que aprendiese el arte militar, bajo un capitan afamado; pero con el designio oculto de espiar y perder á un hombre de quien estaba envidioso. El jóven príncipe, altanero, cruel y deshonesto como su padre, ofendió el orgullo de los galos, y fue asesinado por ellos. Postumio, proclamado emperador por los votos unánimes de la Galia y de la Britannia, consiguió tantas y tan brillantes victorias de los francos y germanos, que recibió y mereció el sobrenombre de *Hércules Galo*. A no ser por él, Odenato y Cenobia, se hubiera arruinado entonces el imperio romano. Esta época, como todos los tiempos de tempestades políticas, produjo y desplegó grandes caracteres; pero fue estéril de historiadores; y asi, la gloria de estos hombres ilustres ha sido menor de lo que debiera. Galieno marchó contra Postumio, cuando este habia tomado por colega á Victorino. No hubo ninguna batalla de

importancia. El emperador, fastidiado de los reales y de la debilidad de sus esfuerzos, y envanecido por algunas ventajas insignificantes, volvió á Roma en triunfo. La inconstancia de los galos le vengó bien pronto del rival que no habia podido vencer; pues asesinaron á Postumio y á su hijo, y dieron la púrpura imperial á Loliano. Victorino, que le disputaba el imperio, fue muerto por un galo, á cuya muger habia ultrajado. Victorina, su viuda, defendió con valor su autoridad; pero habiendo muerto sus nietos, hizo elegir por emperador á Tétrico, el cual ilustró su gobierno con muchas victorias que consiguió de los bárbaros: sometió toda la Galia. Al mismo tiempo Ciriades, Saturnino y Mario se declararon emperadores en otras provincias; pero murieron en breve.

El despreciable Galieno era cada dia mas odioso á los romanos. Heracliano y Mariciano conspiraron, en fin, contra él, y se aprovecharon para ejecutar su de-

signio de la invasion que hacia entonces Aureolo en Italia. Este general tomó á Mediolano, y se disponia á marchar contra Roma. Galieno, obligado á salir de su letargo, avanzó hácia él, le obligó á retirarse, le encerró en Mediolano, y cercó esta plaza. Durante el sitio, los conjurados, habiéndose convenido antes con Aureolo, fueron una noche á la mesa de Galieno. Enmedio de la comida, Cécrope, uno de sus cómplices, se acerca al emperador, y le dice que Aureolo intenta hacer una salida nocturna para sorprenderle y apoderarse de su persona. Galieno, cuyo valor no se inflamaba sino con el enojo, sale precipitadamente de su tienda, sube á caballo, y manda tocar alarma. Cécrope, valido del alboroto y de la oscuridad, se le acerca, y le hunde el puñal en un costado. Galieno, su hijo, y Valeriano, su hermano, queridos por sus virtudes, pagaron con su cabeza la desgracia de pertenecer á un mónstruo por el vínculo de la sangre. Ga-

lieno murió á los cincuenta y cinco años de edad, y nueve de reinado. Cuando terminó su vida vergonzosa, dejó desmembrado el imperio: el oriente sometido á Cenobia, la Iliria á Aureolo, las Galias y el occidente á Tétricò y Victorina: la Tracia, la Macedonia y una parte del Asia menor entregadas al furor de los godos y escitas, y á Roma alborotada, temerosa, y aguardando en silencio qué dueño le darian la voluntad de los soldados y el capricho de la fortuna.

Claudio II, emperador. (268.) La república romana, defendida por soldados que eran ciudadanos y adictos al orden por sus propiedades, no les dió al principio mas que una paga pequeña. Mario y César hirieron de muerte la república, aumentando el sueldo y admitiendo en las tropas á los proletarios que no conocian otra ley ó patria que el dinero. Domiciano les dobló la paga: Cómmodo y Caracalla no pusieron límites á su liberalidad para con los instrumentos de su

tiranía y de sus pasiones. Entonces cesó enteramente el imperio de las leyes, porque la fuerza armada que debiera asegurar su ejecucion, solo se empleaba en sostener los desórdenes de los príncipes y en castigarlos cuando no se pagaba, como las tropas querian, el apoyo efímero que prestaban. El senado y el pueblo fueron vanos fantasmas: los soldados quedaron dueños de la vida de los príncipes, y la suerte de los emperadores, tan deplorable como la del imperio, fue hacer temblar á todos y temblar ellos de su misma guardia. Si para complacer á esta soldadesca desenfrenada agotaban el tesoro, protegian á los viciosos, y hacian temblar á los buenos y á los ricos, la desesperacion despertaba el valor, y los sacrificaba á conspiraciones que nacian unas de otras. Los que solicitaban subir al trono favorecidos de una faccion, no tardaban en ser derribados y asesinados por ella. Asi el imperio romano, como observa Montesquieu, semejante á las re-

gencias actuales de Tunez y Argel, presentaba al mundo el triste espectáculo de una anarquía militar, cuyos gefes sometidos al capricho de las tropas eran impotentes para el bien, y no tenian mas facultad que la de cometer crímenes. Pero cuando los males llegaron al estremo, los mas insensatos buscaron remedios saludables: el imperio amenazado y atacado de todas partes por los bárbaros, y destrozado por treinta tiranos que se disputaban la autoridad suprema, conoció la necesidad de someterse á un gefe valeroso y justo, que infundiese respeto á los romanos por su rectitud, y á los estrangeros por sus armas.

Los soldados echaban menos á Galieno, pródigo é indolente: una distribucion de dinero que los conjurados hicieron con oportunidad, los sosegó; y satisfecha su codicia, se aplicaron á buscar los medios de salvarse á sí y al imperio. Proclamaron césar á Marco Aurelio Claudio, que en una época de desgracias y

delitos, habia ganado el aprecio de todos los partidos. El senado y el pueblo confirmaron con alegría esta eleccion. Claudio, siendo tribuno en tiempo de Decio, se habia distinguido por su valor en la guerra contra los bárbaros. Mereció la estimacion y confianza de Valeriano, que le dió el gobierno de Iliria; y es digno de observacion, que todos los generales nombrados por Valeriano ascendieron sucesivamente al imperio. Claudio, tan apreciado en Roma como en el ejército, se mostró en sus diversos empleos justo, firme, laborioso, sincero, moderado, magnánimo como Augusto, y belicoso como Trajano. Se hizo temer y respetar de Galieno, que envidioso de su mérito, ni podia amarle, ni se atrévia á matarle. Era natural de Dardania; y cuando llegó á ser emperador, la lisonja, buscándole un orígen ilustre, le hizo descender de Dárdano. No tenian necesidad de abuelos sus grandes cualidades, y poseyó la mas rára, la de no

perder ninguna en la prosperidad. Como un hombre de este carácter no podia aprobar el asesinato ni aun de un tirano, invitó al senado á dar á Galieno los honores que no merecia. Aureolo, resuelto á entrar en negociaciones, le pidió la paz, recordándole que Galieno le habia asociado al imperio. «La conducta de Galieno, le respondió Claudio, no es ejemplo para mí: él te amaba ó te temia, y yo ni te amo ni te temo.» Rota la negociacion, se dieron batalla entre Mediolano y Bérgamo: Aureolo fue vencido, preso y asesinado por la tropa, á pesar de los esfuerzos que hizo Claudio para salvarle. El emperador le erigió un túmulo en el campo de batalla, el cual recibió el nombre de Aureolo, y es el que hoy se llama Pontirolo. Marchó despues contra los alemanes, los venció y ahuyentó á su pais. Despues de estas victorias vino á Roma y recibió los honores del triunfo; mas no lo mancilló con ningun acto de rigor ó venganza. A su lle-

gada volvieron el órden y la justicia, desterrados mucho tiempo habia de la ciudad. Solo temblaron los concusionarios y delatores: los tribunales recobraron su independencia, y el senado su libertad. En el reinado de Galieno, los diversos partidos que hubo en el imperio, sirvieron de pretesto á frecuentes confiscaciones. Claudio las abolió, y cada uno recobró sus bienes. Promulgada esta ley, se presentó al emperador una muger, y le dijo: «Me quitaron una tierra que poseia, y la dieron á un general, llamado Claudio, en premio de sus servicios. La reclamo en virtud de la nueva ley.» «Dices bien, la respondió el príncipe: justo es que Claudio, emperador, restituya lo que recibió Claudio, general;» y la volvió su heredad. El príncipe no podia permanecer mucho tiempo en Roma. Se deliberó si atacaria antes á Tétrico en la Galia, á Cenobia en el oriente, ó á los godos y escitas que talaban las fronteras. «Padres conscriptos, dijo Claudio:

Tétrico y Cenobia solo son enemigos del emperador; los bárbaros del imperio: venguemos la injuria del estado antes que la mia. Importa poco decidir quién gobernará la república; pero es forzoso que sea independiente y libre de estrangeros.» Estos sentimientos generosos fueron aplaudidos: los ciudadanos, saliendo de su larga molicie, tomaron las armas, y la Italia levantó un poderoso ejército como en tiempo de la invasion de los cimbros.

Guerra de los godos, y batalla de Neisa. (270.) El peligro era inminente. Los bárbaros, arrollados hácia el norte, cobrando ánimo con las discordias que destrozaban el imperio, se habian reunido llamados por la opulencia y fertilidad del mediodia. Los godos, sármatas, rojolanos, ostrogodos, gépidos y herulos, famosos despues con el nombre de lombardos, se habian embarcado en el Boristenes en número de trescientos veinte mil hombres. Despues de haber

perdido muchos buques en una tempestad al atravesar el Ponto Euxino, insultaron la plaza de Bizancio, aunque no pudieron tomarla, cometieron escesos horribles en las islas del Egeo, talaron las costas del Asia menor, sitiaron á Tesalónica y Casandria, y se apoderaron de Atenas. Cuéntase que estos bárbaros, enemigos de las letras y de las artes, habiendo reunido en la plaza pública todos los libros que eran la gloria y riqueza de aquel emporio de las ciencias, querian entregarlos á las llamas, cuando uno de sus guerreros les detuvo diciéndoles: «dejad á los romanos y griegos sus letras: son un veneno lento que los enmuellece y dispone á ser vencidos.» Este insensato ignoraba sin duda, que Roma y Grecia, César y Alejandro, debieron sus conquistas tanto á las luces como al valor. Mientras que los bárbaros se entregaban en el Atica á la crápula y al pillage, el ateniense Cleodemo, que se habia escapado de su furor, reunien-

do algunas tropas, cayó sobre ellos, destrozó una parte, ahuyentó otra, y salvó su patria....

Los godos, que habian aprendido de los romanos á fabricar armas y máquinas, estaban ya para apoderàrse de Tesalónica y Casandria, cuando Claudio avanzó para acometerlos. No se atrevieron á esperarle, y se retiraron precipitadamente, evacuando la Macedonia. El emperador no pudo alcanzarlos hasta llegar á Neisa, ciudad de la Dardania. En este lugar les dió la batalla, que fue larga, sangrienta y ostinada. Despues de un reñido combate, los romanos, fatigados por el número de los enemigos, comenzaron á cejar, cuando un cuerpo que Claudio habia enviado contra el flanco de los bárbaros por senderos que se creian impracticables, entró de repente en accion, desordenó las filas de los godos y fijó la victoria. Los bárbaros se retiraron á su campamento, dejando cincuenta mil muertos en el campo de ba-

talla. El emperador, sin permitirles descansar, atacó las fortificaciones que habian hecho, segun su costumbre, amontonando sus carros y bagages. Allí se defendieron con el valor de la desesperacion; pero abriendo, en fin, paso á los romanos el hierro y la llama, hubo una horrible matanza y un botin inmenso. Sin embargo, una parte de aquellos feroces guerreros logró abrirse camino y continuar su retirada: la caballería de Claudio los cortó, y tuvieron que emprender el último combate. A pesar de su triste situacion, los vencidos pusieron en riesgo á los vencedores; porque se arrojaron sobre ellos con tanto ardor, que penetraron en sus filas; mas la caballería romana los cogió por la espalda y los derrotó. Los pocos que escaparon se acogieron á los desfiladeros del Hemo, donde el hambre y las enfermedades contagiosas acabaron con ellos. Al mismo tiempo su escuadra, que ignoraba el desastre de Neisa, llegó á Macedonia.

Las tropas que traia creyeron entrar en un pais sometido, y le hallaron armado. Dispersáronse: una parte de ellas fue pasada á cuchillo, otra prisionera: la escuadra fue quemada. Claudio, informando de estos sucesos á Broquia, gobernador de Iliria, le escribia: «Hemos esterminado trescientos veinte mil hombres y echado á pique dos mil navios: los rios estan cubiertos de escudos: las playas de espadas y lanzas: montones de huesos se levantan entre la verdura de los campos: los caminos estan teñidos de sangre: el grande atrincheramiento de los bárbaros, formado por un gran númeso de carros, fue tomado; y hemos hecho tantos prisioneros, que cada soldado tiene dos ó tres esclavos.» Aureliano se distinguió en esta guerra mandando la caballeria, que contribuyó tan eficazmente á la derrota de los bárbaros. La victoria de Claudio, comparable á los triunfos mas insignes de los antiguos héroes de Roma, le adquirió el sobrenom-

bre merecido de *Gótico*. Habiendo salvado el imperio, se disponia á marchar contra sus rivales, y recobrar la Galia y el oriente de las manos de Tétrico y de Cenobia, cuando la muerte detuvo su brillante carrera. El contagio que habia destruido á los godos, se propagó al ejército romano. Claudio fue su víctima, y falleció en Sirmio á los cincuenta y seis años de edad y tres de reinado. Fue puesto, segun la costumbre, en el número de los dioses; pero este honor era ya tan vulgar, que el senado y el pueblo, queriendo demostrar el afecto que le tenian con un homenage menos prodigado y envilecido, le consagraron un busto de oro en la curia, y una estátua del mismo metal en el capitolio. En fin, el reconocimiento general para recordar sus hazañas, le erigió en el foro una estátua de plata, cuyo pedestal se formó con las proas de los navíos tomados á los bárbaros. Todo el imperio le lloró: igual en valor y en talento á los mas grandes

emperadores, se le amaba y se lamentaba su pérdida por una cualidad que faltó á la mayor parte de ellos, la *benignidad*, llamada justamente por Montesquieu *la primera virtud de los principes*.

Aureliano, emperador. Claudio tenia dos hermanos, Quintilio que le sucedió, y Crispo, del cual se gloriaba Constantino ser descendiente. Sabida en Italia la muerte del emperador, el amor que se le tenia determinó al senado á dar el título de augusto á Quintilio. Pero el ejército que estaba en Sirmio, proclamó á Aureliano, comandante de la caballería, y uno de los mas grandes capitanes de su siglo. Quintilio, informado de esta eleccion, poco seguro de la tropa, que no amaba su severidad, ó movido de una causa mas honrosa, temiendo favorecer las armas de los bárbaros escitando una guerra civil, ó debilitar con su abdicacion la autoridad del senado, mandó que le abriesen las venas, y murió á los diez y siete dias de

reinado. El senado y el pueblo confirmaron el nombramiento de Aureliano. Este príncipe nació en una aldea de Pannonia de una familia oscura. Su madre era sacerdotisa del sol, y Aureliano manifestó siempre gran preferencia á esta divinidad. Alistado desde su primera juventud en las tropas romanas, su valor fue la causa de su fortuna, y su habilidad le alcanzó el imperio. Era tan apasionado á los combates y ejercicios, que los camaradas de su juventud para distinguirle de otros soldados del mismo nombre, le llamaban *Aureliano, espada en mano*. Elevado á la dignidad de tribuno, se distinguió por su estrema severidad en la disciplina: á un soldado que habia ultrajado á una muger, le mandó descuartizar. Se ha conservado una de sus instrucciones dirigida á su teniente, en la cual decia: «Ninguno debe ascender si no observa tanta moderacion y obediencia como denuedo. Castiga sin piedad al que robe un racimo de

uvas: los soldados han de enriquecerse con los despojos del enemigo, no con las lágrimas de los conciudadanos.» Su primer hazaña fue vencer á los francos junto á Moguncíaco, y libertar la Galia de los bárbaros. Valeriano lo comparaba á los Escipiones, y Claudio, para restablecer la disciplina en la caballería, le confió el mando de esta arma. Soldado tan valeroso como general hábil, se cuenta que mató con su mano novecientos enemigos durante su carrera militar. Se le comparaba á César en la actividad, mas no lo imitó en la clemencia; y aunque no fue sanguinario como los tiranos, se mostró duro é inflecsible contra los que le ofendian. Era mas propio para mandar que para perdonar.

Desde que tomó las riendas del imperio, marchó contra los godos, los obligó á pasar el Danubio y á pedir la paz; pero convencido de que no le era posible proteger la Dacia contra sus incursiones, abandonó esta provincia, y puso

en el Danubio la frontera del imperio. Los alemanes, jutongos y marcomanos se disponian á invadir la Italia: el emperador los atacó y derrotó en la Vindelicia. Los bárbaros, no amedrentados por este revés, le enviaron embajadores, y le prometieron retirarse si Roma les pagaba un tributo. El los recibió con magestad, y les dijo en un tono severo: «Sois gobernados por vuestras pasiones: Roma por la razon. Está acostumbrada á recibir tributos, no á pagarlos: os concederá su alianza si la mereceis por vuestra sumision y servicios. Antes de atacarla temerariamente, visitad los campos de Neisa: los huesos de trescientos mil godos os dirán la suerte que la guerra os prepara.» Los bárbaros, irritados de sus amenazas, tentaron de nuevo la suerte de las armas. Aureliano, que no contento con vencerlos, queria esterminarlos, les cortó la comunicacion con su pais; pero ellos sin asustarse de este movimiento, continuaron atrevidamente su mar-

cha, hallaron los Alpes mal defendidos, los pasaron, descendieron á Italia, y talaron la Insubria. Seguíalos el emperador con demasiado brio: atacólos sin esperar á la reunion de sus fuerzas, hizo inútiles prodigios de valor, pèrdió la batalla, y huyó. El terror se difundió en Roma: el príncipe, mal respetado cuando está vencido, tuvo que calmar varias sediciones, en las cuales tomaron parte algunos del senado. Asustado por las consecuencias de su derrota, mandó consultar los libros sibilinos, y renovar todas las ceremonias dictadas por la antigua superstición para aplacar á los dioses y alentar á los pueblos. Habiendo reunido sus tropas, y aprovechándose del desórden que producia en los bárbaros el ardor del pillage, los acometió junto á Fano, los derrotó completamente, los persiguió sin descansar, y esterminó la mayor parte de ellos. Los vándalos le pidieron la paz; y era tanta en aquella época la influencia del ejército, que Aure-

liano creyó necesario proponer á su deliberacion si aceptaria ó no el tratado. Los soldados, cansados de las armas, consintieron en ello, y se dieron víveres á los vándalos para que volviesen á su pais. El emperador entró triunfante en Roma, y castigó con la muerte á muchos senadores, que abandonándole en la adversidad, se habian sublevado contra él. Uno de ellos, llamado Domiciano, no pudo quejarse de su suerte. En los primeros dias del reinado de Aureliano, creyendo darle un consejo análogo á la severidad de su carácter, le dijo: «Tienes dos medios de afirmar tu poder: el hierro y el oro: éste para los que te sirvan, aquel para los que te resistan.» Este vil lisonjero, viendo derrotado al emperador, aspiró al imperio, y pereció primer víctima de su consejo sanguinario.

Guerra de Cenobia, batalla de Emesa, y sitio de Palmira. (273.) El emperador aprovechó el tiempo que estuvo

en Roma en hacer reglamentos útiles y prudentes; pero que tuvieron el sello de su dureza. La invasion de los bárbaros habia hecho temblar á Roma: levantó sus murallas, fortificó la ciudad, y ensanchó su recinto. Libre ya para ejecutar el vasto designio de reunir el imperio desmembrado, salió de Italia para someter á Cenobia. Esta reina, que inmortalizaron su audacia, su gloria y su infortunio, poseia las gracias de un sexo, y la fortaleza del otro. Su estatura era magestuosa: sus facciones bellas: su mirada suave y ardiente: su dentadura brillante: su tez morena y animada: la magnificencia de su adorno realzaba su hermosura. Gustaba del fausto, y queria que su corte fuese tan espléndida como la del rey de Persia. La singularidad de su trage correspondia á la de su carácter; pues mezclaba á los adornos mugeriles el lujo militar. Cubria el vestido una cota de armas adornada con pedrerias: su diadema ceñia á un yelmo. Entraba en bata-

lla desnudo el brazo y espada en mano: viéronla muchas veces hacer á pie ó á caballo marchas penosísimas al frente de sus tropas. Sus modelos eran Dido, Semíramis y Cleopatra. Firmeza en el mando, valor en los reveses, elevacion en los sentimientos, aplicacion al trabajo, disimulo en la política, audacia sin freno, y ambicion sin límites, fueron las virtudes y defectos de esta muger célebre que ostentó todas las cualidades varoniles de los héroes, sin ninguna de las debilidades de su sexo. Su castidad era igual á su brio: no conoció mas amor que el de la gloria. Le habian quedado de su esposo Odenato tres hijos, Herenniano, Timolao y Valabat: el nombre del primero era latino; el del segundo griego, el del tercero siriaco, porque orgullosa con el título de augusta, engañada con sus victorias y con la fortuna, esperaba que reinasen uno en Roma, el segundo en Grecia, y otro en Asia. Mezclando oportunamente la mansedumbre

y la severidad, y pródiga de honores y riquezas para los que favorecian sus designios, igualó en habilidad á los reyes mas grandes. Amiga de las letras, honró con su confianza al célebre Longino, el cual halló en el genio de su protectora el modelo de la sublimidad que enseñó á conocer y definir. Cenobia, instruida por sus lecciones, hablaba elegantemente el griego, el egipcio y el siriaco: entendia el latin; aunque no hacia uso de este idioma. Gustaba particularmente de la historia; y la llamaba la ciencia de los príncipes: dícese que escribió la de Egipto bajo los Ptolemeos, de los cuales se gloriaba descender. Los autores de aquella época han colocado con razon á Cenobia en el número de los treinta tiranos que desmembraron el imperio. Galieno habia asociado á Odenato á su autoridad, y dado á Cenobia el título de augusta. Muerto su marido, las provincias de oriente la eligieron; y sin duda podia pretender por sus hijos con algun

derecho el gobierno de un imperio que los persas hubieran destruido, y que salvó en las provincias orientales su brazo y osadía. Claudio, ocupado en la guerra de los godos, dejó el Asia sometida á la reina de Palmira. Cenobia, que habia ganado en Egipto una faccion por las intrigas de Timagenes, habitante de Alejandría, envió á aquel pais un ejército de setenta mil hombres, mandado por su general Zabdas, guerrero hábil y valeroso. Venció con facilidad á los egipcios; pero Probato, comandante de una escuadra de Claudio, informado de este suceso, desembarcó algunas tropas, y logró ventajas de los palmirenos. Este triunfo no fue de larga duracion: Zabdas reunió su ejército, dió batalla á Probato, y le venció y mató. Desde entonces hasta el reinado de Aureliano, todo Egipto reconoció las leyes de Cenobia; á la cual se daba el nombre de reina del oriente, y sus hijos llevaban la corona y el título de emperadores romanos. Au-

reliano, triunfando de los ostáculos que los bárbaros oponian á su marcha, atravesó combatiendo la Esclavonia y la Tracia: se detuvo algunos dias en Bizancio, y desembarcó en el Asia menor al frente de un poderoso ejército. Hízose dueño con facilidad de toda la Bitinia, donde Cenobia no tenia mas que un partido débil. Capadocia se le sometió, escepto la ciudad de Tiana que le cerró las puertas; pero uno de los habitantes, traidor á sus conciudadanos, introdujo en ellas las tropas romanas. Aureliano se aprovechó de la perfidia; pero envió al suplicio á quien le habia servido tan bien. Los de Tiana estaban en la mayor consternacion, porque el emperador habia jurado arruinarla. Sin embargo, no lo hizo, y escribió al senado que la sombra de Apolonio se le habia aparecido y desarmado su cólera.

Aureliano encontró cerca de Antioquía en las riberas del Orontes el ejército de Cenobia, cuya principal fuerza consis-

tia en caballería armada de todas armas, que se juzgaba superior á la de los romanos. El emperador para vencerla usó de ardid: mandó á los suyos que huyesen, y los ginetes palmirenos los persiguieron con ardor imprudente. Cuando los vió fatigados por una carrera muy larga, y por el peso de sus armas, los acometió con tropas de refresco, y los desbarató y ahuyentó fácilmente. Esta primer victoria intimidó á los palmirenos: evacuaron á Antioquía y se retiraron á Emesa. Cenobia esperaba en aquel punto á los romanos al frente de setenta mil hombres, mandados bajo sus órdenes, por Zabdas, cuyas banderas habia seguido la victoria hasta entonces. La suerte del imperio estaba pendiente de la batalla, que fue larga, sangrienta y terrible. Ambos gefes tenian que sostener su gloria, que era grande, y se mostraron iguales á ella. Aureliano, indignado de que una muger le disputase el imperio, acometió con furor. Cenobia alentando sus tropas con su presencia, ad-

mirabá á sus enemigos por su valor, y les hacia olvidar su sexo. Al principio la fortuna le fue favorable: su caballería derrotó á la de Aureliano; pero demasiado ardiente en seguir el alcance, desguarneció los flancos de la infantería siria. Las legiones, aprovechándose de este yerro, penetraron en las filas enemigas: en vano Zabdas y Cenobia, peleando como soldados, intentaron retardar la derrota: las tropas asiáticas nunca resistieron con buen écsito á los belicosos soldados de Europa. La reina vencida perdió la mayor parte de sus tropas, y se encerró en Palmira. El emperador, adicto desde su infancia al culto del sol, atribuyó la victoria á la proteccion de este dios: le ofreció sacrificios en Emesa, y el ídolo del infame Heliogábalo recibió inciensos de Aureliano. La severidad con que habia castigado en Roma, difundia en Asia el terror de su nombre. Su dulzura sorprendió mas, por menos esperada. La política triunfó de la inclinacion, y no

se ensangrentó con los partidarios de Cenobia en Antioquía, sino atribuyó su defeccion á la necesidad. De este modo afirmó su poder con la clemencia. Habiendo debido el triunfo á su rapidez, no quiso dejar á la reina de oriente tiempo para rehacerse de su pérdida, y reunir nuevas fuerzas. Persiguióla pues sin intermision; pero su marcha fue retardada frecuentemente por los árabes beduinos, igualmente prontos para el ataque y la defensa. Costeábanle sin cesar, cogian sus destacamentos, le quitában los víveres, le robaban los bagages, y desaparecian antes de que pudiese reunir sus fuerzas para escarmentarlos.

Aureliano, infatigable, continuó su camino peleando cada dia con nuevos enjambres de bárbaros, y á pesar de los ostáculos que le oponia su número, el calor del clima, la aridez de los desiertos, y la dificultad de adquirir víveres, llegó al pie de los muros de Palmira, y la sitió. Esta ciudad, cuyo nombre orien-

tal es Tadmor, fue edificada por Salomon en un terreno fértil, que se halla en el desierto de Siria, como una isla de árboles y flores enmedio de un mar de arena. Diósele el nombre de Palmira por el gran número de palmeros, que con su sombra templaban la aridez del clima. Su territorio, regado por muchas fuentes, producia en abundancia granos y frutos. Situada entre el imperio romano y el de los persas, y separada de entrambos por desiertos, estaba ligada á ellos con el vínculo del comercio. Independiente por su posicion, y esenta de miras ambiciosas, fue muchos años libre, feliz y opulenta. La neutralidad que los partos y romanos le permitieron guardar, aumentó su poblacion y riqueza: la paz y el dinero le proporcionaron artes de lujo, palacios elegantes, grandes pórticos y templos magníficos; y sus ruinas llaman aun la atencion de los viageros. Trajano, cuya ambicion no podia ser contenida sino por los límites del mundo, so-

metió este pais. Odenato, al frente de los sarracenos, lo recuperó y ennobleció: Cenobia llevó al mas alto grado su gloria y sus calamidades. Palmira, capital del oriente por las conquistas de su reina, compitió un momento con Roma, y pagó caro este esplendor efímero, á costa de la prosperidad de muchos siglos. Pocos meses bastaron para reducir su grandeza ilusoria á solo un nombre y ruinas. Era ya el último asilo de Cenobia, y resistió por mucho tiempo á los señores del mundo. La reina inspiraba á los habitantes un valor ostinado. En los primeros ataques fue herido el emperador de una flecha; entonces escribia al senado: «El pueblo de Roma habla con desprecio de la guerra que hago á una muger, porque no conoce el carácter ni el talento de Cenobia. Los recursos que ha juntado para defenderse son inmensos: Palmira no es mas que un arsenal de espadas, dardos, piedras y armas de toda especie. Sus murallas estan guarnecidas de balistas y ca-

tapultas: ótras máquinas arrojan continuamente fuego sobre nosotros. La desesperacion de Cenobia aumenta el valor de tódos; y si espero triunfar, es solo por la proteccion de los dioses tutelares de Roma, que hasta ahora han favorecido nuestras armas.»

Mas parece que Aureliano no confiaba de todo punto en esta proteccion; pues incierto del triunfo, abrió negociaciones y ofreció á la reina de Palmira una paz honrosa, si se sometia y abandonaba sus pretensiones al imperio. Proponiale un retiro pacífico é independiente, y á los palmirenos la conservacion de sus privilegios. La altiva Cenobia le respondió así: «Cenobia, reina de Oriente, á Aureliano Augusto. No con escritos sino con las armas has de lograr la sumision que ecsiges. No olvides que Cleopatra prefirió la muerte á la servidumbre. Los sarracenos, persas y armenios marchan en mi socorro: ¿qué harás contra sus fuerzas y las mias, cuando los ladrones

árabes te han asustado mas de una vez? En viéndome marchar contra tí al frente de mis tropas y aliados, dejarás de enviarme órdenes tan insolentes.» Esta respuesta quitó al emperador toda esperanza de persuadir á la reina la capitulacion, y estrechó el sitio; mas no pudo triunfar con la fuerza del valor de la guarnicion. Informado de que los persas llegaban, les salió al encuentro, y los derrotó en batalla campal: sus tesoros, prodigados con oportunidad, sedujeron á los sarracenos y armenios, y los atrajeron á su partido. Palmira, privada de socorro, se defendió aun largo tiempo; pero una hambre espantosa dió fin á la resistencia de Cenobia. No esperando ya defender su capital, quiso por lo menos libertarse del cautiverio. Montada en un camello muy ligero, que llevaba ademas sus pedrerías, y favorecida por la oscuridad de la noche, engañó la vigilancia de los puestos romanos, y llegó al Eufrates para buscar asilo en Persia; pero Aureliano,

informado de su fuga, la hizo seguir por un cuerpo de caballería que la alcanzó en el momento de embarcarse para pasar el rio. Cuando la ilustre cautiva fue presentada á su vencedor, le afeó este haber insultado con tanta temeridad el poder de los emperadores romanos. «A ti, le dijo ella, te reconozco por augusto; pero Galieno y sus iguales no me han parecido dignos del trono que dejaban arruinarse, y que yo he sostenido.»

Aureliano, dueño de Palmira, que imploró su clemencia, concedió la vida á los habitantes, pero los despojó de sus bienes. Pasó á Emesa, y sometió al juicio de un tribunal la conducta de Cenobia y de sus partidarios. Los soldados romanos pedian con furor la muerte de la reina. Zozimo dice, que Cenobia, cediendo entonces al esceso de su infortunio, y desmintiendo la firmeza anterior, compró la vida con una infamia, echó la culpa á sus ministros de los yerros de su ambicion, y entregó á Longi-

no á la muerte, acusándole de haber escrito la carta ya citada, cuyo lenguage altanero irritó á Aureliano. Vopisco cree con mas probabilidad, que la reina debió su vida á la generosidad del emperador, el cual resistió á los clamores de sus soldados, teniendo por indecoroso mancillar su victoria con la sangre de una muger vencida. Lo cierto es, que Longino pereció, y que Cenobia, perdiendo con el trono su carácter, no sostuvo la firmeza de sus resoluciones, y fue ornamento del triunfo de Aureliano. Su hijo Valabat la acompañó en el cautiverio: los otros dos murieron, no se sabe si de muerte natural ó violenta. Cuando el emperador llegó á Antioquía, supo que los palmirenos, sublevados por un pariente de Cenobia, tomaban de nuevo las armas. Obligado á vencerlos otra vez, se entregó á toda la violencia de su carácter; y habiendo tomado por asalto aquella infeliz ciudad, hizo pasar á cuchillo todos los habitantes, sin per-

donar á niños ni á ancianos. Firmo, partidario de Cenobia, que habia adquirido en Egipto grandes riquezas por el comercio, acababa de escitar los egipcios á la rebelion levantando tropas, y tomando el título de augusto: Aureliano marchó contra él, le venció, le sitió en Alejandría, le hizo prisionero, y mandó matarle con horribles tormentos. La carta que escribió al senado para informarle de esta victoria, prueba hasta qué punto el pueblo romano, sumergido en la molicie, habia decaido de su gloria y dignidad. «Padres conscriptos, decia, yo libertaré á Roma de toda inquietud: entreteneos con juegos, espectáculos, carreras y combates del circo. El interés público es mi ocupacion: los placeres la vuestra.»

Dueño del oriente, solo le restaba someter á Tétrico, que por muchos años gobernaba las Galias, la Britannia y la España. Esta guerra contra pueblos mas belicosos que los asiáticos, era mas

peligrosa y difícil; pero la fortuna, que le favorecia, le libró de un competidor formidable. Tétrico habia obtenido la púrpura, y estaba disgustado de ella: el carácter inconstante de los galos, sus alborotos y conspiraciones frecuentes, las invasiones de los bárbaros, que se renovaban cada año, las fatigas de la guerra y los cuidados del trono, le obligaban á echar menos la dulzura de la vida privada. Mirando á Aureliano mas bien como á libertador que como á rival, le escribió rogándole que rompiese las brillantes cadenas con las cuales estaba atado á un trono aborrecido. Deseaba en efecto evitar las desgracias de una guerra civil, y restituir al imperio con su abdicacion la paz, la unidad y la fuerza. Pero los grandes, los pueblos y las legiones no consintieron en ello, y le obligaron á reinar y á pelear contra su voluntad. Despues de algunos reencuentros con suceso vario, los dos ejércitos se hallaron uno enfrente de otro en las llanuras

cataláunicas. Tétrico, habiendo hecho vanos esfuerzos para persuadir á los suyos á un convenio, los abandonó la noche antes de la accion, y huyendo la grandeza con mas ansia que la habia solicitado, vino á rendirse á Aureliano, y á entregarle el poder que sostuvo con sobrada gloria, para que al dejarlo se le pudiese acusar de cobardía. Su fuga no alteró en nada la resolucion pertinaz de sus tropas. Los galos, con la esperanza de ser independientes de Roma, pelearon con el mayor valor; pero Aureliano triunfó de su resistencia, y los obligó á someterse. Los britannos y españoles depusieron las armas, y el emperador, conquistado el oriente y pacificado el occidente, entró triunfante en Roma. Adornaban su triunfo cautivos bactrianos, sarracenos, godos, alanos, francos, vándalos y persas. Veianse los carros de Sapor, de Odenato y del rey de los godos. El de Aureliano era tirado por cuatro ciervos. Tétrico y su hijo, revestidos de

ornamentos imperiales, le seguian á pie. Pero la vista de todos se dirigia con admiracion y lástima á la ilustre y desgraciada Cenobia. Llevaba diadema en su cabeza: las manos atadas con una cadena de oro: muchos esclavos sostenian su vestido tan cargado de pedrerías, que apenas le era posible andar. Despues de haber sufrido este tormento, mas cruel que la muerte para una reina, se retiró á una posesion de Italia que el emperador le dió. Mas adelante vivió en Roma como una matrona; y aun hay quien dice que casó con un senador. San Gerónimo, que floreció mas de un siglo despues, conoció á sus descendientes. Su hijo Valabat obtuvo un principado en Armenia. Aureliano confió á Tétrico una provincia de Italia, y le dijo un dia riéndose: «Compañero, ¿no es mejor mandar en una ciudad cercana á Roma que ser emperador en las Galias?» Vencedor de sus rivales y de los bárbaros, restaurador del imperio, cuyos miembros disuel-

tos habia juntado; siempre activo en la paz como en las batallas, se dedicó á corregir la lentitud de los juicios, castigar á los concusionarios y reprimir el escándalo de las costumbres públicas. Los falsos monederos eran entonces tan numerosos, que perseguidos por el emperador, formaron un cuerpo de ejército con sus agentes y cómplices, y bajo las órdenes de Felicísimo, su gefe, opusieron tal resistencia, que costó la vida á mas de mil soldados su derrota y castigo. Aureliano, adicto al culto supersticioso de los ídolos, persiguió á los cristianos. Al principio de su reinado se celebraba la templanza y sencillez de sus costumbres: su palacio no tenia mas fausto que su campamento; pero despues de sus conquistas, embriagado por el orgullo, y subyugado por los placeres del oriente, que han pervertido á tantos héroes, ostentó en Roma un lujo asiático; y burlándose de las antiguas preocupaciones del pueblo romano, fue el primero

que ciñó de diadema su frente. Su justicia inspiraba respeto, sus talentos estimacion, y su severidad temor. Admirábanle, mas no le amaban; y no tardó en esperimentar, que el amor de los pueblos defiende mejor la vida de los príncipes que las espadas de sus guardias. Un nuevo armamento de los persas le obligó á marchar contra ellos. Al llegar á Tracia supo que su liberto Mnesteo, abusando de su confianza, habia cometido escesos reprensibles. Irritado contra él, le amenazó con el castigo merecido. Mnesteo conocia demasiado al emperador para ignorar que sus golpes no se tardaban mucho despues del amago, y determinó matarle para salvarse. Falseó su firma, la puso bajo una lista de proscripcion, en la cual incluyó á los primeros oficiales del ejército, y la mostró á ellos. Conspiraron contra el príncipe, se aprovecharon de un momento en que pasaba junto á Bizancio con poca guardia, y lo asesinaron á los sesenta y tres

años de su edad y cinco de su reinado. Político hábil, soldado intrépido, gran capitan, administrador rígido, fue mas digno de elogio que de afecto. Los autores satíricos de su tiempo decian que no se podia haber elegido mejor médico para curar los males del imperio; pero que recetaba con demasiada frecuencia la sangría. En un siglo de corrupcion, y enmedio de las calamidades de la anarquía militar, acaso no era posible contener sino por el miedo á tantos ambiciosos que se burlaban de la virtud y de las leyes. Rigoroso para los grandes, fue suave y clemente para el pueblo, satisfizo con generosidad sus necesidades, y ademas de las distribuciones acostumbradas de trigo y de dinero, hizo frecuentemente otras de vino, carne y géneros para vestir. «El pueblo, decia, bien alimentado y bien vestido, está mas alegre y mas fácil de gobernar.» Sus beneficios se estendieron á las provincias, reparó sus pérdidas, y reedificó sus ciu-

dades : fundó á Divioduno, hoy Dijon : levantó las murallas de la antigua Genabo, y le dió su nombre, conservado hasta el dia en el de Orleans. El defecto del orgullo no ha podido borrar la gloria de un hombre que salvó su patria, desmembrada por treinta tiranos é invadida de los bárbaros. El imperio, cuyas partes divididas reunió Aureliano, volvió á erigirse sobre su base antigua, y espantó al universo, admirado de su grandeza y de su poder.

CAPITULO XX.

Tácito. Probo. Caro. Carino y Numeriano. Diocleciano y Maximiano.

Tácito, emperador. Probo, emperador. Paz con Varanes II, rey de los persas. Sublevaciones de Saturnino, Bonoso y Próculo. Caro, emperador. Carino y Numeriano, emperadores. Diocleciano y Maximiano, emperadores. Guerra en las Galias. Victorias contra los bárbaros del norte. Constancio Cloro y Galerio, césares. Victorias de Constancio contra los germanos. Reconquista de la Britannia. Persecucion de Diocleciano.

TÁCITO, *emperador*. (275.) La traicion de Mnesteo no tardó en descubrir-

se, y el ejército enfurecido le entregó á las fieras. La muerte de Aureliano desarmó la envidia, se olvidó su severidad para acordarse solo de su heroismo. Los soldados que tantas veces guió á la victoria, le erigieron un túmulo y un templo en el mismo sitio donde habia perecido. El pueblo lloró su pérdida: el senado, que le temblaba en el trono, le puso con alegría en el número de los dioses. Desde la caida de la república, los ejércitos disputaron siempre al senado y al pueblo el derecho de disponer del trono; pero en esta ocasion la disputa fue muy al contrario; porque todos temian la discordia civil y la anarquía militar. Los gefes del ejército convinieron unánimemente en dejar al senado el nombramiento del nuevo emperador; y el senado, convencido de que la corona es un honor ilusorio si no está sostenida por la fuerza, temió hacer una eleccion desagradable á las tropas, y pidió al ejército que diese un príncipe al imperio.

Esta deferencia mútua se prolongó ocho meses, y lo que es aun mas singular, en este interregno no hubo ningun desórden que turbase la paz general, como si la terrible sombra de Aureliano mantuviese el órden, enfrenase las facciones y esigiese la sumision desde el sepulcro.

En fin, el cónsul Cornificio Gordiano representó á los senadores que no podia quedar mas tiempo el imperio sin gefe, estando amenazadas por los bárbaros todas las fronteras, y nombraron unánimemente á Tácito, varon consular y anciano respetable. Se habia distinguido en su juventud por su valor, en su edad madura por su prudencia: su carácter era grave y benigno: su espíritu ilustrado y modesto: sus costumbres puras y sencillas. Rehusó mucho el gravámen del imperio. «Padres conscriptos, decia, temed, si elegis un viejo, causar desgracias al imperio, y á mí un fin trágico que he podido evitar hasta ahora, ó por mi fortuna, ó por mi prudencia.» «La e-

leccion del senado, le respondió Mecio Falconio, prueba su sabiduría. Tu edad nos asegura que gobernarás como padre: tu esperiencia evitará las medidas violentas é inconsideradas; y estamos seguros, ó Tácito, de que harás siempre lo que habrias aconsejado á los príncipes bajo cuyo imperio has vivido. Acuérdate que Severo decia: *no son los pies los que mandan, sino la cabeza*: tenemos necesidad no de tu cuerpo, sino de tu alma, y esta nunca envejece. Reina, pues; mas te aconsejo que no des á tus hijos el título de césar: sean herederos de tu patrimonio, no del imperio. No dispongas del senado y pueblo romano como de tus esclavos y granjas. Imita á Nerva, á Trajano, á Adriano: elige y adopta un sucesor digno de tí y de nosotros: prefiere el bien del estado al de tu familia.» Tácito se sometió y aceptó la corona. Elio, prefecto del pretorio, le condujo al campo de Marte, donde los pretorianos y el pueblo estaban reuni-

dos. «Ciudadanos y soldados, dijo, el senado os propone por emperador al ilustre Tácito: despues de habernos ilustrado con sus consejos, va á gobernarnos con sus leyes.» El emperador probó su agradecimiento al senado restituyéndole su dignidad y las atribuciones que Augusto le habia dejado con el derecho de hacer la paz y la guerra, de recibir embajadas y de nombrar los gobernadores de la mayor parte de las provincias. El senado, demasiado orgulloso por este triunfo precario, manifestó imprudentemente la alegría que le causaba una revolucion mas brillante que sólida; y escribió á los senados de Cartago, Treviros, Antioquía, Mediolano, Corinto y Atenas: «Esta mudanza anuncia otra favorable para vosotros; porque si queremos recobrar los antiguos derechos, es para restituiros y sostener los vuestros.» Pero esta retrogradacion á los principios republicanos duró poco. Las costumbres públicas no la sostenian; ni

tuvo mas origen que la moderacion de los gefes del ejército, cuya ambicion no podia adormecerse por mucho tiempo. Tácito, en los pocos meses que reinó, justificó las esperanzas que habia dado y las promesas que habia hecho. Oyó los consejos del senado, puso en órden la confusa multiplicidad de las leyes, mantuvo la justicia sin rigor ni debilidad, castigó á los monederos falsos, destruyó las casas de prostitucion, reprimió los escesos del lujo; y en lugar de enriquecerse con los caudales públicos, dió al erario cinco millones de su propio dinero. Solicitó el consulado para su hermano Floriano; y cuando supo que los senadores le habian negado los votos, dijo con serenidad: «Eso prueba que los senadores conocen bien al príncipe que han elegido.» Los escitas y godos, volviendo á sus incursiones, ocuparon el Ponto, la Cilicia y la Capadocia. Tácito, atento mas á su obligacion que á su edad, salió de Roma y se puso al frente

del ejército, el cual confirmó la eleccion del senado, no tanto por honor al príncipe como para recordar sus propias pretensiones (1). El emperador atacó á los bárbaros, los venció en muchos reencuentros, y los echó de Asia. Indulgente con las debilidades, é inflecsible para el crímen, castigó con el último suplicio á los cómplices en la muerte de Aureliano.

---

(1) *Estas no eran tan injustas como parecen á primera vista. Augusto, queriendo fundar la monarquía con nombres é instituciones republicanas, mandaba el senado como* príncipe: *dirigia el pueblo, y era inviolable como* tribuno; *y gobernaba los ejércitos como* imperator. *Ahora bien, este título en tiempo de la república lo daban esclusivamente las tropas. Todo el mal nacia, de que el fundador del imperio, ó deseando ejercer un poder mayor reasumiendo todas las autoridades, ó escarmentado con la catástrofe de César, ó no quiso ó no se atrevió á cimentar su trono sobre instituciones monárquicas. (N. del T.)*

Confió el gobierno de Siria á uno de sus parientes llamado Maximino, y este hombre ambicioso y avariento, en vez de justificar la eleccion con su conducta, se hizo tan odioso al pueblo y á las tropas, que le dieron muerte en una sedicion: Tácito quiso castigar á los delincuentes: su severidad desagradó á muchos oficiales, que conspiraron contra él, y le dieron de puñaladas en Tiana, á los cincuenta y seis años de su edad, y seis meses de reinado. Este príncipe que gobernó segun las leyes, no hubiera temido el juicio severo del historiador del mismo nombre, del cual se gloriaba descender, y cuyas obras hizo copiar para ponerlas en todas las bibliotecas del imperio. Fue amante de las letras, y las protegió y cultivó. Ningun acto arbitrario mancilló su virtud: respetó la autoridad del senado y la libertad del pueblo; y si Aureliano levantó el imperio caido, se puede decir que Tácito resucitó por algunos momentos la república.

Probo, emperador. (276.) Despues de la muerte de Tácito se vió que la moderacion de los ejércitos, producida por el cansancio de las discordias civiles, era solo momentánea. Los principales oficiales de las tropas que habia en Capadocia, se convinieron entre sí, reunieron las legiones, y les representaron la necesidad de elegir un emperador digno de reunir los votos de todos por su valor, justicia, esperiencia y *probidad*. Apenas los soldados oyeron esta última palabra, gritaron todos: « Queremos á Probo por emperador.» Esta aclamacion unánime fue á un mismo tiempo su elogio y el aplauso de su elevacion. Probo que á la sazon tenia cuarenta y cuatro años, habia nacido de una familia oscura en Pannonia. Su padre era labrador, y el hijo empleó su primera juventud en cultivar la tierra que la suerte le destinaba á gobernar. Arrancado de esta vida pacífica por las leyes militares, debió los ascensos á su valor. Forzaba los atrinchera-

mientos enemigos, subia el primero á las murallas en los asaltos, derribaba con su espada á los contrarios mas insignes por su fuerza y valor. En un combate libertó de las manos de los bárbaros á Valerio Flaco, su general, pariente de Valeriano. Dió muerte en singular batalla á Aradion, célebre en el Africa por su intrepidez, y honró al vencido erigiéndole un monumento. Por estas hazañas adquirió el renombre de *el romano mas valiente*. Coronas cívicas, brazaletes, collares de oro, nobles premios de su valor, fueron muchos años su única riqueza: rehusaba su parte de botin, y sus compañeros tuvieron casi que usar de violencia para hacerle aceptar un soberbio caballo que habian cogido al rey de los alanos. Valeriano, cuyo talento principal consistia en discernir el mérito y ensalzarlo, le dió el grado de tribuno, y le escribió esta carta honrosa: «Aunque te doy el premio debido á tus servicios y acciones, eres tan pronto en merecer,

como lento yo en premiar.» Sus talentos, firmeza, é incorruptible justicia obligaron aun al mismo Galieno á tenerle miramiento y cierta especie de veneracion. Aureliano le concedió su confianza, le destinó á empleos importantes, y previó su elevacion futura. Un dia le escribió: «Recibe en señal de mi aprecio el mando de la décima legion, que en otro tiempo me confió Claudio. Este cuerpo es feliz: parece que su hado es tener por gefes á los que despues han de ser emperadores.» En fin, cuando el virtuoso y modesto Tácito rehusaba la corona, propuso al senado que la confiase al vigor y á la rectitud de Probo. Los ambiciosos sin talento no ven mas que las ventajas y fruiciones del poder supremo: Probo solo conocia sus deberes, penas y peligros; y asi, en vez de dar gracias al ejército por su eleccion, intentó rehusar el imperio. «Soldados, les dijo, mirad lo que haceis. Si esperais en mí un gefe que favorezca vuestras pasiones;

autorice la licencia, y permita la ociosidad, os engañais. Si persistís en quererme por emperador, os declaro que seré inflecsible contra los vicios y delitos, que os ocuparé constantemente en pelear ó en trabajar; y en fin, que sabré restituir su vigor á la antigua disciplina.» La austeridad de sus palabras no mudó la opinion, y con gritos unánimes le obligaron á aceptar la dignidad suprema.

Al mismo tiempo otro ejército enviado contra los godos, y acampado cerca de Bizancio, eligió por emperador á su general Floriano, hermano de Tácito, y su nombramiento fue confirmado en Roma por el senado y el pueblo. Floriano, atento á su interes mas que al bien del estado, concluyó una paz desventajosa con los godos, dándoles dinero porque se retirasen, y marchó contra Probo. Despues de algunas acciones poco importantes, los soldados de Floriano se rebelaron y le dieron muerte. Probo, li-

bre de este rival, escribió al senado, reconoció su autoridad y sus derechos, le aseguró que no habia tomado la púrpura sino obligado, y que se someteria respetuosamente al emperador que nombrasen los senadores. Esta deferencia modesta les causó mayor satisfaccion, porque asi parecia que daban lo que no podian negar: el cónsul Manlio Emilio fue universalmente aplaudido cuando propuso que se confirmase la eleccion del ejército, y redactó el decreto en estos términos: «El senado espera que Probo gobernará la república del mismo modo que la ha servido.» El emperador llevó todavía mas lejos que Tácito su respeto á la primera corporacion del imperio: le abandonó sin restriccion toda la administracion, reservándose solo el mando de los ejércitos, y aun sometió á la revision del senado las sentencias y decisiones dadas por los duques *(duces)*, que eran los comandantes militares de las provincias. Señaló el principio de su rei-

nado con dos actos, uno de justicia, y otro de generosidad: envió al suplicio á los homicidas de Tácito, y concedió completa amnistía á los partidarios de Floriano. Mas atento á cumplir los deberes del trono que á gozar en Roma de su esplendor, llevó el ejército á la Galia. Los pueblos confederados del norte germánico, conocidos con los nombres de francos, vándalos y burgundiones, despues de talar una parte de la Céltica, intentaban establecerse en esta provincia. Probo, tan rápido como César, los atacó y venció á unos despues de otros, recobró setenta ciudades, ganó tres batallas campales, y habiéndolos arrojado mas allá del Rhin, y muerto mas de cuatrocientos mil hombres, los persiguió en Germania, entregó su pais al pillage, les quitó el fruto de sus rapiñas, castigó sus bárbaros escesos, poniendo en precio sus cabezas, y los obligó á deponer las armas y someterse: «Padres conscriptos, escribió al senado, solo hemos de-

jado á los vencidos un suelo raso. Sus riquezas son nuestras: sus bueyes nos laborean las tierras: sus rebaños alimentan á las legiones: sus criaderos remontan nuestra caballería, y nuestros almacenes estan llenos de sus granos. Los dioses se han dignado de confirmar el juicio que hicisteis de mí: nueve reyes se han prosternado á mis pies, ó por mejor decir á los vuestros. La Galia está libre, la Germania subyugada: ordenad pues solemnes acciones de gracias á las deidades.»

El reconocimiento de las ciudades galas, libertadas por su valor, le ofreció un gran número de coronas de oro; y él las envió al senado, y las consagró á Júpiter. Vuelto á Roma, llenó los deberes del consulado con la atencion, justicia y sencillez de un antiguo romano. Al año siguiente marchó á Iliria, provincia que devastaban los sármatas, y los venció y arrojó del pais. El terror de su nombre hizo huir á los godos de la Tracia, antes que los acometiese.

Paz con Varanes II, rey de los persas. (279.) La victoria seguia sus banderas. Los belicosos isauros, habitantes de las montañas de Cilicia, le opusieron mas resistencia. En otro tiempo habian dado materia para los triunfos de Servilio y del gran Pompeyo, despues de haber hecho temblar á Roma con sus armadas. Aprovechándose de los desórdenes del imperio, recobraron su antigua independencia y osadía, talaron la Panfilia y la Lidia, y recorrieron la tierra como ladrones, y el mar como piratas. Probo triunfó de ellos, mató á Lidio, su gefe, los persiguió hasta sus cavernas, y los obligó con su ostinada persecucion á entregarle sus fortalezas y á someterse. Los blemmies, pueblo etiópico, desconocido hasta entonces, esparcian el terror en Egipto, y se habian apoderado de Cóftos y Ptolemaida, ciudades del territorio de Tebas. Fueron subyugados por los generales de Probo.

Faltaba á la gloria del emperador a-

batir el orgullo de los persas, enemigos eternos de Roma, y que aun conservaban la Armenia. Probo marchó contra ellos al frente de su ejército. El rey Varanes II le envió una embajada, esperando templarle con sus presentes, y amedrentarle con el aparato de su potencia. Los embajadores hallaron á Probo sentado en la yerba, vestido de una casaca sencilla y cubierta la cabeza con un gorro de lana. Una menestra de guisantes y algunos trozos de carne salada eran los platos de su mesa frugal, y convidó á los orgullosos sátrapas á esta miserable comida. Si la sencillez del gefe romano los sorprendió, la altanería amenazadora de sus palabras los hizo temblar. «Decid á vuestro amo, les dijo, quitándose el gorro y presentando una frente calvísima, que si no repara todos los agravios y nos restituye cuanto ha tomado, dejaré su reino tan raso como está mi cabeza. No quiero vuestros regalos: esa pequeña parte de vuestras riquezas nos es inútil. Seremos dueños de to-

das cuando queramos.» Varanes, espantado de la relacion de sus embajadores, vino en persona á conferenciar con Probo, y concluyó la paz sometiéndose á todas las condiciones que se le prescribieron. Pacificado el oriente, quiso el emperador volver á poblar la Macedonia, la Tracia y el Ponto, devastadas sucesivamente por los alanos, sarracenos y godos, y aun por los romanos, y envió colonias á aquellos paises, compuestas de prisioneros francos, borgoñones, vándalos y bastarnas. Esperaba servirse útilmente de estos bárbaros, alejándolos de su patria y diseminándolos en los ejércitos y provincias. «Valgámonos de ellos, decia, sin que lo sientan.» Todos le obedecieron: solamente los francos engañaron sus esperanzas con un atrevimiento que pareceria increible, si la historia posterior de este pueblo no mostrase que estaba destinado á recorrer el mundo, á vencerlo y á perder lo conquistado. Esta tropa temeraria formaba una colonia en el Ponto: reúne-

se, toma las armas, atraviesa el Bósforo, entra en el mar Egéo, tala las costas de Asia y de Grecia, desembarca en Sicilia, saquea á Siracusa, sufre una derrota cerca de Cartago, en la cual pierde la mitad de sus fuerzas sin perder su valor, pasa el estrecho, adquiere subsistencias en todas partes á fuerza de armas, costea la España y la Galia, entra en el Rhin, y cargada de botin y de gloria vuelve á ver el suelo natal. Esta Odisea de los primeros franceses merece un Homero.

Sublevaciones de Saturnino, Bonoso y Próculo. (280.) Probo podia paliar los males del estado, pero no curarlos, como no se cura la decrepitud. El imperio romano minado por la riqueza, la corrupcion y los vicios, se abria y desplomaba por todas partes, á pesar de los esfuerzos de algunos grandes hombres que sostenian, como puntales, muy dificilmente el techo de este antiguo y colosal edificio. Las legiones que se hallaban en Egipto, cansadas de un gefe que com-

primia la licencia y conservaba el órden, se rebelaron y eligieron por emperador á Saturnino, su general. En vano rehusó este honor peligroso, y respondió á las aclamaciones estas solas palabras: «Creais inútilmente un emperador, y privais á la república de un general útil.» El ejército persistió en nombrarle, y Saturnino huyendo del trono, buscó un asilo en Fenicia. Los rebeldes le persiguieron allí, y le obligaron á reinar. Probo le ofreció el perdon si se sometia, y él deseaba hacerlo; pero sus tropas no consintieron en ello, y le forzaron á pelear. Fue vencido y muerto cerca de Apamea, y el emperador sintió mucho su pérdida. Otra rebelion hubo en Galia y Germania, donde Bonoso y Próculo vistieron la púrpura imperial. El primero no tenia mas mérito para los soldados que beber con esceso: el otro habia nacido entre los francos, se jactaba de ser igual á Hércules, y solo le imitaba en la inconstancia de su disolucion. Entrambos fueron ven-

cidos. Bonoso se ahorcó de un árbol, y Probo le compuso este epitafio satírico: *Aquí pende un cuero, y no un hombre.* Los germanos mismos entregaron á Próculo, y fue enviado al suplicio. Los bárbaros, valiéndose de esta guerra, se rebelaron en Tracia: Probo los venció y dispersó, y volvió á Roma á gozar del triunfo merecido.

Este gran príncipe creia con razon que la ociosidad era la fuente de casi todos los desórdenes del imperio; y asi, durante la paz, ocupó los soldados en grandes obras, abrió canales, reparó caminos, é hizo plantar en Pannonia, España y Galia viñas, cuyo cultivo habia estado prohibido hasta entonces en aquellos paises. Los vinos famosos que alimentan hoy el lujo de los Apicios modernos, deben su origen al mas frugal de los emperadores romanos.

Varanes, rey de Persia, débil al aspecto del peligro, recobró su audacia cuando estuvo lejos, y amenazó de nue-

vo la Armenia. El emperador salió de Roma contra él; y al llegar á Pannonia, quiso en obsequio de su patria, que los soldados secasen las lagunas, cuyo aire mal sano infestaba las cercanías de Sirmio. Hasta entonces su severidad, infundiendo respeto, habia mantenido su poder; pero en aquella ocasion, llevándola quizá al estremo, fatigó y sublevó las tropas. El castigo irritó los ánimos: una sedicion estalló, y algunos de los facciosos, ciegos de rabia, mataron á puñaladas á este gran príncipe que les habia restituido su gloria. Murió á los cincuenta años de edad, y seis de reinado. El ejército no tardó en llorar su pérdida. Consternado por el crimen cometido, erigió un monumento á su víctima con este epitafio: «Aquí yace el emperador Probo. Derribó á todos los usurpadores, triunfó de todos los bárbaros; y fue digno de su nombre por su probidad.»

Caro, emperador. (282.) Probo se pareció á Valeriano y á todos los gran-

dos príncipes en la habilidad de sus elecciones, no consultando al favor ó á la lisonja, sino al mérito y al bien público; y así, colocó al frente de las legiones guerreros de fama, de los cuales los mas notables, como Caro, Diocleciano, Maximiano, Constancio y Galerio, ascendieron sucesivamente al trono. El ejército de oriente eligió á Caro por emperador: este castigó á los homicidas de Probo, é informó al senado de su eleccion en una carta mas orgullosa que modesta: «Padres conscriptos, les decia, debeis aprobar una eleccion que recae sobre un individuo de vuestro órden. Mi conducta probará que debe preferirse el gobierno de un romano al de un estrangero.» Era natural de Narbona. Merecia mas estimacion por sus talentos que por su carácter. El senado dudó algun tiempo si confirmaria su eleccion, porque temia los vicios de Carino su hijo, jóven valiente, pero perverso y cruel, y tan vengativo, que dió la muerte á

muchos de sus antiguos compañeros de estudios porque le habian ganado el premio en las escuelas públicas. Su hermano Numeriano se mostraba en contraposicion suya benigno, ilustrado, modesto y merecedor del trono. Los ejercicios militares, el foro, la elocuencia, el estudio de los antiguos escritores y la poesía fueron sus primeros juegos y sus únicas ocupaciones. Se comparaban sus versos á los de Nemesiano, el mas estimado de los poetas de aquella época; y sus triunfos en la tribuna habian sido tales, que el senado le decretó una estátua, cuya inscripcion le concedia la palma de la elocuencia.

Despues de algunos debates se conformaron los senadores con el nombramiento del ejército. Caro marchó contra los sármatas que habian penetrado en Pannonia, los venció con muerte de diez y seis mil, y le hizo veinte mil prisioneros. Volvió á Roma, y despues de una corta mansion en la capital, habiendo

confiado á Carino el gobierno de las Galias y de España, pasó al oriente á pelear con los persas, debilitados por sus discordias civiles. Sus victorias fueron rápidas: tomó á Seleucia y Ctesifonte, y se apoderó de la Mesopotamia. El senado le concedió el nombre de *Pérsico*. El rey de los persas le envió una embajada para hacer la paz; y algunos historiadores le atribuyen la respuesta altanera y amenazadora que otros, á quienes hemos seguido, ponen en boca de su antecesor. Caro deseaba llevar adelante sus conquistas, y se preparaba á alejarse de las orillas del Tigris, despreciando un antiguo oráculo que prohibia á los romanos pasar mas allá de Ctesifonte. Caro pereció en esta empresa herido de un rayo, y su muerte dió mas fuerza á la supersticion. Una carta escrita al prefecto de Roma por Calpurnio, secretario del emperador, da á entender que Caro fue víctima, no del fuego celeste, sino de manos traidoras. «El emperador,

dice, estaba enfermo: levantóse repentinamente una tempestad horrible con relámpagos tan contínuos y truenos tan fuertes, que el terror general, confundiendo todo el ejército, cubrió de un velo impenetrable las circunstancias de la catástrofe. Cae un rayo, los esclavos gritan que ha muerto el emperador, y desesperados queman su tienda. Dicen que el rayo le hirió; pero es mas probable que murió de su enfermedad. El vulgo creyó lo primero; mas su hijo Numeriano y el historiador Vopisco atribuyeron su muerte á la ambicion de Aper, prefecto del pretorio, que lo asesinó con la esperanza de sucederle. El reinado de Caro duró siete meses, y no pudo dar á conocer ninguna otra cualidad de este príncipe sino el valor.

Carino y Numeriano, emperadores. Numeriano, á quien su padre habia dado el título de augusto, le sucedió, y dividió el trono con su hermano Carino. Enagenado por el dolor filial, abandonó

todo proyecto de conquista, concedió la paz á los persas, y se puso en marcha para Roma con el ejército. Este jóven, demasiado sensible, se entregó de tal modo á su pesar, que de las contínuas lágrimas le resultó una inflamacion en la vista, de manera que no podia mirar la luz. El ejército, continuando su marcha, atravesó la Siria y el Asia menor: en el centro de las columnas iba Numeriano en una litera enteramente cerrada para que la luz no le ofendiese. Arrio Aper, prefecto del pretorio y suegro suyo, mandaba las tropas. Este traidor, devorado de la sed de reinar, no podia ascender al trono sin cometer segundo crímen: dió de puñaladas por la noche á Numeriano, y tuvo oculta su muerte hasta que el hedor del cadáver descubrió el misterio de iniquidad. Apenas fue conocido el asesinato, lo fue tambien el asesino: Aper, de quien todos sospecharon, fue preso y encadenado en el frente de banderas, y el ejército, que

aborrecia y despreciaba á Carino, se reunió para nombrar un emperador.

Todos los votos se reunieron en favor de Diocleciano, soldado valiente, aunque de familia humilde. Por solo su mérito habia ascendido al primer grado del ejército, que era el de comandante de uno de los cuerpos de la guardia. Saludado emperador por la aclamacion general, sube al tribunal que le estaba preparado, saca la espada, jura por los dioses que es inocente en la muerte de Numeriano, y dirigiendo sus miradas á Aper, dice: «Ese es el autor del crímen.» A estas palabras baja de su silla, corre al traidor, y le sepulta la espada en el seno, repitiendo las palabras que Virgilio pone en boca del héroe troyano, despues de la muerte de Lauso: «Consuélate: has perecido á manos del grande Eneas.» Diocleciano, que siempre habia sido dueño de sí mismo, no cometió esta violencia sino por política, y para dar á su poder el apoyo de la su-

perstición, porque se sabia que en su juventud una druida gala le pronosticó que sería emperador cuando hubiese muerto á un jabalí. La palabra latina *Aper* es el nombre de este animal; y el nuevo césar, matando al asesino de Numeriano, afectó á un mismo tiempo castigar un crímen y cumplir un oráculo.

Diocleciano estableció su corte en Nicomedia. Carino, dueño de Roma, renovaba en aquella ciudad todas las infamias de Calígula, Neron y Heliogábalo: proscribia á los senadores mas distinguidos, inmolaba á los magistrados, y elevaba á los empleos mas altos los viles cómplices de su intemperancia. Su palacio estaba lleno de farsantes y cortesanas. En pocos dias se casó nueve veces. El valor fue la única prenda que le distinguió de los cobardes tiranos, cuyos pasos seguia, y solo era digno del trono cuando estaba al frente de las tropas.

Sabino Juliano fue proclamado emperador por algunas legiones. Carino

peleó con él cerca de Verona, y le mató con su propia mano. Sostuvo sus derechos vigorosamente contra Diocleciano, que atravesaba la Iliria para disputarle el imperio. Los dos ejércitos pelearon muchas veces en Pannonia con vario suceso, hasta que se dieron una batalla general cerca de Margo, en la cual quedó la victoria por Carino. Con esto aumentó su orgullo, y cobró osadía para mayores escesos. Muchos oficiales, cuyas mugeres habia ultrajado, sublevaron las tropas contra él, y le mataron. Así Carino compró la victoria con su valor, y la muerte con sus vicios. Murió el año 1035 de Roma, 283 de Jesucristo, habiendo reinado un año.

Diocleciano y Maximiano, emperadores. (283.) Desde que Roma, renunciando á los verdaderos fundamentos de su grandeza y poder, prodigó el título de ciudadano á los habitantes de los paises conquistados, mezcló sus familias con las de los estrangeros y recompensó

el valor de los bárbaros que la servian con el consulado y el mando de los ejércitos, habian ascendido al trono imperial un árabe y un dacio. Ultimamente un esclavo dálmata llegó á ser el señor de los romanos; y fundando un nuevo estado, destruyó los últimos vestigios de la república, y desmembró con errada política el mismo imperio que su valor y su fortuna habian reunido bajo su poder.

Diocleciano nació en Dioclea, village de Dalmacia, hijo de un esclavo del senador Aunulino. Su amo le dió libertad, y siguió la carrera de las armas, en la cual el valor y la suerte borran todas las desigualdades de la cuna. Su denuedo, prudencia, talento y habilidad le grangearon la estimacion de sus gefes. Corrió con rapidez todos los grados, y obtuvo, en fin, un destino, en parte civil y en parte militar, de aquellos que en las monarquías dan grande influencia, concediendo á sus poseedores libre

entrada al gabinete del príncipe. Los emperadores, cansados del espíritu sedicioso é inconstante de las cohortes pretorias, hacia algunos años que las alejaban de palacio, escepto un corto número, y las incorporaban en las legiones; confiando su seguridad á una nueva guardia compuesta de hombres adictos, que hacian esclusivamente el servicio en lo interior del palacio, con el nombre de *domésticos*, honroso en aquella época. Eran sus comandantes personas sumamente distinguidas que acompañaban siempre al emperador, segun la antigua costumbre, y que debian su elevacion á su lealtad. Llamábanse *cómites*, esto es, compañeros del príncipe: nombre que degeneró despues en el de *condes*. Estos ocupaban diferentes empleos en la corte, y cuando Numeriano murió, Diocleciano era *cómite de los domésticos*, esto es, comandante de la guardia interior. La lisonja de los historiadores paganos y la aversion de los cristianos han

ecsagerado igualmente las cualidades y defectos de este príncipe. Sería dificil formar de él una opinion justa, si se juzgara por estas historias escritas en el tono del panegírico y de la invectiva. Debe, pues, juzgársele por los acontecimientos de su reinado y por la conecsion y consecuencias de ellos, si se quiere tener alguna luz acerca de los verdaderos motivos de sus acciones. Diocleciano lo debió todo á sí mismo, y nada á su educacion. Sin letras, pero dotado de un espíritu perspicaz, de un genio y de un carácter vigoroso á un tiempo y flecsible, hábil en penetrar los designios de los otros y en ocultar los suyos, no poseyó mas que una ciencia, la mas útil á los hombres de estado, cual es la del corazon humano; y desde que penetró bien á los hombres, supo gobernarlos. Nunca tuvo mas objeto que su interés; y así, consolidó su poder á costa de la libertad y gloria de su patria. El talento de Diocleciano en concebir y ejecutar una

empresa grande, pero injusta, le dió derechos incontestables para la celebridad, mas no para la verdadera gloria, reservada esclusivamente á los que fundan su grandeza en la virtud.

El ejército de Italia temia las venganzas de Diocleciano; mas él lo sorprendió por su clemencia. Concedió amnistía completa á todos los partidarios de Carino, dejó sus destinos á los magistrados nombrados por este príncipe, y aun empleó en su palacio á la mayor parte de los oficiales. Esta suavidad inesperada, é hija de la mas diestra política, le ganó todos los ánimos, é hizo que se le recibiese en Roma como si el senado y el pueblo le hubiesen elegido. No menos admiracion causó otro acto del nuevo emperador. Se creia que un soldado de fortuna, elevado al trono y celoso del poder supremo, queria ejercerlo sin division; pero Diocleciano nombró césar, y asoció al imperio á Maximiano, su compatriota, natural de Pannonia, hijo de

padres oscuros, valiente guerrero y capitan esperimentado; pero violento, grosero, brutal y temerario. Su adhesion ilimitada al emperador fue su único título al supremo mando; porque sus mismos defectos le hacian un instrumento útil para la política de Diocleciano. El primer repartimiento que se hizo entre ellos fue el del bien y del mal, cuya mezcla parece siempre necesaria á los que ejercen autoridad. Maximiano se encargó de los rigores y los castigos, y Diocleciano de los beneficios y la clemencia. Aunque gobernaban siempre en comun, el nuevo césar inspeccionó con mas particularidad las provincias de occidente; y Diocleciano las de oriente. Entrambos recibieron el título de augustos: Diocleciano tomó el nombre de *Jovio*, y Maximiano el de *Herculio*, dando á entender con estos nombres arrogantes, que el uno era la cabeza que gobernaba el imperio, y el otro el brazo que ejecutaba sus voluntades.

Guerra en las Galias. (285.) Un gran número de enemigos esteriores é interiores amenãzaban al imperio; el cual careciendo ya de la trabazon que produce la virtud, se defendia por su propia masa. Los francos y los germanos se apoderaban de Batavia y de las riberas del Rhin. Una gran parte de los paisanos de Galia, sublevados contra el orgullo de los nobles y la crueldad de los perceptores romanos que los oprimian con tributos, se habian reunido y armado; y con el nombre de *vagabundos* saqueaban las ciudades, robaban las cajas públicas, asesinaban á los magistrados, ahorcaban á los nobles, se burlaban de las legiones, y se aumentaban con un gran número de aventureros romanos y bárbaros. Aliano y Amando, sus gefes, habian tomado el título de augustos. La fermentacion de los ánimos pronosticaba una sedicion en Britannia: los mauritanos, bajando de sus montañas, corrian y talaban el Africa. Aquileo, gobernador de Egipto, soste-

nido por las legiones de esta provincia, tomó el título de emperador: los etiopes devastaban la provincia de Tebas: Varanes, rey de Persia, se apoderó de la Mesopotamia, y arrojó de Armenia á Tiridates, que debia el cetro á los romanos, príncipe tan digno de reinar por su heróico valor, como por el derecho de nacimiento. Los godos y sármatas, atravesando el Danubio, volvieron á comenzar sus correrías y devastaciones. En fin, los generales encargados de defender las fronteras, aumentaban los riesgos del imperio cuando eran batidos, y amenazaban la seguridad de los emperadores cuando sus victorias los alentaban para aspirar al poder supremo; porque en aquellos tiempos de anarquía militar la espada del triunfo se convertia fácilmente en cetro. Roma, no siendo ya el foco de sus propias fuerzas, ni el centro del poder, solo servia de lazo fragil á las diferentes partes del imperio, cuyas riquezas devoraba inútilmente. Teatro del

orgullo, del lujo, de la disolucion y de la licencia, conservaba aun algunos hábitos de igualdad y libertad, que hacian odiosa su mansion á unos tiranos como Diocleciano y Maximiano; y asi, no hicieron mas que presentarse en ella, y fijaron su residencia, el primero en Nicomedia, y el segundo en Mediolano, para observar mas de cerca las fronteras del norte.

Victorias contra los bárbaros del norte. (287.) Maximiano venció, persiguió, y sometió á los vagabundos, envió al suplicio á Aliano y Amando, derrotó completamente y destruyó numerosos ejércitos alemanes que cometian en las Galias los mas horrorosos escesos. El mismo dia que tomó en Treviros posesion de su segundo consulado, sabiendo que una tropa de bárbaros penetraba en el pais, se arrojó sobre ellos, los arredró, pasó el Rhin, taló una parte de la Germania, y obligó á Genobon y Atec, reyes francos, á pedirle la paz. Al mismo tiempo

otros cuerpos numerosos de francos y sajones, embarcados en buques ligeros, corrian los mares, y asolaban las costas de Galia y Britannia. Maximiano les opuso una escuadra mandada por Carausio; pero este general, poco fiel, se aplicó mas á enriquecerse, como los enemigos, por la piratería, que á pelear. El emperador, informado de su conducta, le condenó á muerte. Carausio, para salvar su cabeza, resolvió coronarla: prodigando sus riquezas, sedujo á los oficiales y tropas de su mando, llevó la armada á Britannia, sublevó en su favor las legiones que la defendian, lisonjeó el orgullo de los pueblos, prometiéndoles la independencia, y fue proclamado emperador. Maximiano construyó y tripuló otra escuadra, y marchó contra el rebelde; pero á pesar de sus esfuerzos, despues de muchos combates indecisos, viendo que la armada británica, sostenida por la de los pueblos del norte, era señora de la mar, y privaba de todo comercio á Ga-

lia y España, se vió forzado á hacer la paz: Diocleciano la confirmó; y Carausio conservó el título imperial, y fue siete años señor de Britannia.

Mientras que Maximiano libertaba la Galia y vencia los bárbaros del Rhin, Diocleciano reunió su ejército en Siria, y obligó á Varanes, sin combate, y por solo el terror de su nombre, á pedir la paz, y cederle la Mesopotamia. Rechazó y ahuyentó algunos cuerpos de sarracenos, cuyo nombre comenzaba á ser formidable en Asia. Pasando despues á Tracia y Mesia, consiguió muchas victorias de los sármatas, godos y jutongos, y los arrojó al otro lado del Danubio. Despues de haber justificado su elevacion, y afirmado su poder con grandes victorias, se reunieron los dos emperadores en Mediolano para deliberar sobre los medios de asegurar la tranquilidad del imperio, y la estabilidad del gobierno. Desde el reinado de Galieno, el imperio romano, atacado incesantemente

por los persas y los bárbaros del nórte, destrozado por las discordias civiles y la ambicion de los generales que se disputaban el poder, estaba amenazado á todas horas de su desmembracion y ruina. Los primeros emperadores, ávidos de poder, destruyeron con la fuerza de las armas la autoridad del senado y la libertad de la plebe; pero los soldados, que al principio fueron su apoyo, vinieron á ser su escollo; pues á su placer quitaban y ponian los emperadores, y éstos tenian en sus generales de mérito otros tantos competidores. Diocleciano no vió mas que este peligro, que era el mas inminente: quiso oponer derechos reconocidos y señalados á pretensiones sin fin y sin número, y esperó reprimir la ambicion de los gefes militares, sometiendo los cuatro ejércitos principales de Roma á cuatro emperadores, igualmente interesados en sostenerse y vengarse; y asi, para evitar la desmembracion del imperio, rompió su

unidad, y el remedio produjo mayores males que los que se padecian.

Constancio Cloro y Galerio, césares. (292.) Los dos emperadores, pues, resolvieron escoger dos sucesores para asociarlos en el mando con el nombre de césares. Diocleciano eligió á Galerio, llamado Armentario, porque en su infancia habia sido guarda de ganados. Sus costumbres eran disolutas, su carácter cruel, su ingenio grosero; pero compensaba estos defectos á los ojos del emperador por la adhesion á su persona, el valor intrépido, y la habilidad en la guerra. El otro césar, nombrado por Maximiano, fue Flavio Valerio Constancio, por sobrenombre Cloro, á causa de su palidez. Este guerrero era hijo de Claudia, sobrina de Claudio II: Eutropio, su padre, ocupaba en Dalmacia un puesto distinguido. Constancio, ademas de grandes talentos militares, tenia un entendimiento cultivado, y todas las virtudes de un carácter justo y de un corazon hu-

mano, sensible y generoso. Los nuevos césares se vieron obligados á repudiar sus esposas. Constancio rompió con sentimiento los lazos que le unian á la virtuosa Helena, madre de Constantino el grande, para casar con Teodora, entenada de Maximiano: Galerio tomó por esposa á Valeria, hija de Diocleciano. Iliria, Tracia, Macedonia y Siria fueron confiadas á Galerio: Galia, España y la Britannia, mas felices, á Constancio: Maximiano se reservó la defensa de Italia y África, y Diocleciano la del Asia menor y del Egipto. Sin embargo, los dos emperadores conservaban la autoridad suprema y el título de augustos, y bajo sus órdenes gobernaban los césares las provincias que se les habian señalado. No era difícil prever las consecuencias funestas que en lo sucesivo debia producir esta sociedad. La ambicion, armada del poder, no respetó los lazos de la naturaleza ni de la amistad. Mas entonces solo se atendia á lo que estaba á la vista,

y si los hombres de genio leyeron en el funesto porvenir, no por eso las nuevas disposiciones dejaron de surtir el efecto que se propusieron sus autores. Los cuatro príncipes, conteniendo á un mismo tiempo á los estrangeros con sus armas, á los pueblos con sus leyes, y á los generales con su autoridad, gobernaron pacíficamente el mundo romano por el espacio de veinte años.

Diocleciano, tan firme como hábil, supo obligar sus colegas al respeto, las naciones á la obediencia, el senado y los grandes al silencio. Los romanos, apasionados en otro tiempo por la gloria y dignidad de su patria, habian visto con indignacion el repartimiento del imperio entre Geta y Caracalla; pero ya ni aun aliento tenian para indignarse. Las antiguas magistraturas, no consultadas, eran solo sombras; los soldados, bandidos con intrepidez; los senadores, cortesanos esclavos. No habia en el imperio mas que una corte asiática y campa-

mentos : lo demas era un vano simulacro. Hasta entonces los emperadores, abriendo sus palacios al público, viviendo con el pueblo como ciudadanos, con los oficiales como compañeros de armas, juzgaban como pretores, mandaban como generales, administraban y presidian en calidad de cónsules, y no se distinguian de los senadores sino por el manto de púrpura. Pero todo cambió apenas subió al trono Diocleciano : vistióse de una tela de oro, sembrada de pedrerías, y ciñó su frente con la diadema. Su palacio, semejante al de un rey oriental, se llenó de eunucos y esclavos: una guardia interior prohibia la entrada al pueblo y á los grandes, escepto á los ministros y á algunos favoritos. El príncipe, para inspirar mayor respeto, se conservaba á una distancia inmensa entre él y los ciudadanos, los obligaba á llamarle *señor*, y les daba el nombre humillante de súbditos; en fin, era casi inaccesible é invisible, como el dios cuyo

nombre habia tomado. Dejóse pues de deliberar, y se obedeció: los títulos se trocaron como las instituciones; y los de duques, condes, referendarios, camareros, patricios y otros muchos se sustituyeron á los que recordaban la antigua república. La misma ciudad de Roma fue despreciada: Mediolano y Nicomedia fueron sus rivales, y el tesoro público se agotó para engrandecerlas y adornarlas. Los colegas de Diocleciano imitaron su orgullo, su lujo y su desprecio á las antiguas instituciones: solo Constancio conservó costumbres sencillas, y se mostró siempre dulce, afable, popular, económico y generoso.

Victorias de Constancio contra los germanos. (293.) Muchos motivos de consideracion, é independientes del deseo de enfrenar la anarquía militar, habian obligado á Diocleciano á dividir el mando de los ejércitos, y á dirigirlos á los combates bajo dos augustos y dos césares. Era menester reconquistar la Britan-

nia, echar de Batavia á los francos y sajones, ahogar la rebelion de un usurpador, llamado Juliano, que habia tomado el título de emperador, haciéndose fuerte en las montañas de Liguria, libertar el Africa de cinco naciones mauritanas que la habian invadido, y recobrar el Egipto, donde habia cinco años que reinaba el rebelde Aquileo. En fin, Diocleciano queria aprovecharse de las divisiones de los persas para satisfacer el orgullo de Roma ofendida, y vengar la memoria de Valeriano.

La actividad de los cuatro príncipes fue proporcionada á la importancia de las empresas que debian ejecutar. Constancio atacó á los francos y sajones en Batavia. El número y valor ostinado de los enemigos, y los ostáculos que le oponia un terreno pantanoso, no pudieron retardar su marcha, y como el afecto de los pueblos y de los soldados era suyo, la victoria acompañaba sus armas. Solo una vez, dejándose llevar de su valor, á pesar

de su prudencia, avanzó temerariamente con un pequeño número de tropas, para reconocer el enemigo. Sorprendido en un desfiladero por una multitud innumerable de francos, hérulos, borgoñones y vándalos, se halló rodeado: despues de vanos prodigios de valor contra un enemigo que se reforzaba á cada instante, habiendo perecido en su defensa todos los valientes que le acompañaban, se abrió paso él solo, y corrió á toda brida á buscar un asilo en la ciudad de Lingones, cuyos habitantes no se atrevieron á abrirle las puertas, por el temor de que entrasen con él los bárbaros que le perseguian, y hubo de subir por una cuerda que le echaron. Los enemigos despues de esta victoria se creyeron señores de Galia, recorrieron todo el pais, y lo saquearon horriblemente. Este desórden fue causa de su ruina. Constancio, reunido su ejército, cayó sobre ellos de improviso, los batió completamente, les mató sesenta mil hombres, y

los persiguió hasta las orillas del Visúrgis. Vuelto á Galia con un rico botin y un nm enso número de cautivos, siguió el sistema impolítico, adoptado últimamente por los romanos, y pobló de colonias bárbaras los campos de Samarabriva, Belobaco, Camaraco, Augustobona, Lingones y Treviros. Asi los mismos emperadores introdujeron en el imperio á los pueblos belicosos que habian de derribarlo.

Reconquista de la Britannia. (296.) La conquista de Britannia era mas difícil y esigió mas tiempo. La mar le servia de muralla: Constancio tenia pocas naves, y Carausio, ademas de poseer una armada numerosa, era hábil general, y podia disputar la victoria con ventaja; pero Alecto, su ministro, le derribó del trono con una traicion, conspiró contra él, le asesinó, y reinó dos años. Los talentos de este nuevo usurpador no eran iguales á su ambicion: menos activo que Carausio, dió tiempo á Constancio Cloro para formar una escuadra capaz de

pelear con la suya. Un dia nebuloso ocultó á los britannos la escuadra romana, la cual llegó sin ostáculo á la parte oriental de la isla. Asclepiadoro, prefecto del pretorio, desembarcó al frente de algunas legiones. Alecto, informado de ello, corrió apresuradamente con las primeras tropas que pudo reunir, se arrojó á los romanos con mas ardor que arreglo, fue derrotado, y pereció en el combate. Al mismo tiempo desembarcó el césar en otro punto de la costa, no halló enemigos que combatir, y volvió á reunir la Britannia al imperio romano. Este príncipe hizo ademas algunas espediciones felices contra los alemanes, y despues de haber libertado sus provincias de todo temor de los bárbaros, consagró los últimos años de su vida á hacerlas felices. Nunca lo fueron mas que bajo su dominacion: mantenia la justicia sin dureza, era liberal sin prodigalidad, y económico sin avaricia: embellecia las ciudades, protegia el comercio, animaba

las artes, y todos los pueblos veían en él un padre mas bien que un dueño. La ciudad de Bibracte, otro tiempo capital de los ednos, y la mas antigua aliada de los romanos, habia sido arruinada por las guerras estrangeras y las discordias civiles. Constancio le restituyó su antiguo esplendor, levantó sus escuelas, y las confió al ateniense Eúmenes, célebre entonces por su talento y erudicion.

Al mismo tiempo Maximiano, forzando los atrincheramientos del usurpador Juliano, le venció, y le obligó á darse la muerte. Pero mas tirano que el que acababa de derribar, se valió del pretesto que le daba la sedicion para satisfacer su venganza y codicia. Roma é Italia lamentaron sus proscripciones sanguinarias. Pasó despues al Africa, venció á los mauritanos y los arredró á sus montañas. Diocleciano guió su ejército á Egipto, derrotó en muchas acciones al tirano Aquileo, lo encerró en Alejandría, le hizo prisionero, y le envió al

suplicio. Implacable en su enojo, no perdonó á ningun partidario del usurpador, dió muerte á los mas ricos habitantes del Egipto, destruyó las ciudades de Busiris y Coftos, y saqueó á Alejandría. Volvió despues á Tracia, donde Galerio se habia distinguido ya por muchas victorias. Los dos emperadores ahuyentaron muy lejos á los sármatas y godos, y reunieron en fin sus ejércitos contra el imperio de los persas. Galerio salió á campaña: Diocleciano fijó su residencia en Nicomedia, y se mantuvo allí con su ejército, dispuesto á reparar las pérdidas del césar si la suerte no le favorecia. El écsito justificó su prevision. Las turbulencias causadas por la desunion de los dos hermanos Varanes II y Hormisdas, habian cesado: Varanes III les habia sucedido; y cuando los romanos marchaban contra los persas, la muerte de este último acababa de dejar el trono á Narses. Galerio, á pesar de su habilidad, cometió los mismos yerros que Craso y

Antonio: escogió el camino donde habia menos ostáculos, y entró en las vastas y encendidas llanuras, túmulo en otro tiempo de tantos romanos. Allí, cercado por la numerosa caballería de los partos y persas, fue vencido en très batallas, perdió la mayor parte de sus tropas, y vino á implorar la indulgencia y el socorro de Diocleciano. El anciano emperador le respondió con desprecio, le dejó caminar á pie muchas millas sin darle asiento en su carroza, y habiéndolo humillado, le mandó ó morir ó reparar con una gran victoria el deshonor de las armas romanas. Dióle las legiones de Esclavonia, Dacia y Mesia, y permaneció siempre en Nicomedia esperando el suceso. Galerio, enseñado del escarmiento, penetró por la Armenia en el reino de Persia, rodeó el ejército de Narses, le derrotó completamente, y le ahuyentó en una accion decisiva, forzó su campamento, se apoderó de sus tesoros, é hizo prisioneros á sus hijos, á su muger,

á sus concubinas y á sus primeros oficiales. Entregó despues el reino al saqueo, y lo inundó de sangre : pero imitando la moderacion del héroe macedonio con la familia real, la trató con humanidad, y á las princesas con respeto. El lujo, que habia afeminado los ciudadanos de Roma y las tropas de Italia, no habia penetrado aun en las legiones del Rhin y del Danubio. Cuando se estaba saqueando el campamento de los persas, un soldado de Galerio, habiendo encontrado un saco de cuero lleno de perlas, las tiró como inútiles, y solo guardó el saco. Semejantes hombres debian vencer aun; porque en la guerra casi siempre triunfan los que desprecian las riquezas. Narses mostró en su derrota á fuer de príncipe asiático, tanta debilidad como orgullo en la próspera fortuna; y asi, envió una embajada á Diocleciano para representarle en estilo oriental, que siendo los dos imperios de Roma y de Persia los dos soles y los dos ojos de la tier-

ra, no era conveniente destruir uno de ellos; pero que en lo demas se sometia á la discrecion del vencedor, y solo le pedia la libertad de su familia. El emperador se hubiera podido fácilmente hacer dueño de un imperio gobernado por un príncipe tan poco vigoroso; pero mas político que Trajano, conoció que estenderse demasiado sería debilitarse, y limitándose á ecsigir la cesion de cinco provincias, puso el Tígris por límite de los dos estados. Esta paz duró cuarenta años. Galerio recibió los nombres de *Pérsico, Arménico* y *Medico*. Orgulloso con haber vengado la injuria de Valeriano, no puso límites á su ambicion, y desde entonces, no contento con el título de césar, formó el proyecto, y concibió la esperanza de someter á su yugo todas las partes del imperio. Antes se habia conducido con el emperador como hijo sumiso y respetuoso; pero ya sostenido por las legiones que condujo á la victoria y enriqueció, trataba á su pa-

dre como á colega y como á igual.

Persecucion de Diocleciano. (303.) Habiendo vuelto á Nicomedia, el primer ensayo de su poder fue determinar á Diocleciano á destruir el cristianismo, al cual desde su infancia habia tenido implacable odio. Maximiano le aborrecia igualmente: ni entendian sus verdades y su moral: condenando las pasiones de estos dos tiranos, las irritaba. Por el contrario, Diocleciano y Constancio habian protegido siempre á los cristianos, tenian muchos en sus palacios, y ejercian libre y públicamente su religion en numerosos y magníficos templos. Helena, primer muger de Constancio; Prisca, esposa de Diocleciano, y Valeria, su hija, habian abrazado la verdadera fe; y si hemos de creer á Eusebio, esta prosperidad comenzaba á debilitar el fervor primitivo y á introducir la ambicion y la discordia, de lo cual se valieron los enemigos de la Iglesia para perseguirla. Galerio, al frente de ellos, hizo á Dio-

cleciano las representaciones mas calumniosas, acusando á los cristianos de hipocresía, de proyectos sediciosos socolor de la igualdad evangélica, y de intenciones dañadas contra el imperio, atacando á sus deidades protectoras. Los pontífices de los ídolos, los partidarios de las antiguas costumbres, los filósofos ostinados en su doctrina, los hombres entregados á los vicios y supersticiones, y la mayor parte de los cortesanos, que temen la voz de la verdad oida en el palacio de los príncipes, favorecian á Galerio con sus discursos y escritos. Hierocles, uno de los ministros del emperador, compuso un tratado contra el cristianismo. Porfirio, discípulo de Plautino, seducia entonces los ánimos con un platonismo de nueva especie y una metafísica sutil, que haciéndose moda, estravió aun á algunos sacerdotes cristianos, los cuales unian muchos errores á la primitiva sencillez del culto evangélico. Acostumbró ademas su siglo á dis-

putar sobre cuestiones vanas é insolubles que dieron origen á muchas heregías. Lactancio y Eusebio, defensores de la fe cristiana, opusieron á sus adversarios el lenguage de la razon, algunas veces con demasiada vehemencia. El astuto Galerio consiguió enteramente su fin. Diocleciano era supersticioso, gustaba de consultar los oráculos y les daba crédito. Se le irritó, haciéndole saber que Apolo habia declarado que los dioses no responderian á las consultas mientras subsistiesen los templos de Cristo. Los ministros del emperador le persuadieron que no podia sin peligro autorizar por mas largo tiempo el ejercicio público de una religion incompatible con la del estado. Despues de larga deliberacion le arrancaron el primer edicto, que mandaba destruir las iglesias cristianas. Este acto de rigor atacaba el culto, y respetaba las personas. Pero esto no bastaba á Galerio: quiso completar su triunfo, y lo consiguió. Enmedio

de la noche despierta Diocleciano sobresaltado por un tumulto repentino, y ve su palacio consumido por las llamas. Todos los que se emplean en detener los progresos del incendio acusan á los cristianos. Diocleciano, engañado por los que le rodeaban, cedió en fin á las instancias de Galerio, y creyó ejercer una venganza merecida, ordenando la destruccion del cristianismo y la muerte de los que se negasen á sacrificar á los dioses.

Desde este momento el odio armado con el cuchillo de la autoridad no puso límites á sus furores. Las prisiones se llenaron de obispos y sacerdotes que ardian por dar á los fieles el ejemplo de la constancia y del valor. Entregáronse á los suplicios mas espantosos los hombres que preferian su religion á la vida. Muchos cristianos se refugiaron en los desiertos, otros en los paises bárbaros, y comenzaron á ilustrarlos. Se obligó á la emperatriz y á su hija á sacrificar á los

dioses: el terror hizo muchos apóstatas, y produjo tantas fingidas conversiones, que los emperadores, segun prueba una inscripcion de aquel tiempo, creyeron haber estirpado el cristianismo. Maximiano y Galerio ejecutaron con violencia el edicto de persecucion en las provincias que gobernaban. Britannia, Galia y España esperimentaron menos calamidades. Constancio, no queriendo resistir declaradamente á los dos augustos, publicó el edicto, mas no lo ejecutó sino con mucha moderacion. El culto, proscrito en público, fue tolerado secretamente: aun hizo mas: habiendo dicho á los oficiales de su palacio, que era preciso optar entre su religion y sus destinos, arrojó ignominiosamente de su corte á los que por ambicion renunciaron á su creencia, diciendo, que hombres capaces de hacer traicion á su Dios, la harian á su príncipe, y premió el valor de los constantes con su favor y sus beneficios.

Ya habia veinte años que Diocleciano reinaba: todos los usurpadores habian perecido: se habian libertado de bárbaros las provincias: la Persia estaba vencida. Despues de haber cedido á los etiopes un territorio del alto Egipto, cuya defensa les confió, estableció una larga serie de fortalezas en el Tígris, en las playas del Bósforo, y en las orillas del Danubio y del Rhin; luego pasó á Roma con Maximiano para gozar de un triunfo merecido. Esta fue la última vez que se celebró este pomposo espectáculo, objeto durante mil años de tantas nobles ambiciones, fuente de tanta gloria, y recompensa de tantos héroes. Una multitud de cautivos de todas las partes del mundo seguian el carro del vencedor; pero el mayor adorno del triunfo eran las imágenes de la reina de Persia y de los hijos de Narses. Estos trofeos gloriosos borraban crueles afrentas, satisfacian largos resentimientos, y parecian aplacar la sombra del infeliz Valeriano:

El pueblo romano esperaba, despues de la solemnidad, fiestas suntuosas y magníficas lides de gladiadores: el emperador hizo celebrar los juegos públicos sin fausto ni magnificencia, diciendo, que «la modestia debia reinar en los regocijos que presidia un censor.» Tenia entonces esta dignidad. Tan austera é inoportuna escasez le espusieron á la sátira de un pueblo, que en lugar de la antigua altivez solo tenia ya una insolencia grosera. Este espíritu sedicioso, esta familiaridad que parecia insoportable al orgullo de Diocleciano, aumentaron su aversion á Roma; y asi, la abandonó repentinamente el 13 de diciembre de 303: tomó en Ravena posesion de su último consulado, y volvió á Nicomedia. En el camino le acometió una enfermedad, que degenerando en languidez, debilitó su cuerpo y su espíritu. Despues de algunos meses de padecer estaba tan demudado cuando se mostró en público, que fue dificil reconocerlo. Fas-

tidiado de grandezas, cansado de trabajos, y disgustado de los hombres, tomó la resolucion estraordinaria de renunciar el poder supremo, libertarse de las tempestades del mundo, y gozar en un retiro pacífico de las delicias de la vida privada. Sus panegiristas atribuyen á su prudencia esta grande determinacion: sus detractores á debilidad; y dicen que Galerio, dueño del afecto de las tropas, le obligó á abdicar. La vida entera de Diocleciano, aunque reprensible en otras materias, desmiente toda sospecha de cobardía.

Maximiano siguió su ejemplo, y Galerio y Constancio tomaron el título de augustos. (305.) Cuando el emperador leyó á las legiones y pueblo de Nicomedia este acto solemne, todos esperaban que nombrase césares á Maxencio y Constantino, hijos de los dos nuevos emperadores; pero la ambicion de Galerio se opuso á ello. Igualmente receloso de los vicios feroces de Maxencio y de las

grandes cualidades de Constantino, logró del cansancio ó de la indiferencia de Diocleciano el nombramiento de otros dos césares; y se dió este título á Maximino Daza, su sobrino, aldeano de Pannonia como él, y á Severo, general adicto á su fortuna, y tan desconocido, que el pueblo aplaudió su eleccion, creyendo que su nombre se habia dado recientemente á Constantino. Despues de esta instalacion, que manifestaba bien á las claras las pretensiones ambiciosas de Galerio, Diocleciano, despojándose de la púrpura, y cubriéndose de una gloria nueva, se alejó de Nicomedia sin acompañamiento, y fue á buscar en Dalmacia, cerca de Salona, una felicidad que nunca halló en el trono. Retirado en un palacio que habia hecho edificar, pasó lo restante de su vida cultivando un huerto, y dejó á sus sucesores la triste gloria de dominar, oprimir y destruir la tierra. Aunque empleó los veinte años de su reinado en viages y combates, no

por eso descuidó la legislacion. Debiéronsele muchos edictos y reglamentos sabios, de los cuales se encuentran algunas disposiciones en el código de Justiniano. Prohibió á los esclavos denunciar á sus amos, y no quiso ni aun que se admitiese el testimonio de un obligado contra su bienhechor, porque decia: «Desterrar la gratitud del mundo, es desterrar la felicidad y el sosiego.» Publicó tambien útiles reglamentos para abolir el espionage público, despreciado por todos los hombres y empleado por todos los gobiernos. Suprimió los *frumentarios*, que socolor de inspeccionar los mercados, espiaban las acciones, discursos y pensamientos; pero les sucedieron otros empleados, que con el nombre de *curiosos* ejercieron el mismo oficio. Diocleciano gustaba mucho de edificar; y así embelleció á Mediolano, Cartago y Nicomedia con soberbios monumentos. Todavía se admiran las ruinas de las termas y baños públicos que construyó

en Roma : su recinto era tan grande como el de muchas ciudades.

Los oradores en sus amplificaciones, y los poetas con su esageracion ordinaria hacian grandes elogios de su genio, valor, justicia y gloria, de la union que habia entre los cuatro césares, y de la felicidad que el imperio debia á sus talentos y virtudes. Los autores cristianos, por el contrario, irritados por la persecucion, y animados de una aversion demasiado justa, le pintaron como el mas cruel de los tiranos. Su reinado careció de historiadores: Capitolino y Aurelio Victor no son mas que compendiadores incompletos y áridos: nada se ha conservado de Zózimo; pero á falta de escritos, los sucesos hablan; y lo que parece cierto es, que si este príncipe sometió el imperio y lo mantuvo tranquilo por el espacio de veinte años, agravó sin embargo los males públicos. El lujo asiático de cuatro cortes: el gran número de guardias, favoritos, libertos y es-

clavos que les servian de comitiva : las fiestas , juegos y espectáculos, la construccion de muchos palacios y templos, y los gastos enormes ocasionados por guerras contínuas y lejanas , oprimieron á los pueblos con impuestos. Italia, respetada hasta entonces, entregó los tesoros que por tantos siglos habia devorado; y si se cree á Lactancio , el número de recibidores , colectores y exactores era casi igual al de los contribuyentes. Nunca hubo una época mas desgraciada. Diocleciano , guerrero hábil y mal príncipe , no fue grande sino en su abdicacion. Su interés le cegó, sus favoritos le engañaron, y no conoció la verdad sino cuando se alejó de los hombres. Y asi, repetia muchas veces escarmentado: «Un príncipe nunca puede saber lo cierto. Un corto número de ministros y grandes lo rodea y lo engaña : solo ve por sus ojos , solo oye por sus oidos, distribuye por sus informes los premios y castigos , y es injusto sin saber-

lo.» Cuando la ambicion escitó la guerra entre sus sucesores, los que deseaban apoyarse en su nombre, la buscaron en la soledad, y le aconsejaron que volviese á subir al trono. Pero sus esfuerzos fueron en vano: la ilusion habia pasado ya, y preferia la hazada al trono; y asi, les respondió: «Si hubierais visto cuan bellas estan las berzas que he plantado, no pensariais en robarme mi tranquilidad.» Los últimos instantes de su vida fueron turbados con penas domésticas: el sucesor de Galerio persiguió é hizo morir á Prisca, su muger, y á Valeria, su hija. Diocleciano murió en 313, á los sesenta y ocho años de edad. Nada queda de él, sino la fama de su nombre, algunos restos de su palacio en Spalatro, y las ruinas de sus obras en Roma.

CAPITULO XXI.

Constancio y Galerio. Constantino.

Constancio y Galerio, emperadores. Muerte de Constancio: Constantino, emperador en occidente. Vuelta de Maximiano al trono: muerte de Severo: Licinio, emperador. Fuga de Maximiano. Muerte de Maximiano. Guerra de Constantino y Maxencio: batalla de Verona. Batalla del puente Milvio, y muerte de Maxencio. Alianza de Licinio y Constantino. Muerte de Maximino: guerra entre Constantino y Licinio. Batallas de Sirmio y Adrianópolis. Batallas de Adrianópolis y de Calcedonia. Constantino, único señor del imperio. Fundacion

de Constantinopla. Muerte de Constantino.

Constancio *y Galerio, emperadores.* (305.) El imperio, despues de la abdicacion de Diocleciano, se dividió otra vez. Constancio conservó la Britannia, la Galia y la España, y aun se afectó cederle, como al mas antiguo, la Italia y el Africa; pero estas provincias se dieron á Severo, y quedaron en efecto bajo la dependencia de Galerio, de quien era hechura aquel nuevo césar. Galerio gobernaba el Asia menor, la Grecia, Tracia y Macedonia; y Maximino, su sobrino, mandaba en Siria y en Egipto. Parecia, pues, que la fortuna era favorable á sus miras: los césares, sometidos á su autoridad, solo gozaban de un título pomposo. La salud de Constancio declinaba, y su muerte estaba prócsima. Galerio esperaba este suceso para ser dueño de todo el imperio; pues aunque el jóven Constantino oponia un ostáculo á

sus proyectos, la política de Diocleciano había puesto en práctica todo lo necesario para separarle del trono. Se creía haber destruido sus derechos, obligando á Constancio á repudiar á Helena; y para libertarse de toda inquietud, detenian á Constantino en la corte de Nicomedia como un rehen, ó mas bien como un cautivo, á pesar de las súplicas reiteradas de Constancio.

Constantino, perseguido por la suerte, fue indemnizado por la naturaleza, que le colmó de sus dones mas preciosos. Pocos hombres han recibido del cielo una presencia mas noble, un espíritu mas vasto, un semblante mas agradable y magestuoso. Instruido por maestros hábiles, discípulo de su madre Helena en los principios de la moral cristiana, diestro en todos los ejercicios, intrépido en los peligros, y dotado de una fuerza prodigiosa que nada le quitaba de su gracia, era dueño del amor del pueblo y de los soldados. Peleando en Egipto y en las

orillas del Danubio á las órdenes de Diocleciano, se habia distinguido tanto por el valor como por la pericia: vencedor de muchos gefes bárbaros en combate singular, un dia triunfó del mas terrible y colosal, y le trajo arrastrando por los cabellos á los pies del emperador. Digno de los tiempos heróicos de Roma, habria adquirido una gloria sin mancha, si el amor del poder despótico no hubiera mancillado muchas veces sus grandes cualidades. La historia imparcial, elogiando sus virtudes, no debe ser indulgente con sus defectos. Generoso casi siempre por carácter ó por política, tal vez fue cruel y pérfido por ambicion. Su fortuna y su genio le colocan entre los grandes príncipes; pero algunas de sus acciones fueron de un tirano. Acaso, juzgándole con mas suavidad, aunque no con menos justicia, se pueden atribuir sus acciones virtuosas á su corazon, y sus vicios al siglo en que reinaba.

Galerio, deseando como Euristeo

arruinar á este nuevo Hércules, le esponia sin cesar á los mayores trabajos y peligros. Ya le enviaba mas allá del Danubio con un pequeño cuerpo á pelear con numerosos enjambres de bárbaros: ya mandándole acometer al enemigo, le obligaba á atravesar pantanos y lagunas, donde se espusiese á ahogarse: ya, inflamando su amor propio, le empeñaba á combatir en el circo contra los tigres y leones; pero la fortuna le salvó de todos estos riesgos, y Galerio esponiéndole á la muerte, no hizo mas que aumentar su gloria. Entretanto Constancio, que conocia prócsimo su fin, estrechaba con tanta ansia á Galerio para que le enviase á su hijo, que era preciso ó complacerle ó enemistarse con él. Galerio fingió condescender con su demanda, y resolvió libertarse con un crímen secreto de todos sus temores. Constantino, habiendo penetrado su intencion, engañó al pérfido, fijó un dia para su partida, se escapó la víspera, desjarretó todos los ca-

ballos que quedaban en las postas, privando asi á sus enemigos de los medios de alcanzarle, y se reunió con su padre en Galia, cuando se embarcaba en Bononia para pelear en Britannia contra los pietos. Lo siguió en esta espedicion, y poco despues recibió sus últimos suspiros.

Muerte de Constancio: Constantino, emperador en occidente. (306.) Constancio murió en la ciudad de Eboraco el año de Roma 1058, 306 de Jesucristo. De Helena, su primera muger, no tuvo mas hijo que Constantino. De Teodora tuvo tres hijos, Dalmacio, Julio y Annibaliano; y tres hijas, Constancia, Anastasia y Eutropia. Mirando mas por los intereses del estado que por los de su familia, designó por su único sucesor á Constantino, lo recomendó á las legiones, y mandó á los demas hijos que viviesen como simples ciudadanos. Constancio, modelo de los buenos príncipes, no mancilló sus grandes cualidades con ninguna

debilidad. Su fuerza era la virtud, su grandeza la justicia, su seguridad el amor de los pueblos, que hizo felices. Un dia Diocleciano le reprendió su descuido en juntar un tesoro proporcionado á las grandes empresas que tenia á su cargo. El escribió á las principales ciudades y á los hombres mas ricos de sus estados que tenia necesidad de dinero. Esta palabra de un príncipe querido hizo milagros: al punto le llegaron de todas partes sumas inmensas. Llamó entonces á los enviados de Diocleciano, les mostró aquellos montones de oro, y les dijo: «este es mi tesoro: lo he dejado en manos de mis súbditos: no hay riqueza para el que manda como el cariño de los pueblos.» Esta espresion sola basta para su elogio. Si la suerte le hubiera puesto en la situacion de Diocleciano, hubiera prolongado quizá la ecsistencia del imperio, dándole el único cimiento que asegura la duracion de los estados, que es la virtud.

La última voluntad de Constancio fue una ley para su familia, los pueblos y el ejército; porque aun despues de muerto reinaba por el amor, y los soldados proclamaron unánimemente á Constantino. Este príncipe opuso alguna resistencia, pretestando que debia esperar el consentimiento de Galerio, y aun amenazó que huiria para sustraerse á su adhesion. Esta oposicion aumentó, como habia previsto, el ardor de los soldados: cedió, en fin, á su dulce violencia, tomó el titulo de augusto, y en esta cualidad celebró con magnificencia los funerales de su padre, colocándolo, segun la costumbre, en el número de los dioses. Despues fue su primer cuidado escribir al emperador Galerio, y enviarle embajadores, pidiéndole que reconociese y confirmase la eleccion del ejército. El impetuoso Galerio no pudo contener su indignacion, cuando supo una noticia tan contraria á sus designios ambiciosos. Maltrató á los diputados de Constantino,

y en el primer movimiento de su enojo mandó romper la imágen de este príncipe, que se le habia enviado, segun la costumbre, cubierta de laureles. Despues de haberse negado durante algunos dias á reconocerle, vencido por los ruegos de sus ministros, que temian el valor de las legiones occidentales, convino en nombrar á Constantino, no *augusto* sino césar; y para reemplazar á Constancio, dió á Severo el título y la dignidad imperial. Constantino, que sabia disimular sus resentimientos, mandar sus pasiones, y cubrir sus miras ambiciosas con el velo de la moderacion, en lugar de irritarse, manifestó quedar contento con el segundo lugar, y el título de césar. Su aparente modestia engañó á Galerio, el cual, satisfecho con esta fingida sumision, creyó que aun podria conseguir reinar solo por medio de lugartenientes, adornados de un nombre pomposo.

Entretanto Constantino, mostrándose mas digno del trono que sus rivales,

aumentó sú gloria con nuevas hazañas: derróto los francos que habian hecho otra invasion, rechazó á los germanos, los persiguió mas allá del Rhin, y destruyó casi enteramente la nacion de los bructeros; pero mancilló su victoria con actos de crueldad. Queriendo espantar á los bárbaros, imitando su ejemplo, no perdonó á ninguno de los prisioneros, y los entregó desarmados á las bestias feroces. Terrible contra sus enemigos, se mostró suave y humano con los pueblos que gobernaba, y siguió religiosamente las sabias mácsimas de su padre.

Vuelta de Maximiano al trono: muerte de Severo: Licinio, emperador. (307.) El viejo Maximiano Hércules, menos prudente en su retiro que Diocleciano, echaba menos el trono, como hombre sin virtud que no puede sufrir la soledad. Cuando supo la elevacion de Constantino, la envidia añadió á sus tormentos los de la ambicion engañada. Desde entonces solo pensó en buscar los medios pa-

ra volver á presentarse con esplendor en la escena del mundo, y recobrar su poder. La fortuna le proporcionó bien pronto una ocasion favorable á sus designios. Galerio, entregado desenfrenadamente á sus pasiones, era tan violento como Mario, tan cruel como Neron, tan deshonesto como Eliogábalo: su lujo devoraba todas las riquezas del imperio, insuficientes para hartar su codicia: los pueblos gemian con el peso de los impuestos, y los suplicios mas terribles castigaban la resistencia, y aun la queja. Dícese que Galerio se complacia en ver á los osos ahogar á los condenados. Su avaricia aumentaba diariamente: hizo un nuevo censo con la esperanza de descubrir caudales ocúltos, y hallar nuevos recursos para enriquecerse. La Italia se vió llena de esactores, delatores y espías. Ni aun se perdonó á Roma: se violaron sus privilegios, se mandó á todos los ciudadanos dar cuenta esacta de su fortuna; y como se temia alguna resistencia de parte de las cohor-

tes pretorias, Galerio las mandó reformar. Los romanos, que como todos los pueblos corrompidos estimaban en mas sus intereses que la república, habian antes sacrificado mucho tiempo la libertad, se armaron para defender sus caudales. Maximiano, instruido de su descontento, envió su hijo Maxencio á Roma para irritar el enojo público, dándole tambien el encargo de esponerse á todos los riesgos de una revolucion, de la cual esperaba, en caso de buen écsito, recoger todo el fruto. Los ánimos estaban tan exasperados, que bastaba un grito y un punto de apoyo para que estallase la revolucion. Desde que Maxencio se presentó, se fijaron en él las esperanzas de los descontentos. Este príncipe, por su groseria y la brutalidad de sus vicios, era indigno del trono; pero entonces no tenia necesidad ni de mérito ni aun de destreza: Roma solo pedia un nombre y un vengador. Maxencio prometió al senado volverle su antigua autoridad, á los pa-

tricios sus privilegios, al pueblo la esencion de impuestos y distribuciones de granos, á los pretorianos su antiguo derecho de elegir los emperadores, derecho que acababan de ejercer las legiones de Galia y Britannia, cuyo ejemplo se hubieran avergonzado ellos de no seguir. Estas promesas, dirigidas á todos los intereses, irritaban todas las pasiones. Roma entera, saliendo de su antiguo y profundo letargo, se sublevó, se armó, y Maxencio fue proclamado unánimemente por emperador.

Severo, que mandaba en Italia, y cuya autoridad hubiera podido ahogar esta insurreccion en su nacimiento, estaba entonces distante de Roma por sus placeres ó por sus negocios, y no tuvo noticia del suceso hasta que estuvo consumado. Juntó apresuradamente algunas legiones: con ellas, y las que le dió Galerio, marchó contra Roma. Al saber su llegada, Maxencio, cobarde é inhábil en el arte de la guerra, imploró los conse-

jos, los socorros y la presencia de su padre. El viejo emperador, loco de ver satisfechos sus deseos, fue á Roma, volvió á ponerse la púrpura imperial, y á subir al trono, y rejuvenecido con la diadema, dió ejemplo de ardor y denuedo á los soldados y á los ciudadanos. La guerra era su única ciencia: la autoridad de su nombre, y la memoria de un reinado brillante y lleno de hazañas, inspiraban grande confianza á su ejército, é intimidaban al de Severo. Desde que estuvieron á la vista uno de otro, la mayor parte de las legiones severianas abandonaron á su general, y se pasaron al bando de su antiguo emperador, que tantas veces las habia conducido á la victoria. Severo, vencido en un momento, se retiró á Ravena, donde fue cercado. Un largo sitio hubiera dado á Galerio tiempo para venir en su socorro; pero Maximiano, empleando para lograr su triunfo un infame artificio, le prometió la vida y un retiro decoroso. Severo, sobra-

damente confiado, se rindió: Maximiano, eludiendo su palabra, no le dió la muerte, y aun le recibió con honor; pero poco tiempo despues lo entregó á su hijo Maxencio, que por su órden le hizo morir. Galerio enfurecido nombró sucesor de Severo á Licinio, general esperimentado, siempre afecto á su fortuna, y que por la conformidad de orgullo, inhumanidad y vicios era digno de ser su amigo. Despues de haberle coronado solemnemente en Nicomedia, desembarcó en Italia al frente de un ejército no muy numeroso. No podia creer que Roma, antigua esclava de los placeres y de la molicie, pudiera oponerle grande resistencia; pero cuando se acercó á la capital, un espectáculo imprevisto se ofreció á sus ojos. La Roma de otros tiempos parecia haber salido de su túmulo: el odio habia despertado el valor: el capitolio se atrevia á dominar otra vez el mundo: los siete montes volvian á producir legiones que cubrian la llanura, y repetian los te-

midos nombres de *senado y pueblo romano*, que inspiraban todavia respeto, y aterraban á las tropas de Galerio, temerosas de cometer un parricidio si atacaban la ciudad sagrada. Con semejantes disposiciones el écsito no podia ser dudoso: al primer choque huyó el ejército de Galerio, y este príncipe hubo de capitular para salvar su vida. Maximiano, que hubiera podido destruirle, temió que hallase recursos en su desesperacion, y le permitió volver al Asia con su ejército.

Durante esta lucha corta pero sangrienta, Constantino, dejando que sus rivales se debilitasen mútuamente, consolidaba su poder, hacia prosperar en sus estados el comercio y la agricultura, manteniendo la disciplina en su ejército. La economía llenaba su tesoro, y los pueblos ensalzaban su justicia. Maximiano, para obligarle á sostener su causa, le ofreció en casamiento á su hija Fausta: aceptó la propuesta, pero solo pro-

metió la neutralidad mas estricta, y no consintió en reconocerle por emperador sino cuando Galerio le cedió la Italia y la ciudad de Roma. Despues de la retirada de este emperador, el mundo romano se halló gobernado por seis príncipes: Maximino mandaba en Africa y Egipto: Maximiano y Maxencio en Italia: Licinio en Grecia, Tracia é Iliria: Galerio en Asia, y Constantino en el occidente. Semejante repartimiento no podia durar, y esta oligarquía de príncipes costó mas sangre que la anarquía de los treinta tiranos vencidos por Aureliano. Maxencio, libre de toda inquietud por las victorias de su padre, despreció sus órdenes apenas creyó no tener necesidad de su apoyo, insultó á los grandes, despojó á los ricos, autorizó la licencia de las tropas, y se entregó públicamente de noche y de dia á los escesos de la mas escandalosa disolucion. Su padre, viéndole espuesto al odio público, creyó favorable aquel momento para com-

pletar su designio. El astuto viejo despreciaba y aborrecia á su hijo, y no se habia servido de él sino como de un instrumento para subir al trono. Esperando que la opinion general le favoreceria, convoca el senado y el pueblo, dirige á su hijo las reprensiones mas fuertes por su incapacidad, vicios y crueldades, le declara indigno de reinar, y le arranca con sus propias manos el manto imperial.

Fuga de Maximiano. (309.) Los senadores, caballeros y ciudadanos, no sabiendo qué partido tomar, guardaron profundo silencio, cuando repentinamente los jóvenes cortesanos, partícipes de las disoluciones de Maxencio, y los soldados, cuyos desórdenes favorecia, le rodean y defienden dando espantosos gritos, dicen mil injurias á Maximiano, le amenazan, levantan contra él sus manos furiosas, y obligan al ambicioso viejo á buscar su salud en la fuga. Caido del trono por la segunda vez, pasó al Asia á

buscar con vileza y en vano el apoyo de Galerio: despues de inútiles esfuerzos para incitarle contra su hijo, vino á las Galias á pedir un asilo á su yerno. Constantino le acogió con nobleza, le dió aposento en su palacio, y le concedió todos los honores debidos á su dignidad.

La edad y los reveses no podian suavizar el corazon de este viejo, que solo vivia para reinar; y mientras su yerno le trataba como á un padre, no pensaba él sino en quitarle el trono y la vida. Los francos invadieron de nuevo el pais de los treviros. Constantino, que debió casi todas sus victorias á la rapidez, marcha contra ellos al frente de un corto número de tropas. Apenas Maximiano le ve ocupado con aquella guerra, echa la voz de que su yerno, rodeado por los bárbaros, ha caido en sus manos, y convocando apresuradamente las legiones que habia en el territorio de Arelate, es saludado emperador por ellas.

Muerte de Maximiano. (310.) Cons-

tantino supo este suceso cuando acababa de ahuyentar á los enemigos al otro lado del Rhin. Tan pronto como el relámpago vuelve á las orillas del Arar, baja por este rio y el Ródano, y llega de improviso al pie de las murallas de Arelate. Maximiano no habia tenido tiempo para organizar sus fuerzas y consolidar su usurpacion. Mandaba por el terror, y Constantino era amado; y así, apenas se anuncia su llegada, los corazones y los soldados son suyos. Maximiano huye á Masilia, Constantino le sigue y entra en la ciudad, cuyas puertas le abrieron los habitantes. Clemente despues de la victoria, no quitó á su suegro mas que la púrpura imperial, le dejó la vida, y lo conservó á su lado. El implacable viejo, lejos de enternecerse por esta mansedumbre, resuelto á vengarse, juró dar la muerte al mismo que conservaba sus dias. Algunos meses despues hallándose en Masilia con Constantino, cuya alma generosa no podia sospechar semejante

crimen, descubrió su horrible proyecto á su hija Fausta, empleando sucesivamente los regalos, las súplicas, las promesas y las amenazas para persuadirla á que dejase abierto de noche el cuarto de su esposo, y á alejar de él las guardias que velaban por su seguridad.

La desgraciada emperatriz, obligada á dar la muerte á su padre si habla, ó á su esposo si calla, duda largo tiempo en tan espantosa situacion, á quién debe salvar ó entregar: en fin, el amor conyugal triunfa: promete á su padre obedecer, y lo revela todo á Constantino. Mas afligido que aterrado por el delito, rehusaba creerlo, y quiso antes de castigar, tener la prueba evidente de él. Segun las costumbres bárbaras de aquel tiempo los esclavos no se miraban como hombres. Constantino sacrificó la vida de un eunuco para descubrir la verdad: le mandó acostarse en su cama, alejó las guardias, y se puso donde pudiese ser testigo de cuanto pasase. Enmedio de las

sombras y silencio de la noche, Maximiano, armado de un puñal, llega, ve con bárbara satisfaccion que su hija habia desembarazado su camino de todos ostáculos; entra en el aposento, se acerca al lecho, sepulta muchas veces su puñal en el seno del esclavo, y grita: «Mi enemigo es muerto: soy dueño del imperio.» Apenas ha dicho estas palabras, se presenta Constantino á su vista, lo aterra con sus miradas amenazadoras, y muda su cruel alegría en vergüenza y desesperacion. El emperador no perdonó esta vez, y Maximiano murió víctima de su ambicion desenfrenada, que solo pudo estinguirse con su vida.

Maxencio, que habia vendido, insultadó y destronado á su padre, declaró temerariamente que queria vengarle. Desde que reinaba solo, su tiranía era desenfrenada. Roma bajo el dominio breve de este príncipe feroz é insensato se llenó de delatores, fue inundada de sangre y entregada al pillage. El pudor de

las matronas y doncellas mas distinguidas fue inmolado á la brutalidad de sus deseos. Sofronia, cristiana y esposa de un ilustre senador, viendo rodeada su casa por los satélites del tirano, creyó que le era lícito perder la vida por conservar su honra, y se dió la muerte. La sangre de esta nueva Lucrecia hubiera quizá armado á los romanos contra la tiranía, á no contenerlos el ejército, adicto á Maxencio, y que reinaba mas que él, disponiendo á su sabor de la fortuna y vida de los ciudadanos. El príncipe les decia con frecuencia: «Robad, saquead, prodigad, esos son vuestros derechos: la fortuna del imperio que sosteneis os pertenece.» Con el apoyo de estos soldados licenciosos se creia único emperador, hablaba con desprecio de los otros césares, y los trataba como á lugartenientes suyos. El senado y el pueblo, cansados de su yugo aborrecido, imploraron el socorro de Constantino. Las circunstancias eran favorables: Galerio a-

cababa de terminar su vida por una enfermedad dolorosa, en la cual pareció que los vicios de su alma habian inficionado su cuerpo: murió lleno de úlceras y devorado de remordimientos, y antes de fallecer revocó sus crueles edictos contra los cristianos. Licinio y Maximino, sus sucesores, se disputaban el imperio de Asia; y Constantino, sin temer diversion por la parte del oriente, marchó á Italia, á donde le llamaba la Providencia; pero antes de pasar los Alpes, una feliz temeridad aumentó su gloria y aseguró por mucho tiempo la tranquilidad de la Galia.

Los bárbaros, que hasta entonces hacian la guerra separados, invadiendo cada pueblo las provincias que estaban mas á su alcance, se reunieron entonces, y un ejército formidable de francos, catos, bructeros, y casi todas las naciones germánicas, pasó el Rhin. Constantino marchó contra ellos con tropas inferiores en número, pero superiores en va-

lor y táctica. Cuando estuvo cerca de los enemigos, se disfrazó, entró con osadía en sus reales, habló familiarmente con los bárbaros, y reconoció con cuidado todos sus puestos. Vuelve á su ejército, ataca á los enemigos por la parte mas débil de su posicion, los desordena y ahuyenta, y hace en ellos horrible carnicería.

Guerra de Constantino y Maxencio: batalla de Verona. (311.) Aseguradas con esta victoria sus provincias, reunió todas sus fuerzas, que ascendian, segun los historiadores, á solos cien mil hombres, pasa los Alpes Grayos, toma por asalto á Augusta de los seguisianos, derrota en las llanuras de los taurinos un gran cuerpo de caballería que se oponia á su marcha, se hace dueño de Augusta de los taurinos y de Mediolano, y fue recibido en toda la Galia Cisalpina, no como enemigo, sino como libertador. Maxencio, cobarde igualmente y orgulloso, nunca fue temible sino á la inocen-

cia, el pudor y á la virtud. Se mantenia encerrado en Roma, y hacia la guerra por medio de sus lugartenientes. Sus armas le habian adquirido el Africa, quitada á Maximino: un usurpador llamado Alejandro se rebeló en ella y la gobernó tres años, hasta que Rufino, enviado por Maxencio, lo derrotó y le dió muerte. A Pompeyano se dió el encargo de defender á Italia y pelear contra Constantino. Su ejército, compuesto de las tropas de Italia y Africa, tenia ciento ochenta mil soldados, ardientes defensores de un tirano que entregaba á su codicia todas las riquezas de Roma y de Italia. Como no bastasen los impuestos á pagar este numeroso ejército, Maxencio recurrió á las confiscaciones: ninguna tiranía hizo derramar mas lágrimas y sangre.

Constantino, antecedido por la fama de sus hazañas y el renombre de sus virtudes, era llamado por los votos de todos los ciudadanos oprimidos. Sin em-

bargo, antes de pelear con fuerzas superiores á las suyas, y mas temibles aun por el nombre de Roma que las favorecia, y por la derrota reciente que habian dado á Severo y á Galerio, animó el valor de sus soldados ofreciéndoles el socorro celestial; y para librarlos del temor que inspiraba la fortuna y los dioses del capitolio, les prometió la victoria en nombre de un dios mas poderoso. Su madre Helena le habia enseñado en su infancia á despreciar la idolatría y á venerar el Dios de los cristianos. A ejemplo de su padre, los protegió siempre. La fe de Jesucristo, triunfante en medio de las persecuciones, se habia estendido rápidamente por todo el imperio: el odio de la opresion aumentaba los prosélitos, la sangre de los mártires fortificaba las raices del cristianismo. Los guerreros mas valientes, los hombres mas sabios, los ciudadanos que habian conservado algun sentimiento de virtud, se declaraban por la religion de

la moral, y despreciaban los falsos dioses de Maxencio y Maximino, como tambien su Panteon, poblado de tiranos, y su Olimpo mancillado de vicios. Los pobres y esclavos invocaban á un Dios, que recordaba á los hombres su igualdad primitiva, y las mugeres abrazaban ardientemente una religion que mandaba la clemencia y el amor, y que prometia una felicidad eterna á las virtudes suaves. El politeismo era defendido por los satélites de los tiranos, por los sacerdotes, por los filósofos sistemáticos, por los supersticiosos que creían inseparable de la gloria de Roma el antiguo culto, y en fin, por los hombres corrompidos, cuyo interes los inclinaba á la creencia de los vicios divinizados. Maximino, tan intolerante como Galerio, favorecia el partido de Maxencio, y se mostraba como él implacable enemigo de los cristianos. Licinio, su rival, sostenia la causa de Constantino, y por favorecerle, se mostraba afecto al cristianis-

mo. Tal era la disposicion de los ánimos, cuando Constantino, ilustrado por la luz de la religion verdadera, persuadió á sus soldados que el cielo se armaba en su favor. Dijo, que hallándose un dia en marcha á la hora que iba á ponerse el sol, habia visto en el aire una cruz luminosa con la inscripcion: *en esta señal vencerás*: y que la noche siguiente se le habia aparecido Jesucristó en sueños, y esplicándole el fenómeno, le habia mandado tomar un estandarte semejante á aquella figura celestial. El emperador obedeció: la nueva bandera imperial tomó el nombre de *lábaro* que tenia la antigua. Todo el ejército siguió con entusiasmo esta insignia milagrosa, y llevó desde entonces en los yelmos y escudos la señal brillante de la cruz, objeto anteriormente del insulto y la persecucion. Eusebio refiere este hecho del modo que lo oyó al mismo Constantino. Los autores paganos de aquella época lo contaban de otra manera: decian que se

habia visto en el aire un ejército que dirigia y animaba al del emperador. Así los escritores de ambos cultos atribuyeron á prodigio la derrota de Maxencio.

Constantino, siguiendo su marcha, encontró cerca de Verona el ejército de Pompeyano, y le dió batalla: en esta accion, larga y sangrienta, Constantino manifestó la habilidad de un gran capitan, y se espuso como un soldado. La fortuna coronó sus armas: destruyó una parte del ejército enemigo, y ahuyentó lo restante. Las reliquias de las legiones vencidas, uniéndose á las tropas que habia en Roma, formaron otro ejército numeroso que se acampó al occidente del Tiber: su principal fuerza era de pretorianos. Maxencio, entregado á sus infames disoluciones, no salia del recinto de su palacio. Los oráculos engañosos de las Sibilas alentaban su ánimo supersticioso; porque le dijeron con su ambigüedad ordinaria, «que el enemigo de Roma seria vencido dentro de poco.» El ti-

rano no conocia que este era anuncio de su derrota y muerte.

Batalla del puente Milvio, y muerte de Maxencio. (312.) No tardó en ver contra sí al ejército victorioso; y á pesar de su cobardía, se vió obligado por las amenazas é indignacion de los pretorianos á ponerse á su frente. Dada la señal, no fue dudosa largo tiempo la victoria. Maxencio dirigió sus tropas sin habilidad: la guardia pretoria, afeminada por la inaccion, no sostuvo el choque de las legiones aguerridas del norte: las reclutas de Africa é Italia las siguieron en su fuga, y en pocas horas fue completa su derrota. El gran número de fugitivos rompió con su peso el puente del Tiber: Maxencio, que iba enmedio de ellos, cayó en el rio, y se ahogó.

Roma abrió sus puertas al dia siguiente, y Constantino al son de las aclamaciones públicas entró como libertador en la capital del mundo: la cabeza de Maxencio, puesta en una lanza, prece-

dia su carro. No se veia en este noble triunfo, dice un orador de aquel tiempo, generales aherrojados, príncipes con la cadena al cuello, ni bárbaros cautivos: servíanle de adorno el senado y los patricios restituidos á su dignidad, los desterrados vueltos á la patria, el pueblo romano libre de un cautiverio odioso; y en fin, Roma sustraida á la tiranía de un mónstruo. El emperador no mancilló su victoria con ningun acto de rigor; y se contentó con abolir las cohortes pretorias, enemigas siempre de los buenos príncipes, y apoyo de los malos. En pocos meses reparó la actividad de Constantino los males producidos por diez años de tiranía: los desterrados volvieron á sus casas: los proscritos tomaron posesion de sus bienes: el senado recobró su autoridad: la justicia dominó en los tribunales: el pudor respiró, y el vicio se ocultó entre sombras vergonzosas: los delatores fueron desterrados: los magistrados concusionarios destituidos y casti-

gados; en fin, los labradores, aliviados de los enormes impuestos que devoraban sus frutos y mieses, se entregaron de nuevo al trabajo con seguridad y confianza. Constantino recibió del senado los honores concedidos á todos sus antecesores. Conformándose con las costumbres populares, celebró juegos, y dió á la plebe los espectáculos ordinarios del circo: mas no quiso tomar parte en los sacrificios, y por su desprecio á los falsos dioses se atrajo la censura de los habitantes de Roma, adictos por la mayor parte á la antigua supersticion.

Alianza de Licinio y Constantino. (313.) Algun tiempo despues Constantino pasó á Mediolano, donde celebró una conferencia con Licinio, é hizo alianza con este príncipe, dándole por esposa á su hermana Constancia. Uno y otro, por acuerdo comun, publicaron en sus estados muchos edictos para devolver á los cristianos sus bienes é iglesias, á los obispos su autoridad espiri-

tual, y para autorizar en todas partes el ejercicio libre y público del cristianismo.

Cuando murió Galerio se disputaron el Asia Licinio y Maximino. Este, mas pronto que su colega, se apoderó de aquella provincia, se fortificó en ella, y obtuvo por un tratado que se le cediese. Esta paz no fue de larga duracion. Maximino, enemigo implacable de los cristianos, no podia sufrir la proteccion que les concedian sus dos colegas, y las reprensiones que le hacian por su crueldad. Enardecido su odio por las sugestiones de sus sacerdotes y de los antiguos partidarios de Galerio y Maxencio, que se le habian reunido, orgulloso por el número de sus tropas y la estension de sus estados, y engañado por falsos oráculos, se resolvió á acometer inesperadamente á Licinio, derribarle del trono, vencer despues á Constantino, y apoderarse de todo el imperio.

Muerte de Maximino: guerra entre Constantino y Licinio: batallas de Sir-

mio y Adrianópolis. (314.) Reuniendo en secreto sus tropas, marchó con velocidad al Bósforo, lo atravesó, y se hizo dueño de Bizancio y Heraclea. Licinio, no desalentado por los primeros sucesos de esta invasion, salió de Mediolano, se puso al frente de las valerosas legiones de Tracia é Iliria, atacó las tropas asiáticas, cuando estaban entretenidas en el pillage, y las derrotó en dos batallas campales. Maximino, perdida la mayor parte de su ejército, se escapó á Cilicia, donde perseguido por las tropas de su rival, se dió la muerte con veneno. Licinio, tan feroz como él, usó cruelmente de la victoria: no solo mandó matar toda la familia de Maximino, sino tambien á Prisca y á Valeria, la una esposa, y la otra hija de Diocleciano.

Solo quedaban ya dos emperadores, Constantino y Licinio: el interes que los habia unido por un momento, no tardó en dividirlos. Constantino exigia un nuevo repartimiento en que se le cediesen

las provincias de Iliria, Tracia, Macedonia y Grecia: Licinio no lo consintió, y vinieron á las manos. Los dos emperadores se dieron batalla en Címbalis, cerca de Sirmio, ciudad de Iliria, ambos valientes y esperimentados, ambos con legiones aguerridas. La accion duró veinte y cuatro horas: al fin, el ala que mandaba Constantino desordenó la opuesta, y decidió la victoria. Licinio se retiró á Adrianópolis, juntó nuevas fuerzas, y adoptó por césar á Valente, general poco conocido. Constantino le atacó de nuevo en Mardia, ciudad cercana á Adrianópolis: el combate no fue decisivo, y cada partido se atribuyó la victoria: pero solo Constantino logró sus frutos; porque Licinio, desalentado, se sometió á las condiciones que su rival quiso imponerle, depuso á Valente, y le mandó matar; y abandonando las provincias que Constantino le pedia, no conservó sino una parte de Tracia, el Asia y el Egipto. Licinio, que ofendido en su am-

bicion, no consideraba aquella paz desventajosa, sino como una tregua, resuelto á quebrantarla apenas tuviese alguna esperanza de victoria, aumentó su ejército, y llenó su tesoro oprimiendo á los pueblos con impuestos y confiscaciones. Es verdad que su tiranía recayó solo sobre los ricos y poderosos; porque este príncipe, habiendo nacido en la clase de los aldeanos, los protegió siempre. En todas las partes del imperio veneraban los cristianos á Constantino como á libertador, protector y gefe: esto bastaba para que Licinio se declarase enemigo de ellos; y así, abrazó con ardor la causa del gentilismo, y entregó los cristianos al odio y venganza de sus perseguidores. Constantino los defendió: Licinio escitó los descontentos de Roma á conspirar contra su colega. Despues de mútuas acusaciones y de conferencias tan infructuosas como poco sinceras, se encendió la guerra, igualmente deseada por entrambos.

Batallas de Adrianópolis y de Calcedonia. (323.) Licinio, viéndose poseedor de los tesoros del oriente, cuatrocientos cincuenta navíos de guerra y un ejército de ciento setenta mil hombres, no dudaba de la victoria, y así decia: «Consiento que el éxito de este combate sirva de juez entre los dioses del imperio, que me han confiado su venganza, y el Dios de Constantino.» Acampado sobre una altura que dominaba á Adrianópolis, y defendido por el Hebro, esperó tranquilamente á su rival. Muchos dias detuvo á Constantino la fuerte posicion de Licinio; pero instruido en las estratagemas de la guerra, se mantuvo en inaccion algun tiempo, y sorprendió repentinamente al enemigo pasando el rio por un sitio cuya defensa se habia descuidado, sin dar tiempo á Licinio para mudar sus disposiciones. Le atacó impetuosamente, le obligó á huir, y le encerró en Bizancio.

Constantino habia dado el título de

césar á su hijo mayor Crispo, que tuvo en Minervina su primera muger: los demas que habia tenido de Fausta fueron decorados con el mismo título. Crispo mandaba en esta guerra la escuadra de su padre; encontró en el Helesponto á la de Licinio, la derrotó, y echó á pique mas de ciento treinta navíos. Constantino estrechaba el sitio de Bizancio: Licinio, temiendo caer en sus manos, se escapó de noche á Calcedonia. El vencedor le persiguió, le dió la última batalla, logró una victoria completa, no dejó recurso al vencido, que en aquella accion perdió ciento treinta mil hombres entre muertos y prisioneros. Licinio huyó á Nicomedia casi solo, imploró la clemencia de su enemigo, y le pidió la vida, abandonando todas sus pretensiones al imperio. Las lágrimas y ruegos de su muger Constancia enternecieron á su hermano, y concedió lo que pedia; pero algun tiempo despues, con el pretesto de que Licinio solicitaba enardecer el ce-

Batallas de Adrianópolis y de Calcedonia. (323.) Licinio, viéndose poseedor de los tesoros del oriente, cuatrocientos cincuenta navíos de guerra y un ejército de ciento setenta mil hombres, no dudaba de la victoria, y así decia: «Consiento que el éxito de este combate sirva de juez entre los dioses del imperio, que me han confiado su venganza, y el Dios de Constantino.» Acampado sobre una altura que dominaba á Adrianópolis, y defendido por el Hebro, esperó tranquilamente á su rival. Muchos dias detuvo á Constantino la fuerte posicion de Licinio; pero instruido en las estratagemas de la guerra, se mantuvo en inaccion algun tiempo, y sorprendió repentinamente al enemigo pasando el rio por un sitio cuya defensa se habia descuidado, sin dar tiempo á Licinio para mudar sus disposiciones. Le atacó impetuosamente, le obligó á huir, y le encerró en Bizancio.

Constantino habia dado el título de

césar á su hijo mayor Crispo, que tuvo en Minervina su primera muger: los demas que habia tenido de Fausta fueron decorados con el mismo título. Crispo mandaba en esta guerra la escuadra de su padre; encontró en el Helesponto á la de Licinio, la derrotó, y echó á pique mas de ciento treinta navíos. Constantino estrechaba el sitio de Bizancio: Licinio, temiendo caer en sus manos, se escapó de noche á Calcedonia. El vencedor le persiguió, le dió la última batalla, logró una victoria completa, no dejó recurso al vencido, que en aquella accion perdió ciento treinta mil hombres entre muertos y prisioneros. Licinio huyó á Nicomedia casi solo, imploró la clemencia de su enemigo, y le pidió la vida, abandonando todas sus pretensiones al imperio. Las lágrimas y ruegos de su muger Constancia enternecieron á su hermano, y concedió lo que pedia; pero algun tiempo despues, con el pretesto de que Licinio solicitaba enardecer el ce-

lo de sus partidarios, mancilló su gloria mandándole matar. La derrota y muerte de Licinio reunieron, en fin, bajo las leyes de un solo príncipe todas las partes del imperio romano.

Constantino, único señor del imperio. El reposo de Constantino fue mas activo y le hizo mas célebre que sus campañas. En la guerra solo habia hecho conquistas: en la paz mudó el gobierno, las leyes y la religion. Mientras participó de la autoridad suprema con rivales tan poderosos como él, que defendian las antiguas instituciones religiosas, se limitó á proteger al cristianismo, y á reparar con leyes justas las desgracias de diez años de tiranía. «Roma, dice un historiador de aquella época, bajo la tiranía de Maxencio semejaba á una vasta prision, cuyas puertas abrió Constantino.» Desde su triunfo volvió á parecer la justicia, la tolerancia, el órden y la paz. Todos los hombres de mérito que habian peleado con él, gozaban de los mas altos destinos: los

pretorianos licenciados servian en diversos cuerpos del ejército, y el emperador solo habia desplegado su severidad contra el vicio, la disolucion y la delacion, á la cual llamaba *peste pública*. Los cristianos le debieron que se acabase la persecucion; pero los protegió sin vengarlos: respetó á los principios el culto antiguo, y aun tomó el título de soberano pontífice: solo prohibió los sacrificios que ultrajaban la naturaleza, y el charlatanismo de los arúspices que en las épocas de calamidad se introducian en todas las casas, y satisfacian su avaricia á costa de la credulidad. Las dos únicas leyes en que se conoció su propension decidida á favor de la Iglesia, fue la de esceptuar al clero de todo servicio público y empleo oneroso, y la abolicion de la ley contra los celibatarios. Despues de tantos años de violencias, persecuciones y guerras civiles, se debia aplaudir el reinado de un emperador que mostraba tanta moderacion y generosidad, y que prometia se-

guir por modelos á Claudio II, su tio, y á Marco Aurelio, y cuya mácsima era que atendida la imperfeccion de los hombres, es menester gobernarlos, no por las leyes de la estricta justicia, sino de la benigna equidad. Uno de sus edictos encargaba al tesoro público la manutencion de los niños que sus padres no podian alimentar. Otro convidaba á todos los ciudadanos á acusar sin temor á los comandantes, administradores y magistrados que les hubiesen hecho alguna injusticia, prometiéndoles ecsaminar y satisfacer sus quejas. Opuesto á toda reaccion, respondió á los que pedian la muerte de los perseguidores: «La religion manda morir, y prohibe matar en defensa suya.»

Los diez primeros años de su reinado fueron propios de un gran príncipe, y los paganos se quejaban de él sin razon: su estátua, es verdad, se erigió en la plaza pública con la cruz en la mano; mas no permitió contra el culto de los falsos

dioses mas armas que las de la persuasion y de la conciencia. Pero cuando se vió dueño del imperio sin concurrentes, deseoso de asemejar su poder en la tierra á la omnipotencia del Señor en el universo, empleó para el triunfo completo del cristianismo el arma de su autoridad, muy inútil en favor de una religion que habia subyugado sin fuerzas humanas casi todo el imperio. No se contentó ya con proscribir los espectáculos de gladiadores, alimento no del valor sino de la ferocidad romana, y las fiestas escandalosas, en las que se entregaba la juventud disoluta á todos los escesos en nombre de los dioses; sino que ademas mandó, aun á los que no eran cristianos, la cesacion del trabajo en los dias festivos, cerró los templos gentílicos, prohibió los sacrificios, y derribó los ídolos: quitó sus privilegios á las vestales; en fin, destruyó con el poder todo lo que el cristianismo hubiera esterminado en breve con la conviccion. Asi hizo falsos prosélitos y

falsos devotos, que aparentaban gran celo por la religion, para grangearse el favor del príncipe.

Desde que el fervor fue un medio para elevarse, y la augusta creencia de los cristianos cayó en manos de la ambicion y de las intrigas palaciegas, empezó á cubrirse de nublados la sinceridad de la fe: la esageracion de los rigoristas, la sutileza de los platónicos, y el furor de distinguirse, produjeron las sectas; nueva y más cruel persecucion, de que triunfó la Iglesia, porque su divino fundador le ha dado el poder de triunfar contra todos sus enemigos. La primera de estas sectas fue la de Donato, que debió su origen á la condenacion de algunos sacerdotes, que en tiempo de la persecucion habian entregado á los gentiles los libros sagrados: siguióse á ella la de los *circuncelionces*, enemiga de toda propiedad, y que miraba como esencial al cristianismo la comunidad de bienes; pero la que mas se estendió en aquel siglo

fue la de Arrio, enemigo de la divinidad del Verbo eterno. Estas divisiones, tan violentas como lo habian sido en otro tiempo las de los plebeyos y patricios, inflamaron los ánimos, y sembraron la discordia en el Estado y en la Iglesia. Constantino, despues de haber procurado en vano destruirlas, tomó parte en ellas. Mandó reunir concilios en Arelate y en Nicea: los sectarios resistieron con ostinacion á la autoridad de los sínodos y á la del príncipe. Al fin, vencido como otros muchos por la elocuencia de Arrio y Eusebio, favoreció el arrianismo que la Iglesia habia condenado. Aquí no hacemos mas que indicar las discordias religiosas que llenarán demasiado la historia deplorable del imperio griego, cuyo triste cuadro formaremos bien pronto. En él describiremos otro mundo, otras leyes, otra religion, una nueva forma de gobierno, un nuevo imperio. Constantino fue su fundador, y en dicha historia contaremos su vida mas circuns-

tanciadamente; pero desde ahora hemos debido dar á conocer los sucesos principales de un reinado que podria terminar convenientemente la historia antigua, y dar principio á la moderna (1).

---

(1) *En esta parte no somos de la opinion del Conde de Segur. La historia antigua* no termina convenientemente *sino en la ruina del imperio de Roma, y en la formacion de las monarquías de los bárbaros. Entonces empezó verdaderamente la época* de la edad media *con otras sociedades, otras costumbres, otra organizacion interior: entonces fue cuando la religion cristiana llegó á ser un* principio político, *el solo que esistió durante los siglos bárbaros: en fin, entonces empezaron los gobiernos que con leves diferencias en sus formas se han conservado hasta nuestros dias. La historia antigua es la del* principio republicano *y* la sociedad del foro: *la moderna la del* principio monárquico *y de la* sociedad doméstica. *En la primera no habia medio entre la libertad y la tiranía. En la segunda se ha combinado el*

Constantino, por la inmensa revolucion que procuró hacer, separó en dos grandes épocas los anales del mundo, asi como dividió el imperio en dos partes. Pertenece, pues, igualmente á la antigua Roma que libertó, y cuyo poder aniquiló despues, y á la nueva que fundó: hemos seguido, pues, su vida hasta que transfirió á los confines del Asia la silla de su imperio, para alejarse de una ciudad que era á un mismo tiempo el centro de la idolatría y el antiguo templo de la libertad (1).

---

poder con la libertad, la seguridad y el bienestar de los pueblos. (N. del T.)

(1) *Todo esto y lo que sigue nos parece ecsagerado. La historia justifica la traslacion de la capital al Bósforo: sin ella, la caida de Roma hubiera causado la del imperio; y la caida de Roma era segura, apenas los bárbaros hubiesen vencido las barreras del Danubio y del Rhin. Ni Roma opuso á la Religion cristiana los ostáculos que se dice, ni la libertad, fundada solo en recuerdos, podia ser*

Fundacion de Constantinopla. (329.) Cuando todo el mundo se sometia á sus leyes, solo hallaba resistencia en la capital. El capitolio era todavía el monte de Júpiter: cada templo, cada edificio y aun cada habitacion recordaba un dios ó un prodigio: las sombras de los emperadores divinizados parecian poblar á Roma de inmortales: no se formaba ninguna empresa, ni se tomaba ninguna determinacion sin invocar y consultar á los dioses: leyes, costumbres, creencias formaban un todo compacto. Roma era

---

temible, ni Constantino quiso hacer mas que lo que habian hecho algunos de sus antecesores; y la prueba de ello es, que ni aun estableció la ley de sucesion, *esencial en toda monarquía, sea templada, absoluta ó despótica. En el castigo de Crispo y Fausta usó, con justicia ó sin ella, del derecho de vida y muerte que las leyes antiquísimas de Roma concedian al padre de familia sobre su muger y sus hijos. (N. del T.)*

la ciudad de Marte, y era menester destruirlo todo en ella para someterla á la cruz. No oponia menos ostáculos y recuerdos al despotismo; y á pesar de la tiranía de muchos emperadores, la forma de las antiguas instituciones ecsistia aun. El conquistador del mundo se hallaba oprimido en un senado donde se habia oido la voz de Caton, y en un foro donde parecia resonar aun la elocuencia republicana de Ciceron, la temeridad democrática de los Gracos, la insolencia facciosa de Mario. El orgullo de los grandes y la familiaridad del pueblo eran incompatibles con el genio altanero de un amo, que desdeñando gobernar como cónsul, mandar como general y juzgar como pretor, queria reinar como los reyes de Persia; y Constantino, determinado á fundar un nuevo imperio, resolvió erigir una nueva capital. Un acontecimiento funesto y que mancilló su memoria, apresuró la ejecucion de sus designios. Habia mucho tiempo que la

emperatriz Fausta temia el crédito, las hazañas y la gloria del jóven césar Crispo, hijo del primer matrimonio de Constantino. Esta muger ambiciosa y pérfida para asegurar la grandeza de sus hijos, quiso librarlos de un hermano que los eclipsaba, y de un rival que los alejaba del trono. Acusó al príncipe de un amor incestuoso hácia ella, y el padre sin ecsámen mandó matarlo. Algun tiempo despues la virtuosa Helena, madre del emperador, le demostró la inocencia de Crispo, y escitó en él pesares y remordimientos tardíos. Algunos amigos del príncipe, tan injustamente condenado, acusaron á Fausta de adulterio, y Constantino, sin ecsaminar las pruebas del delito, la sacrificó á los manes de su hijo.

Estos dos homicidios escitaron la indignacion general: el pueblo detestaba al emperador por enemigo del antiguo culto; y como perdida la libertad, habia conservado la licencia, le insultó pú-

blicamente, llamándole *Neron*. Esta ofensa hizo insoportable al emperador la mansion en Roma. Al principio pensó en transferir los romanos á su antigua cuna, y edificar su capital sobre las ruinas de Troya; pero la posicion de Bizancio, mas favorable á sus miras, le obligó á decidirse por las orillas del Bósforo. Esta ciudad, defendida por tres mares, era un punto de comunicacion entre Europa y Asia. Colocando en ella el centro del imperio, era mas fácil defenderlo contra los godos y los persas, sus mas temibles enemigos. Esta revolucion, temerariamente emprendida, se consumó en breve tiempo; y mientras Constantino, siempre infatigable y siempre feliz en sus espediciones, triunfaba otra vez de los germanos, godos, sármatas y rojolanos, Bizancio, cuyos cimientos habia echado, y que recibió de él el nombre de *Constantinópolis*, se llenó con estraordinaria prontitud de soberbios palacios, basílicas y monumentos magnífi-

cos; se pobló de una multitud de habitantes de todas las partes del imperio, y recibió gran parte de las riquezas que diez siglos de triunfos habian aglomerado en Italia.

Muerte de Constantino. (337.) Constantino, despues de haber gozado muchos años del poder mas estenso y de una paz profunda, turbada solo por los remordimientos de su conciencia, espió sus culpas con el arrepentimiento, recibió el bautismo, murió despues de un reinado de treinta años, y fue colocado por los griegos en el número de los santos, aunque la Iglesia latina no le ha admitido nunca en su calendario. Vencedor de todos sus enemigos, dueño de oriente y de occidente, digno del noble título de *fundador de la tranquilidad pública*, que el senado le concedió despues de la caida de Maxencio, pudo levantar el imperio como hicieron Vespasiano, Trajano y Marco Aurelio, y mas tarde Claudio II, Aureliano, Tácito y

Probo; pero mas atento á su propio interes que al de su patria, mas deseoso de estender su grandeza que la de Roma, sacrificó la verdadera gloria á la vanidad. En lugar de limitarse á reformas útiles, hizo una funesta revolucion, destruyó el imperio antiguo para fundar otro nuevo: mudó con violencia las leyes, la religion y las costumbres: quitó el esplendor á la antigua capital, creando otra nueva, y oprimió al mundo con el peso de dos Romas, cuando no habia bastantes romanos para mantener y defender una sola. Desguarneció los campamentos, que mantienen á los soldados en su vigor, para poblar las guarniciones que los afeminan: despojó á los senadores de su autoridad, y los convirtió en esclavos condecorados: hizo visires á sus favoritos y ministros; en fin, sustituyó á las coronas cívicas y á las modestas distinciones de los ciudadanos, los nombres arrogantes de *duques*, *condes*, *patricios*, y los títulos pueriles de *nobi-*

lísimos, clarísimos, eminentísimos, y serenísimos (1). Favoreció los errores que la ambicion y la hipocresía procuraban introducir en una religion, cuyas bases son la sencillez, la humildad y la dulzura evangélica, y apartó los ánimos de los grandes intereses del estado para envolverlos en las disputas de novedades profanas, que tan sabiamente prohibió san

---

(1) *Estos nombres pudieron haber sido en su primera introduccion mal vistos de un pueblo que solo conservaba ya los recuerdos de la democracia. Mas no puede negarse que siempre se han usado ó ellos ú otros semejantes en todas las naciones donde ha habido gerarquía social. Los nombres de duques y condes eran de dignidades: el de patricios de dignidad y nacimiento, y equivalian á los de cónsules, procónsules y pretores en la antigua Roma; y en cuanto á los superlativos, las oraciones de Ciceron, á quien nadie ha tachado de cortesano, estan llenas de* clarísimos, amplísimos, fortísimos, *etc. (N. del T.)*

Pablo á los primeros cristianos.

Este príncipe consumó por su lujo asiático la destruccion de las costumbres, de la industria y de la poblacion, y fundó sobre las ruinas de una monarquía moderada (1) el despotismo, cuya grandeza engañadora, cuyas mácsimas degradantes y mezquinas preocupaciones dieron nacimiento á tantas leyes funestas, á tantos gobiernos débiles y bárbaros, y sepultaron en las tinieblas tantas generaciones.

Constantino, durante los diez primeros años de su reinado, adquirió justamente el renombre de gran capitan, hábil político, feliz conquistador, libertador de su patria: al fin de su vida fue

(1) *¡Moderada la monarquía de los Calígulas y Domicianos! ¡moderada una monarquía sin mas instituciones y reglas que la fuerza militar! Por lo menos, despues de Constantino no se volvieron á ver Nerones ni Heliogábalos, y no faltaron Trajanos.* (N. del T.)

comparado con razon á los tiranos. El prudente autor *de la Historia eclesiástica*, hablando con franqueza de sus apologistas y detractores, confiesa que se debe creer todo el bien y todo el mal que se ha escrito de este príncipe. Habia sido un héroe; mas no supo ser un grande hombre. Embriagado por la fortuna y por el atractivo del poder supremo, demasiado conmovido por los riesgos de sus antecesores, inmoló el bien del imperio á la seguridad del emperador, y para defender su trono cavó al rededor de él un precipicio, en que Roma y su antigua gloria desaparecieron.



TABLA CRONOLOGICA
de la historia romana del Conde de Segur.

Anos del mundo.		Años antes de J. C.
2822	Fundacion de Alba Longa. *Jefté, juez en Israel.*	1182
3251	Fundacion de Roma. *Ruina del primer imperio de los asirios. Joatan, rey de Judá.*	753
3252	Rómulo, primer rey de Roma.	752
3289	Primera paz con los veyentes.	715
3291	Numa Pompilio, rey de Roma. *Sitio de Jerusalen por Sennaquerib.*	713
3334	Tulo Hostilio, rey de Roma. *Psammético, rey de Egipto. Tirteo.*	670
3337	Los romanos arruinan á	667

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	Alba Longa.	
3365	Anco Marcio, rey de Roma. *Josias, rey de Judá. Fraortes I, rey de Media.*	639
3390	Tarquino el antiguo, rey de Roma. *Necao, rey de Egipto.*	614
3428	Servio Tulio, rey de Roma. *Apries, rey de Egipto. Nabucodonosor el grande.*	576
3472	Tarquino el soberbio, rey de Roma. *Ciro, fundador del imperio de los persas.*	532
3496	Abolicion de la monarquía en Roma. Fundacion de la república. Bruto y Colatino, primeros cónsules. *Dario I, rey de Persia. Espulsion de los Pisistratidas.*	508
3498	Paz con Porsena, rey de Etruria.	506

Años del mundo.		Años antes de J. C.
3501	Guerra con los sabinos. *Guerra jónica é incendio de Sardes.*	503
3508	Discordia entre patricios y plebeyos. Creacion de la dictadura.	496
3510	Guerra con los latinos. Batalla del lago Regilo.	494
3511	Muerte de Tarquino el soberbio.	493
3512	Retirada del pueblo al monte sagrado. Tribunos de la plebe.	492
3515	Destierro de Coriolano: el pueblo juzga á los reos en única instancia. *El año antes se dió la batalla de Maraton.*	489
3516	Sitio de Roma por Coriolano.	488
3518	Conjuracion y muerte de	486

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	Espurio Casio.	
3526	Guerra con los veyentes. Combate del Cremera: 14 *años despues del combate de las Termópilas y la batalla de Salamina.*	478
3533	Ley de Voleron, que entregó el poder legislativo á los comicios por tribus. *Jérjes I, rey de Persia.*	471
3538	Guerra con los volscos. Toma de Ancio.	466
3544	Conspiracion de Apio Herdonio. *Artajerjes Longimano, rey de Persia. Victorias de Cimon.*	460
3552	Embajadores enviados á Grecia para estudiar las leyes de Atenas: *un año despues de la paz de Cimon.*	452
3553	Creacion de los decemvi-	451

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	ros. Leyes de las docce tablas.	
3555	Muerte de Virginia. Retirada del pueblo al Aventino. Caida de los decemviros.	449
3562	Creacion de tribunos militares.	442
3564	Creacion de la Censura.	440
3566	Conjuracion de Espurio Melio.	438
3570	Guerra con los veyentes. Toma de Fidénas por el dictador Servilio.	434
3593	Sitio de Veyos: *un año despues de la ruina de los atenienses en Sicilia.*	411
3601	Toma de Veyos por el dictador Camilo: *un año despues de la toma de Atenas por Lisandro.*	403
3618	Guerra de los galos. Ba-	386

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	talla del Alia: incendio de Roma: *cuatro años despues de la retirada de los diez mil y uno despues de la paz de Antálcidas.*	
3619	Reedificacion de Roma.	385
3624	Conspiracion y muerte de Manlio Capitolino.	380
3640	El consulado concedido á los plebeyos: *un año antes de la batalla de Mantinea y de la muerte de Epaminondas.*	364
3642	Muerte de Camilo: *un año antes de la de Agesilao.*	362
3656	Cayo Marcio Rutilo, primer dictador plebeyo. *Filipo, rey de Macedonia. Timoleon arroja de Sicilia á Dionisio el menor y á los cartagineses.*	348

Años del mundo.		Años antes de J. C.
3664	Principio de la guerra con los samnitas. *Focion vence á Filipo junto á Bizancio*	340
3667	Batalla del Vesubio y subyugacion definitiva del Lacio. *Muerte de Artajerjes III: sucédele Arses en el trono de Persia: un año despues de la batalla de Queronea.*	337
3680	Sitio de Palépolis por los romanos. Publilio Filon, primer procónsul. *Concluye Alejandro Magno la conquista de Asia.*	324
3682	Dictadura de Papirio Cursor.	322
3685	Horcas Caudinas. *Muerte de Antipatro. Guerra entre su hijo Casandro, y Polisperconte, su sucesor en la*	319

Años del mundo.		Años antes de J.-C
	regencia de Macedonia. Suplicio de Focion.	
3722	Guerra de Tarento. *Ptolemeo Cerauno quita á Seleuco el trono de Macedonia y la vida. Ptolemeo Filadelfo, rey de Egipto.*	282
3725	Guerra de Pirro, rey de los epirotas. Batalla de Heraclea. *Invasion de los galos en Macedonia, y muerte de Cerauno.*	279
3726	Batalla de Asçulo. *Los galos penetran hasta Delfos y son esterminados.*	278
3729	Batalla de Benevento, en que acabó la guerra de los epirotas. *Antigono Gonatas, rey de Macedonia.*	275
3732	Toma de Tarento y subyugacion de la Magna Gre-	272

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	cia por los romanos.	
3738	Principios de la primera guerra púnica. *Arato, pretor de la confederacion aquea.*	266
3740	Sitio de Agrigento.	264
3742	Batalla naval de Mylas.	262
3746	Espedicion de Régulo al Africa. Es derrotado por Jantipo.	258
3753	Batalla naval de Drepano. Sitio de Lilibeo.	251
3761	Batalla naval de las Egates y fin de la primera guerra púnica. *Demetrio, rey de Macedonia. Arsaces, fundador del reino de los partos.*	243
3764	Conquista de Cerdeña por los romanos. *Atalo I, rey de Pérgamo.*	240
3773	Guerra de Iliria. *Antigono*	231

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	Doson, rey de Macedonia. Amilcar Barca, gobernador de España por Cartago.	
3777	Guerra con los galos. Batalla de Telamon. *Muerte de Amilcar: le sucede Asdrubal, su yerno.*	227
3779	Batalla del Adda. *Alianza de los aqueos y macedonios contra Cleomenes, rey de Esparta.*	225
3780	Batalla de Acera y subyugacion de toda la Italia por los romanos: *un año antes de la de Selasia, en que fue vencido Cleomenes.*	224
3784	Principios de la segunda guerra púnica. *Annibal, gobernador de España. Sitio y toma de Sagunto. Filipo, rey de Macedonia.*	220

Años del mundo.		Años antes de J. C.
3786	Espedicion de Annibal á Italia. Batallas del Ticino y Trebia.	218
3787	Batalla del lago Trasimeno. Dictadura y campaña de Fabio Máximo.	217
3788	Batalla de Cannas.	216
3791	Sitio de Cápua por los romanos.	213
3796	Batalla del Metauro: *cuatro años despues de la de Rafia entre egipcios y sirios. Filopemen, pretor de los aqueos.*	208
3803	Batalla de Zama y fin de la segunda guerra púnica.	201
3805	Primer guerra de Macedonia.	199
3807	Batalla de Cinocéfalas: pacificacion de Grecia.	197
3811	Guerra contra Antioco III,	193

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	rey de Siria. Batalla de las Termópilas.	
3812	Batalla de Magnesia. Antioco hace la paz con Roma.	192
3831	Segunda guerra de Macedonia.	173
3834	Batalla de Pidna, y ruina de la monarquía de Macedonia. Antioco Epifanes, rey de Siria, conquista el Egipto, y lo abandona por órden del senado romano.	170
3853	Tercera guerra púnica. *Jonatás Macabeo, príncipe de Israel.*	151
3859	Ruina de Cartago y Corinto.	145
3863	Guerra de Numancia. Simon Macabeo, príncipe de Judea.	141
3869	Tribunado y muerte de	135

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	Tiberio Graco. *Juan Hircano, príncipe de Judea.*	
3879	Tribunado de Cayo Graco. *Cleopatra, reina de Siria.*	125
3888	Establecimiento de la provincia narbonense. *Ptolemeo Latiro, rey de Egipto.*	116
3891	Guerra de Yugurta. *Mitrídates, rey del Ponto.*	113
3895	Primer consulado de Mario.	109
3896	Cuestura de Sila: fin de la guerra de Numidia.	108
3897	Invasion de los cimbros y teutones. *Aristóbulo, rey de Judea.*	107
3900	Batalla de Acuas Sextias. *Alejandro, rey de Judea.*	104
3901	Batalla de Vercelas: fin de la guerra címbrica.	103
3911	Guerra social. *Guerra ci-*	93

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	vil entre los seleucidas.	
3914	Guerra de Mitridates: guerra civil entre Sila y Mario.	90
3920	Dictadura perpétua de Sila. *Tigranes, rey de Armenia y de Siria.*	84
3924	Muerte de Sila.	80
3927	Pompeyo encargado de la guerra contra Sertorio. *Hircano, rey de Judea.*	77
3928	Segunda guerra de Mitridates. Vence á Aurelio Cota en la batalla de Calcedonia. Victorias de Luculo.	76
3939	Consulado de Ciceron. Victorias de Pompeyo en oriente.	65
3942	Triunfo de Pompeyo.	62
3943	Triunvirato de Craso, César y Pompeyo.	61
3944	Proconsulado de César en	60

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	las Galias.	
3946	Guerra de los helvecios y batalla de Bibracte.	58
3947	Guerra con Ariovisto, rey de los suevos.	57
3948	Guerra con los belgas.	56
3949	Guerra contra los germanos y britannos.	55
	Batalla de Cárras y perdicion de Craso.	
3951	Guerra con los treviros.	53
3952	Guerra de Vercingetorix.	52
3953	Guerra civil entre César y Pompeyo.	51
3954	Batallas de Dirraquio y Farsalia.	50
3955	Guerra de Farnaces y batalla de Zela.	49
3956	Guerra de Africa y batalla de Tapso.	48
3957	Guerra en España con los	47

Años del mundo		Años antes de J. C.
	hijos de Pompeyo, y batalla de Munda.	
3958	Muerte de César. Consulado de Marco Antonio. Cayo Octavio.	46
3959	Guerra contra Antonio y batalla de Mutina.	45
	Segundo triunvirato.	
3960	Batalla de Filipos.	44
3961	Guerra de Perusa.	43
3967	Muerte de Sexto Pompeyo, y destitucion de Lépido.	37
3970	Guerra civil entre Augusto y Antonio.	34
3971	Batalla de Accio. Muerte de Antonio. Conquista del Egipto. Fin de la república romana y fundacion del imperio.	33
3974	Augusto establece el gobierno del imperio bajo las	30

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	formas de la república.	
3980	Los romanos hacen la paz con Candaces, reina de Etiopia.	24
3982	Paz de Augusto con Fraates, rey de los partos.	22
3992	Muerte de Agripa, yerno de Augusto.	12
3994	Muerte de Druso, entenado de Augusto.	10
4004	Nacimiento del Salvador.	0

Años de J. C.	
5	Muerte de Cayo César, hijo de Agripa y nieto de Augusto.
10	Guerra de Arminio: derrota de Varo.
14	Muerte de Augusto, sucédele su entenado Tiberio.

Años de J. C.	
16	Capadocia reducida á provincia romana. Los romanos recobran la Armenia ocupada por los partos.
18	Victorias de Germánico, hijo de Druso y sobrino de Tiberio, contra los germanos.
19	Muerte de Germánico.
23	Muerte de Druso, hijo de Tiberio, envenenado por su esposa y por Seyano.
33	Pasion y muerte del Salvador.
37	Muerte de Tiberio: sucédele Cayo Calígula, hijo de Germánico.
39	Cayo Calígula da á Polemon una parte del Ponto con el título de rey.
41	Cayo Calígula es asesinado:

Años de J. C.	
	sucédele su tio Claudio, hermano de Germánico é hijo de Druso.
48	Guerra de Britannia: victorias de Plaucio.
55	Claudio es envenenado por su muger Agripina: sucédele Neron, hijo de ésta.
59	Agripina muere asesinada por su hijo.
61	Victorias de Suetonio Paulino en Britannia.
66	Incendio de Roma y persecucion de los cristianos. Martirio de san Pedro y san Pablo.
67	Rebelion de Vindex y Galba contra Neron en Galia y España.
69	Neron, condenado á muerte por el senado, se la da á

Años de J. C.

sí mismo. Sucédele Galba.

70 Oton quita el trono y la vida á Galba. Pierde contra los generales de Vitelio, que se habia rebelado contra él en las Galias, la batalla de Bedriaco. Dase la muerte y sucede Vitelio. Vespasiano, comandante de las legiones de oriente, es reconocido emperador por ellas. Batalla de Cremona, en que Antonio Primo, general de Vespasiano, vence á los vitelianos. Vitelio es asesinado por el pueblo: sucédele Vespasiano.

71 Rebelion de Civil en las Galias. Ruina de Jerusalen por Tito. Incendio del Templo.

Años de J. C.	
73	Guerra contra Antioco, rey de Comagene.
74	Guerra contra los alanos en Armenia.
75	Ultimo censo en Roma.
77	El Ponto reducido á provincia romana.
78	Conquista de la Britannia occidental por Cereal y Julio Agrícola.
80	Muerte de Vespasiano: sucédele su hijo Tito.
82	Muerte de Tito: sucédele su hermano Domiciano.
84	Agrícola concluye la conquista de Britannia.
96	Domiciano muere asesinado: sucédele Nerva.
98	Muerte de Nerva: sucédele Trajano, su hijo adoptivo.
105	Conquista de Dacia por

Años de J. C.	
	Trajano.
112	Guerra contra Cosdroas, rey de los partos.
113	Cosdroas es vencido.
117	Muerte de Trajano: sucédele su sobrino Adriano.
133	Rebelion de los judios bajo el mando de Barcoquebas.
134	Dispersion definitiva de los judios por edicto de Adriano.
138	Muerte de Adriano: sucédele Antonino, su hijo adoptivo.
148	Juegos seculares celebrados por Antonino.
161	Muerte de Antonino: sucédenle Marco Aurelio y Lucio Vero, sus hijos adoptivos.
165	Victorias de los romanos

Años de J. C.	
	contra los partos.
169	Guerra de los marcomanos y cuados: son vencidos en la batalla de Aquileya.
170	Muerte de Lucio Vero. Marco Aurelio reina solo.
174	Nuevas victorias contra los cuados en Germania.
180	Muerte de Marco Aurelio: sucédele su hijo Cómmodo.
182	Cleandro, valido de Cómmodo.
190	Cleandro perece á manos del pueblo.
192	Cómmodo es asesinado: sucédele Pertinaz: es asesinado por los pretorianos, que ponen el imperio en venta: compralo Didio Juliano.
193	Septimio Severo, coman-

Años de J. C.	
	dante de las legiones de Iliria, quita el trono y la vida á Didio Juliano. Albino es reconocido César en las Galias. Severo vence á Pescennio Niger, que se habia rebelado en oriente contra Didio Juliano.
194	Guerra contra Vologeso III, rey de los partos. Es vencido por Severo.
198	Batalla de Lugduno, en que Albino es vencido y muerto por Severo.
204	Ministerio de Plauciano.
211	Muerte de Severo: sucédenle Caracalla y Geta, sus hijos.
217	Caracalla es asesinado por Macrino, que le sucede.
218	Heliogábalo, primo de Ca-

Años de J. C.	
	racalla, quita á Macrino el imperio y la vida.
222	Heliogábalo es asesinado: sucédele su primo Alejandro Severo.
230	Ruina del imperio de los partos, y fundacion del segundo reino de los persas por Artajerjes.
232	Guerra de Alejandro Severo contra los persas.
235	Maximino quita á Alejandro el imperio y la vida.
238	Pupieno, Balbino y Gordiano son reconocidos emperadores en Roma. Maximino es asesinado por sus mismas tropas.
239	Gordiano reina solo.
241	Victorias de Gordiano contra los francos.

Años de J. C.	
242	Sapor I sucede á Artajerjes en el reino de Persia.
243	Victorias de Gordiano contra los godos y persas.
245	Gordiano es asesinado por artificio de Filipo que le sucede.
249	Filipo es asesinado por su tropa. Decio le sucede.
251	Decio es asesinado: sucédele Galo.
253	Emiliano quita á Galo el imperio y la vida: y á Emiliano, Valeriano.
260	Valeriano es vencido y hecho prisionero por Sapor, rey de Persia. Sucédele su hijo Galieno.
261	Macriano se rebela en oriente contra Galieno. Odenato y Cenobia, reyes de

Años de J. C.	
	Palmira.
265	Rebelion de Celso en Africa.
266	Rebeliones de Postumio y Loliano.
268	Galieno muere asesinado. Sucédele Claudio II.
270	Guerra de los godos y batalla de Neisa. A Claudio II sucede Aureliano.
273	Guerra de Cenobia. Batalla de Emesa y sitio de Palmira.
275	Aureliano es asesinado. Sucédele Tácito.
276	Tácito es asesinado. Sucédele Probo.
279	Paz con Varanes II, rey de Persia.
280	Sublevaciones de Saturnino, Bonoso y Próculo.

Años de J. C.	
282	Probo es asesinado. Sucédele Caro; y á éste, sus hijos Carino y Numeriano.
283	Numeriano y Carino mueren asesinados. Sucédeles Diocleciano, que tomó por colega en el imperio á Maximiano.
285	Guerra en las Galias.
287	Victorias de los romanos contra los bárbaros del norte.
292	Constancio Cloro y Galerio son nombrados césares.
293	Victorias de Constancio Cloro contra los germanos.
296	Reconquista de la Britania por Constancio.
303	Persecucion de Diocleciano.
305	Diocleciano y Maximia-

Años de J. C.	
	no renuncian al imperio: sucedenles los césares Constancio Cloro y Galerio.
306	Muerte de Constancio Cloro: su hijo Constantino, emperador en occidente.
307	Maximiano vuelve á tomar la púrpura: muere Severo nombrado césar por Galerio, y sucédele Licinio.
309	Maximiano echado de Roma por Maxencio su hijo.
310	Maximiano conspira contra Constantino, su yerno, y es muerto.
311	Batalla de Verona, en que Constantino vence el ejército de Maxencio. Muerte de Galerio. Licinio le sucede en oriente.
312	Batalla del puente Milvio:

Años de J. C.	
	muerte de Maxencio.
313	Alianza de Licinio y Constantino. Constancia, hermana de éste, casa con Licinio.
314	Guerra de Constantino contra Licinio, batallas de Sirmio y Adrianópolis.
323	Batallas del Hebro y de Calcedonia. Constantino, señor de todo el imperio.
327	La religion cristiana se establece en los paises que median entre el mar Caspio y el Ponto Euxino.
329	Fundacion de Constantinopla y principio del imperio de oriente.
337	Muerte de Constantino.

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA ROMANA.

Capitulo xvi.

Capitulo xvii.

Capitulo xx.

Capitulo xxi.

FIN DEL TOMO VII.


SEGUR
7


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm